

Bookzinga

REVEALING KIA

Airicka Phoenix

REVEALING KIA

Airicka Phoenix

2 Bookzings

REVEALING KIA

Índice

Sinopsis	Capítulo 11
Dedicatoria	Capítulo 12
Capítulo 1	Capítulo 13
Capítulo 2	Capítulo 14
Capítulo 3	Capítulo 15
Capítulo 4	Capítulo 16
Capítulo 5	Capítulo 17
Capítulo 6	Capítulo 18
Capítulo 7	Capítulo 19
Capítulo 8	Epílogo
Capítulo 9	Biografía del autor
Capítulo 10	

Sinopsis

Los sucesos de la fiesta de Claudia no eran más que un recuerdo distante en lo que concernía a Kia. Estaba lista para retomar su vida como si esa noche nunca hubiera ocurrido. Pero es un tobogán constante el mantener un secreto, y Kia está a punto de qué tan difícil cuando se debe enfrentar a la verdad y las consecuencias de su decisión.

Adam Chaves no era un extraño a que las chicas lo quisieran. Tampoco era un extraño a romper corazones, aunque nunca intencionalmente. Lo que no entendía era cómo Kia podía desvestirlo, tocarlo, quemarlo con su mirada, y aún mantenerlo a un brazo de distancia cuando estaba claro lo mucho que le costaba. Pero lo que Kia no sabía era que él nunca se había rendido con nada en su vida y no pensaba comenzar ahora. Tendría a su chica incluso si eso significaba que tuviera que secuestrarla para lograrlo.

The Lost Girl #2

Dedicatoria

Obtienes fuerza, valor y seguridad a través de cada experiencia en la que te atreves a ver el miedo a la cara. Eres capaz de decirte a ti mismo, “he vivido a través de este horror. Puedo llevar adelante lo siguiente que viene”. “Debes hacer lo que piensas que no puedes hacer”.

Eleanor Roosevelt, *You Learn by Living: Eleven Keys for a More Fulfilling Life*

1

Kia

Traducido por Jenn Cassie Grey & Ahtziri29

Corregido por Key

Le vendí mi alma al Diablo a cambio de un pastelito. Pero no tenía ni idea que ser una chica era tan torturante. Si lo hubiera sabido, probablemente me habría cambiado de sexo, uno que no requiriera que te abofetearan con paquetes de vomito en mi cara y llamarlo diversión.

—¡Deja de fruncir el ceño! —Poseyendo algunos malvados poderes Jedi, Vanessa Chaves se las arregló para sisear las dos palabras sin mover sus labios. Ahora, eso era talento. Hubiera aplaudido si no hubiera estado tan asustada de perder el control y golpearla como en realidad quería hacer—. Harás grietas en la mascarilla.

Todo lo que había querido era un maldito pastelito. Si hubiera sabido que eso conllevaba a mi siendo desnudada en una habitación llena de extraños, siendo depilada en lugares que *nunca* deberían ver cera caliente, ser restregada con sales y después ser dejada para marinar en una tina de barro como pollo para cenar, probablemente les habría ahorrado a todos el problema lanzándome hacia una trituradora de madera. Aparentemente algunas mujeres consideraban el ritual como agradable. Yo lo consideraba como un viaje de ida a través de las siete puertas del infierno. Además, aún no había visto el pastelito que me prometieron, así que esto era doble mierda.

Eché un vistazo en la dirección de la alarma que alguien servicialmente colocó en la mesa a un lado de mí, otro método de tortura no había duda de ellos, para ver mi vida pasar lentamente con cada tic tac mientras las ramitas y las hojas se deslizaban hasta lugares que me hacían querer ruborizarme y exigirles que primero me compraran una bebida.

Quince minutos, nos dijo la mujer. Quince minutos de calma y relajación en su habitación del lodo mientras ella iba a preparar nuestra siguiente actividad. No estaba ni calmada ni relajada, y para nada quería pensar en ninguna otra actividad. Quería mi pastelito y una ducha... en ese orden.

Nessie no tenía problemas descansando hundida en la bañera mientras pensaba que no era nada más que una silla de patio junto a la piscina. Ella tenía rebanadas de pepino sobre sus ojos azules y una desagradable mascarilla color verde vomito esparcida por toda la cara. En la desesperación y el miedo de que me fuera a morir de hambre, me había comido los pepinos en el minuto que la mujer nos dejó solas. Las estúpidas galletas de menta y libras de sal que nos habían dado cinco horas atrás, fueron digeridas mucho tiempo atrás y quería comida. Estaba cerca de roer mi propio brazo, y lo habría hecho si no estuviera cubierta de lodo.

—No te estás relajando —dijo Nessie en un irritante tono cantado que sonaba especialmente flotante cuando lo tarareaba a través de sus labios cerrados.

Tuve que resistir la urgencia de lanzar lodo en su cara y sobre el pequeño y elegante moño en el que había retorcido su brillante melena color ébano. La blanca goma elástica que había usado para sostenerla aún era blanca y estaba haciendo su trabajo perfectamente, manteniendo pedazos de cabello lejos de su cara y cuello. El mío se había manchado y resbalándose por mi frente, que me hacía mantenerlo lejos con mis dedos sucios. Pedazos de cabello se habían liberado de mi errática cola de caballo empujé mi cabello en una contra mi cabello embarrado y mis sienes, incrustándose con lodo y sudor. Estaba asquerosa, hambrienta y malhumorada, y aun le faltaban cinco minutos al reloj.

—¿Por qué me estás haciendo esto de nuevo? —demandé, rompiendo el algo de algo crema selladora que habían colocado en mis labios para la humedad—. Pensé que éramos amigas.

—Somos amigas —murmuró.

—Las amigas no dejan que las amigas se guisen en un foso de lodo.

—Relájate.

Sin opciones, me desplomé hacia atrás. Hubiera sido más dinámico y llamativo si no fuera como estar sumergiéndose en una tina de jarabe. Mi progresión fue lenta y para nada dramática. Y solo se añadió a mi desesperación.

Caroline, nuestra anfitriona, entró pavoneándose al cuarto de lodo un segundo antes de que los cinco minutos se hubieran terminado. Su sonrisa de esposa obediente se encontraba en su lugar mientras miraba hacia nosotras.

La mujer era bastante espeluznante con su melena rubia teñida y con el más rojo de los lápices labiales rojos que se veía aún más rojo contra su tez de color blanco papel. Aun sus ojos eran de un gris claro. Probablemente no ayudaba que ella estuviera usando igualmente un pálido vestido y medias. Zapatillas de diez centímetros estaban atadas a sus pies, haciendo juego con su lápiz labial. Todas las mujeres en Tranquility Glen estaban vestidas de la misma manera, recordándome a robots.

—¿Están listas para sus masajes, chicas? —Sus tacones resonaban mientras se apresuraba a tomar nuestras toallas del estante de calentamiento en la esquina.

Estaba de pie antes de que ni si quiera tuviera la oportunidad de darse la vuelta.

—¡Lista!

Ella rió.

—Alguien está emocionada.

Resoplé aceptando la toalla que me ofrecía.

—Alguien está lista para un baño.

Caroline chasqueó la lengua.

—Alguien arruinó la crema en sus labios. —En serio, el tono que usó era el que una madre usaría con un niño presumido.

—Alguien no necesita crema curativa —la reté, mirándola a los ojos para que argumentara.

No lo hizo. En lugar de eso se giró a Nessie.

—Tengo a Pablo esperándolas, como pidió. —Desplegó la toalla y la abrió mientras Nessie despegaba los pepinos de sus pestañas y se levantaba tan grácilmente como un cisme—. Tienen mucha suerte. Él es nuestro masajista más pedido y rara vez acepta.

Nessie salió de la bañera, apenas haciendo un chapoteo sin dejar salpicaduras de barro por todos lados. Me tropecé al salir, vaciando la mitad de la bañera conmigo. Se derramó sobre mí en gruesas, pesadas plastas que cubrían desde el borde y sobre el antes brillante suelo. Mi intento de saltar sobre eso dejó torpes huellas de barro contra la pared de mármol mientras me estabilizaba. No había nada de grácil en mi salida y Caroline se veía apenas en control de su hermosa sonrisa. Tambaleó.

—Lo siento —dije, tratando de no hacer una mueca—. Lo limpiaré

Un músculo palpitaba en su mejilla derecha.

—Está bien —dijo, sus labios estaba estirados y apretaba los dientes—. Mandaré a alguien que se encargue de esto. ¿Por qué no las guio hasta las duchas?

No iba a mentir, mi masaje con *Rrrramón* (énfasis en la R) fue sorprendente. El hombre tenía diez dedos hechos de puro cielo y tocaba cada músculo tenso de mi cuerpo como un maestro. Podría haber muerto feliz en ese momento si nuestros veinte minutos no hubieran terminado, poniendo fin a nuestro *día de chicas*. No podía decir que estaba decepcionada, tan increíble como *Rrrramón* pudo haber sido. Se sentía bien ponerme mi ropa y salir por las puertas por fin.

—Dime que no amaste eso —dijo Nessie, ajustando la correa de su bolso.

—*Rrrramón* fue brillante —dije, arrastrando la R como él me había dicho que lo hiciera.

—¿Y el resto?

—Lo demás... especialmente la depilación con cera... podría haber vivido sin tener esa experiencia.

Nessie rió, girando sus ojos hacia el cielo cubierto de nubes sobre nosotras. Brillantes copos de nieve flotaron hacia abajo y aterrizaron sobre sus oscuras pestañas y se aferraban a sus sonrosadas mejillas. Se veía repuesta y radiante. Aunque, Nessie nunca se veía nada más que hermosa con su dorada compleción y sus exóticas características. Me recordaba a una de las rosas Españolas que pertenecían a las brillantes páginas de una revista, no estancada en algún pueblo olvidado en el medio de la nada. Al lado de su elegante belleza, no podía evitar sentirme aburrida y torpe.

—Bien ¿Qué te parece un almuerzo para arreglar la tortura a la que te he sometido? —decidió, comenzando a avanzar hacia la avenida y la parada de autobús.

—Ahora estás hablando mi idioma —dije, deteniéndome a su lado—. Me he estado muriendo de hambre por horas. Además, me debes un pastelito.

Nessie rió nuevamente, sacudiendo su cabeza y dejando que oscuros mechones de cabello rebotaran sobre sus hombros.

—Tuve que decir algo para hacerte venir.

La miré.

—Así que usaste mi debilidad en mi contra. Eso es bajo.

No dijo nada por un momento mientras el autobús se detenía en la parada frente a nosotras y nos subíamos. Tomamos un asiento en la parte trasera.

—De hecho —dijo, deslizado la correa de su bolso por su hombro. Lo dejó sobre su regazo y puso sus manos sobre él—. Quería pedirte un favor.

Pude sentir que mis cejas se alzaban en curiosa sorpresa.

—¿Así que me torturaste ocho horas para ablandarme primero?

Nessie me empujó con su hombro jugando.

—¡No! Pero sabía que si solo te preguntaba, buscarías alguna aburrida excusa para negarte y de verdad necesitabas animarte. Has estado tan desanimada los últimos días y no me gusta.

Algo se apretó en mi pecho, pero estreché mis ojos con diversión.

—No creo que me guste que me conozcas tan bien.

Me frunció el ceño.

Me rendí con un dramático resoplido.

—Vale, ¡Bien! ¿Qué es?

—¿Me prometes no decir no?

Me refí.

—¡No!

Nessie gruñó profundo en su garganta.

—¡Ni siquiera sabes que es!

—Entonces dime —dije, riendo.

Ella tomó una profunda respiración y entonces exhaló, antes de explotar en una rápida ráfaga de palabras que apenas entendí:

—VenConmigoAMiCabañaEnNavidad

Parpadeé unas cuantas veces mientras mi cerebro trataba de filtrar el revoltijo de palabras. Estaba segura que había escuchado Navidad y algo sobre una cabaña...

—¿Qué?

Respirando fuerte, Nessie tomó más aire pero lo dijo más despacio:

—Ven conmigo a la cabaña de mis padres en Navidad.

La escuché esa vez, pero aun así no entendía que era lo que trataba de decir.

—¿Qué?

Nessie apretó sus labios y me fulminó con la mirada.

—¡Me escuchaste!

—Pero no entiendo —dije

Rodó los ojos.

—Cada año mis padres nos arrastran a Adam y a mí a nuestra cabaña en Whistler para celebrar la Navidad. Es básicamente la única vez que podemos verlos y son un montón de peleas y recuerdo de como soy el peor error que han cometido. Regularmente quiero saltar frente a un autobús para el momento en que nos vamos, pero tal vez no será tan malo si tú vienes. Por favor di que irás.

Una semana completa en las montañas con Adam. Una semana de verlo, estando cerca de él y recordando cada momento que estuve en sus brazos, pero sin que pueda tocarlo. Ya me dolía y ni siquiera estaba ahí. Había pasado una semana desde que me alejé de él, y aun sentía la rasgadura en mi pecho como si hubiera sido ayer. Mordí mi labio fuerte, conteniendo las lágrimas.

¡Maldita sea! Había estado segura de que esto pasaría.

—Di algo. —Nessie me codeo.

Empujé lejos mis emociones, negándome a dejar que se mostraran.

—No puedo.

Nessie gimió.

—¡Sabía que ibas a decir eso!

—Lo siento

—¿Por qué? —reclamó.

Sacudí mi cabeza, manteniendo mi mirada atenta mis dedos cruzados sobre mi regazo.

—Solo, no puedo.

—Solo son unos días —protestó—. Por favor, tú no lo entiendes. Es como la peor semana de mi vida y realmente podría necesitar una cara amigable.

La amiga en mí demanda decir si, que debería ir y estar ahí para ella incluso si probablemente estaba siendo súper dramática en la manera que solo Nessie sabía cómo. Pero el dolor sordo en mi pecho era demasiado nuevo. La herida estaba todavía demasiado fresca. Sabía que no sería

capaz de sobrevivir a un día con Adam estando tan cerca. No era tan fuerte.

—Navidad es una cosa familiar —mentí—. Mamá me querrá en casa.

—¡Pero solo es una Navidad! —exclamó un poco demasiado fuerte, arrastrando la atención de los otros pasajeros. Los ignoramos—. ¿Por favor? ¿Les puedes decir que mi cordura está en juego? Que realmente me volveré homicida si tengo que sentarme a través de otro juego de ¿Cómo Adam es mejor? —Me agarró, clavando sus uñas fucsia en la solapa de mi abrigo. Sus ojos azules eran enormes y brillantes con desesperación—. No tienes idea de cómo es... ¿Por favor Kia? Juró que jamás te haré ir a otro spa. Te comprare todos los pastelitos que puedas comer. Te...

La alejé de mí.

—¿Puedes parar? No puede ser tan malo.

Sus hombros se hundieron.

—Es peor.

Todavía tenía que conocer al Sr. Y la Sra. Chaves. Después de mi enfrentamiento con Claudia en los pasillos de la escuela y mi casi confesión a Adam, había peleado con uñas y dientes para evitar ir a la casa de Nessie de nuevo. Pero no tenía nada que ver con sus padres posiblemente estando locos. Tenía todo que ver con enfrentar a Adam de nuevo y ver la verdad de mi engaño en sus ojos.

—Lo siento —le dije—. No puedo.

Nessie frunció sus labios, dobló sus brazos y miró tercamente fuera por la ventana.

—Ya lo veremos.

Debía haber tomado su amenaza seriamente, pero tal vez una pequeña parte, patética parte de mi realmente quería ver a Adam de nuevo. Tal vez en algún lugar dentro de mí, la soledad había finalmente ganado. Cualquiera que sea la razón, no discutí o presione más para cambiar la mentalidad de Nessie. Miré fuera por la ventana y pensé cuan hermosa era su sonrisa cuando estaba siendo malvado y como difería de su sonrisa entretenida y la sonrisa que le daba a otros. Entonces estaba la sonrisa que

me daría a mí y solo a mí. La sonrisa que hacía que mi estómago doliera y mis piernas temblaran. Amaba más esa sonrisa. Solo pensar en ella me hacía querer encontrarlo y tocar sus labios, para trazarlos, besarlos y mirar cómo se alzaban en esa sonrisa especial.

Suspiré, mi pecho doliendo.

—Está bien, ¿Qué pasa? —Nessie me dio un empujón, empujándome fuera de mí confusa miseria.

Parpadeé.

—¿Qué?

Entrecerró sus ojos hacia a mí con cautela.

—Has estado de mal humor y deprimida y quiero saber por qué. —No esperó a que respondiera mientras siguió—. ¿Es esto sobre Claudia? No has sido la misma desde ese incidente la semana pasada en la escuela. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Nada —dije como siempre hacia cuando el tema de ese día salía en la conversación.

Sus ojos se estrecharon más.

—Ella dijo algo porque has estado actuando rara desde entonces, y tengo un presentimiento que Adam lo sabe, pero él tampoco me dirá. —Exhaló pesadamente—. ¿Qué clase de amiga soy si no puedo estar ahí para ti cuando me necesitas, especialmente si involucra golpear la mierda fuera de esa perra delgada? Necesito que me dejes ser esa amiga. Es muy importante para mí poder imprimir mis botas en su trasero.

Me hubiera reído si ella no hubiera lucido tan seria. En su lugar, suspiré y la abracé.

—Estoy bien. Pero gracias por querer golpear a alguien por mí.

Me sostuvo fuertemente por un momento antes de retroceder.

—Realmente lo haría. —Me ofreció una sonrisa de lado—. ¿Para qué son las mejores amigas?

Aparentemente, aprendí tarde, que también eran buenas haciendo que tu presión arterial subiera y tus tendencias violentas emergieran.

Olvidé todo acerca de nuestra discusión en el autobús mientras vagábamos por el centro comercial. Compré un nuevo par de botas y una nueva novela antes de seguir a Nessie hacia el autobús a casa. No tengo ningún recuerdo de invitarla a pasar, pero no me quejé cuando me siguió a casa. Hablamos todo el camino hasta ahí, sin prestarle atención a la suave ráfaga de copos de nieve arremolinándose a nuestro alrededor con los vientos cortantes. Nos acurrucamos debajo de nuestras chaquetas y mantuvimos nuestras cabezas abajo todo el camino hacia la puerta.

—¿Mamá? ¿Joanne? ¡Estoy en casa! —grité, pisando fuerte en el estrecho vestíbulo. Pateé trozos de nieve de mis botas y me moví a un lado para dejar entrar a Nessie.

Cerró la puerta detrás de ella y sacudió la nieve de su cabello y chaqueta. Desenrolle mi bufanda y la envolví sobre mi gancho designado en la pared. Mi chaqueta le siguió.

—¿Mamá? —llamé de nuevo, mirando hacia arriba a las escaleras mientras pateaba mis botas hacia el colector de lodo. Nessie hizo lo mismo con sus botas, pero mantuvo su abrigo puesto.

—¡Cocina! —escuché y le hice señas a Nessie para que me siguiera mientras lideraba el camino hasta el final del pasillo.

Mamá y Joanne estaban en la isla, sus cabezas inclinadas sobre el catálogo de *IKEA*. Cada una tenía una pluma en la mano; una roja y otra negra y estaban circulando cosas. Las dos miraron hacia arriba cuando entramos.

—Hola chicas —dijo mama sonriendo—. ¿Día divertido?

Las dos asentimos.

—¿Qué consiguieron? —preguntó Joanne, estirando su cuello como si pudiera ver dentro de mi bolsa.

La sostuve arriba.

—Un nuevo par de botas y un libro. —Dejé caer mi brazo—. Los voy a llevar arriba. —Me volteé hacia Nessie—. ¿Vienes?

Asintió.

—Deja me quito el abrigo. Te veré arriba.

Pensando en nada de eso, me fui. Fui arriba y saqué mis botas nuevas de la bolsa. Metí la caja en mi armario junto a mi otra colección de zapatos y cerré la puerta. Dejé el libro en la bolsa y la solté en mi escritorio. Después me tiré encima de la cama y me quede mirando al techo.

¿Cuánto tiempo más tendría que jugar a las escondidas? Sabía que eventualmente correría a los brazos de Adam. Lo sabía. Mayferd era apenas lo suficientemente grande para esconder una aguja, ni pensar en un adulto. Solo era cuestión de tiempo antes de que nuestros caminos se cruzaran y eso pasando me asustaba a muerte. No tenía ni idea que debería hacer o debería decir. Tenía una imagen perturbadora de mí aventándome de cabeza detrás del primer banco de nieve que viera para evitarlo, asumiendo que él no me hubiera visto ya... tal vez incluso entonces. Simplemente aún no estaba lista para verlo de nuevo. No pensaba que alguna vez lo estuviera.

—¡Kia! —escuché a mi mamá escaleras abajo.

Me empujé hacia arriba y miré a la puerta, desconcertada por no encontrar a Nessie. Mi curiosidad me propulsó hacia abajo y al trío sentado alrededor de la isla... mirándome. Lo que era incluso más desconcertante era la sonrisa de Nessie. Era un poco demasiado felina para mi paz mental.

—¿Qué? —dije, mirando de una en una con cautela.

—¿Qué es esto de rechazar la invitación de Nessie para acompañar a su familia para Navidad? —demandó mamá.

Mi mirada giró a Nessie y se estrechó, Ella continuó sonriendo agradablemente, sus piernas balanceándose debajo de su taburete. Era la imagen perfecta de inocencia angelical. ¡Mi trasero!

—Navidad es una cosa familiar —dije a través de mis dientes apretados—. Pensé que querrían pasarlo juntas.

Mamá y Joanne intercambiaron miradas. Las dos se encogieron de hombros.

—No nos importa si quisieras pasarla con tu amiga —dijo Joanne—, Navidad no es solo acerca de la familia, sino también acerca de amigos y los que son cercanos a nosotros.

—¿Así que no les importaría si Kia viniera? —preguntó Nessie. La pregunta era para mi mamá y Joanne, pero sus ojos estaban fijos en mí, raspándola dentro silenciosamente.

Mamá sacudió su cabeza.

—No si ella quiere.

Nessie batió sus ojos.

—¿No quieres?

Mis dientes rechinaron debajo de la fuerza de mi mordida. La uñas se enterraron en mis palmas mientras doblaba mis dedos en puños. ¡Maldita sea!

—Papá...

—Va a ir a Saskatchewan con Dallas para pasar la Navidad este año con los padres de ella, ¿Recuerdas? —dijo mamá, cortando mi última débil excusa.

Me acordaba, pero estaba esperando que ella no.

Exhalé ásperamente.

—¿Qué hay acerca de tus padres? —dije, volteándome hacia Nessie—. ¿No les importara que solo me invites? ¿Qué hay acerca... —Humedecí mis labios nerviosamente—. ¿Qué hay acerca de Adam? —Traté muy fuertemente de nunca mencionar su nombre alrededor de Nessie por si acaso atrapará algo en mi voz o en mi cara que tal vez le den una pista de mis verdaderos sentimientos sobre su hermano.

Nessie se encogió de hombros.

—Mis padres han querido conocerte por siglos y Adam no estará ahí este año. Así que... —Me dio otro encogimiento de hombros—. Tienes que venir, o estaré completamente sola, a la merced de mis padres y su constante

recordatorio que no soy lo suficientemente buena. Y como mi mejor amiga, es tu deber de impedirme cometer homicidio.

Mi corazón se levantó y desplomó al mismo tiempo, momentáneamente haciéndome sentir nauseas.

—¿Por qué... dónde está Adam?

Pasó sus uñas por su muslo cubierto de mezclilla, las miró distraídamente.

—Algo de una escapada a un resort con sus amigos de la escuela. —Rodó sus ojos—. Lo invitan cada año. Es como una cosa de esquí a la que van en Whistler. No está lejos de la cabaña, pero reservan un hotel como por una semana y están de fiesta. Un montón de chicos emborrachándose y haciendo cosas estúpidas. —Agitó su mano despectivamente—. Este es el primer año que Adam realmente acepta así que mis padres están todos asustados de que no estaremos juntos. —Rodó sus ojos de nuevo, haciendo que me mareara—. Como si tenerme solo a mí alrededor es la peor cosa posible que les puede pasar. Apuesto que no pensarían tan alto de su chico de oro si supieran que las chicas Vina no tienen moral, o bragas, una vez que les metes vodka.

Me sentí mareada ante el pensamiento de Adam con alguna rubia con sus piernas largas envueltas alrededor de él. El puro pensamiento hacia doler mi estómago.

—¿Kia? —Se debió haber mostrado en mi cara porque mamá estaba fuera de su asiento y a mi lado en un instante—. ¿Estás realmente bien? Te acabas de volver de un raro color verde.

Asentí y apreté mis ojos cerrados.

—Tal vez deberías sentarte —dijo Joanne, sacando un taburete para mí.

—Estoy bien —mentí, agarrando mi estómago anudado—. Comimos en la comida rápida. Probablemente cogí algo raro.

—Sí, celositis. Me pregunto si había una vacuna para eso.

—Mentirosa. —Nessie movió un rizo de cabello fuera de su hombro—. Esto es exactamente de lo que estoy hablando —dijo mirando a mi mamá—. Ha estado rara por semanas. Este viaje es exactamente lo que necesita.

Mamá acarició mi cabello.

—¿Qué es lo que quieres cariño? —me preguntó.

Quería encogerme un pie, adelgazar alrededor de las caderas, casarme con Adam y tener una docena de bebés con ojos azules. Pero estaba segura que ella estaba hablando realísticamente, en cuyo caso... no tenía idea. Sacudí mi cabeza, la indecisión como un puño apretado en mi garganta.

—Por favor ven —dijo Nessie.

¿Por qué no? Pensé. Sería un cambio de escenario. Estaría pasando el rato con mi mejor amiga. Además sabía que mamá y Joanne querían una Navidad a solas, no es que lo dijeran tanto, pero lo sabía. Papá y Dallas no estarían. Y Adam no estaría allí.

¿Qué tenía que perder?

—Está bien —dije al último.

Nessie chilló, saltando del taburete y abrazándome.

—¡Eres la mejor! —Se echó hacia atrás, manos agarrando mis hombros—. ¡Va a ser tan divertido! Vamos a hacer un millón de cosas juntas. —Chilló de nuevo, saltando arriba y abajo en las puntas de sus pies mientras me sacudía—. ¡Nuestra primera pijamada! ¿Qué tan genial es eso?

Forcé una sonrisa que probablemente lucía como una mueca.

—¿Súper genial?

Me liberó y dio un giro hacia la puerta.

—¡Te recogeremos el Viernes! ¡Adiós!

Con un chillido final, giró alrededor y desapareció por el pasillo. Un momento después, escuchamos el golpe de la puerta cerrada. Me estremecí antes de sorprenderme.

¿Qué posiblemente podría salir mal?

2

Adam

Traducido por Helen1 & Gigi D

Corregido por beatrix85

Algunos dirían que había algo seriamente mal en mí. Era un hecho irrefutable cuando había una rubia preciosa a horcajadas en mi regazo y todo lo que me impedía empujarla fuera de mi era el hecho de que ella no me dejaría. No. Taylor Kahn no era la clase de chica que toma el rechazo con gracia, y como una de las más buscadas chicas en Vina Academia, ella no tenía que hacerlo. La triste realidad era que yo ya había cometido ese error una vez y no tenía ningún interés en ir por ese camino para un segundo viaje. Incluso si eso significaba que había algo malo en mí. Solo no encuentro nada remotamente atractivo en ella y estaba casi seguro que la primera vez con ella fue debido a la tensión, un horario agobiante y calentura coronada con la privación del sueño. Además, en mi defensa, había estado medio borracho y medio dormido cuando se subió a mi regazo. La resaca rompe cráneo a la mañana siguiente no era lo único que lamentaba.

No era como si tuviera algo en contra de las rubias, especialmente las rubias que llenaban sus copas de una manera que hacía que cualquier hombre de sangre caliente en las cercanías se le apretara los pantalones. Era solo que cuando pensaba en sexi, tenía un destello de ojos marrones, cabello castaño y una boca descarada. Pensaba en Kia y sus sonrisas pícaras y la forma en que mordisqueaba sus labios cuando reflexionaba en profundidad. Pensaba en la forma en que se sonrojaba cuando nuestros ojos se encontraban y la forma en que su voz se levantaba una octava

más alta cuando se sentía nerviosa. Definitivamente no la apartaría si se sentara a horcajadas sobre mi regazo y me pidiera hacerle cosas malas, sucias. No señor.

—¿Qué te pasa, cariño? —susurró Taylor en voz alta para hacerse oír por encima del bajo pesado de algo intangible golpeteando en el equipo de sonido a través del cuarto. Su aliento con olor a licor pasando a lo largo de la piel de mi cuello. Se sentía caliente y pegajoso de una manera que me hizo querer limpiar en el lugar con la manga de mi camisa—. ¿No te gusta esto? —Su pequeña mano pálida flotó desde mi muslo derecho hacia mi regazo.

Me moví, al borde solo un grado a la izquierda, lejos de ella.

—Te dije que no iba a suceder de nuevo, Taylor.

Ella frunció el labio inferior.

—Pero estábamos tan bien juntos. No me digas que no piensas en esa noche. —Rozó la línea de mi mandíbula con sus dientes pequeños y blancos—. Fuiste un animal y te dejé besarme durante horas.

¿Quién decía “besarse” todavía? Esto no era una novela de romance cursi. Y yo no tenía defensa para esa noche, excepto que fui débil y que ella vino sobre mí, lo que no era una excusa, pero era la mejor que tenía. Taylor hizo muy difícil decir que no, y en ese momento, lo que le estaba ofreciendo era todo lo que quería. Entonces llegó la mañana y no había suficiente cloro en el planeta para lavar lo que habías hecho. Pero ella tenía razón en una cosa, había sido salvaje. La chica era loca en la cama.

Pero en vez de tentarme para una repetición, esa noche me hizo pensar en Kia. Eso me hizo preguntarme cómo sería con ella. Algo me decía que había un lado de Kia Valentines que la mayoría no veía. Se escondía detrás de los libros, pero sabía que podía hacerle prender fuego en la cama.

—Ahí está él —ronroneó Taylor y me di cuenta demasiado tarde a dónde mis pensamientos me habían llevado.

Mierda.

—Estoy cansado —le dije, empujando su mano de su tarea de frotar mi cuerpo recién despertado.

Estaba cansado. Me encontraba cansado del ruido y la gente. Estaba cansado de las interminables noches acostado despierto mirando el techo. Cansado de ser reprendido durante la práctica porque mi cabeza ya nunca se hallaba en el juego. Estaba cansado del ciclón incesante de preguntas martilleando sobre mí cada vez que dejaba mi mente a la deriva por un momento. Pero más que todo eso, estaba cansado de mi propia cobardía. No había ninguna excusa de por qué dejaría que las cosas se pongan tan mal, o por qué no las arregle. Debería haber enfrentado hace días a Kia. Debería haberme dirigido hasta ella y exigido que hable conmigo. Debería haberla mantenido allí hasta que lo hiciera. En su lugar, me encontraba sentado en un enorme ático con vistas a un paisaje de nieve y luces de hadas, viendo como todo el mundo a mi alrededor se emborrachaba y desnudaba, a veces, no necesariamente en ese orden, mientras yo languidecía como un adolescente enamorado. Qué patético.

El ático había sido alquilado por Taylor, o más bien por el más reciente padrastro de Taylor, para las vacaciones de Navidad. Se había convertido en una tradición. Cada año, Taylor invitaba al grupo más exclusivo de gente a unirse a ella por una semana de consumo de alcohol, sexo y el ocasional viaje de esquí a *Blackcomb* cuando todos no tenían resaca. Era mi primera visita, pero me apresuré a adaptarme a la rutina. Podría haber sido más divertido si realmente bebiera, pero no quería conseguir ponerme borracho, no cuando Taylor estaba a la espera de otra oportunidad para entrar en mis pantalones.

Discretamente desarrollé su agarre en mi entrepierna y me levanté. Ajusté mi camisa hacia abajo sobre mis rodillas antes de volverme hacia ella, no sorprendido por la confusión en su cara bonita.

—No va a suceder, Taylor —le dije—. Estoy interesado en alguien más.

Sus suaves y rosados labios se entreabrieron y sus ojos se ampliaron. Me habría ofendido por su conmoción flagrante si yo no entendiera por qué; en los últimos ocho años desde la mudanza de mi familia a Mayferd, nunca mostré más que un interés pasajero en cualquier chica. Claro que tuve citas e incluso había tenido relaciones sexuales con un par de ellas, pero

nunca parecía funcionar. Siempre había algo que faltaba. Todas mis ex eran inteligentes. Venían de buenas familias, tenían buenos valores y querían un montón de las mismas cosas que yo, o más bien lo que mis padres habrían aprobado. En toda la realidad, una de ellas debería haber sido la elegida. Debería haber sentido algo más que un interés pasajero, pero incluso eso siempre parecía desvanecerse tan pronto estaba con ellas. Si a mi cuerpo no le gustaran las mujeres, me habría cuestionado mis preferencias sexuales. Pero me gustaban las mujeres, por lo que no había alcanzado ningún sentido para mí hasta que conocí a Kia.

Me giré sobre mis talones y terminé mi camino a través de los cuerpos medio borrachos, sudorosos, retorciéndose. El suelo bajo mis pies palpitaba al ritmo de la música. Tamborileaba a través de mi cráneo. Vagamente me pregunté si había aspirinas en algún lugar o si había alguien en quien confiara lo suficiente para preguntar. La última cosa que necesitaba era que me dieran algo que me dejara boca abajo en un charco de mi propia saliva, mi lengua sabiendo como si hubiera lamido la cara inferior de una caja de arena. No es que sabría algo de eso. No tomo drogas.

—¡Oye hombre! Un duro golpeteo en la espalda me envió tambaleando hacia un pasoadelante. Hice una mueca cuando el asalto sacudió las terminaciones nerviosas en mi cerebro, aumentando el dolor. Volví la cabeza, pero mi mirada furiosa se perdió en la cara sonriente mirando de reojo hacia mí.

—Eres un idiota —murmuré.

Kenta Kimura solo amplió su sonrisa.

—Y tú eres un tonto. ¿A dónde estás dirigiéndote, porque es la dirección opuesta total de donde debes estar?

Seguí el movimiento de su cabeza hacia donde Taylor se sentaba, prácticamente envuelta alrededor de un chico con cabello marrón arena. *Ciertamente no le había tomado tiempo.* Por lo menos no tenía que sentirme culpable por rechazarla.

—No estoy interesado —dije, continuando mi andar por el corto pasillo que conducía a la cocina.

Kenny posándose en apresurados pasos junto a mí.

—Lo siento. Creo que he perdido una gran parte de mi capacidad auditiva debido al nivel insano de *Miley*, pero ¿dijiste que no estabas interesado?

Había tres personas hacinadas en la cocina bien iluminada. Solo uno de ellos aún tenía la ropa puesta. No les presté atención, mientras hacía mi camino a los armarios. Los abrí al azar, encontrando la mayor parte de ellos vacíos o llenos de cosas raras como un solo zapato, un fajo de ropa, una raqueta de tenis y... ¿un pato de goma? Cerré el armario, los golpes apenas tolerables en mis sienes.

—Esa era Taylor Kahn —decía Kenny cuando me centré de nuevo—. ¡La chica más sexy como en... siempre!

Le di un ceño fruncido de lado mientras me abrí paso hacia la puerta.

Tal como eran los mejores amigos, Kenny, probablemente, era eso para mí. Era difícil decir cuando pasaba la mayor parte del tiempo restringiéndome a mí mismo de estrangularlo. El tipo era increíblemente molesto en una especie torpe, casi divertida forma. Nunca dejaba que nada en lo más mínimo lo molestara, era lo que más me gustaba de él. Al mismo tiempo, también era lo que me daba ganas de golpearlo. Además, tenía una boca que hubiera conseguido matarlo si no estuviera allí para salvar su culo. El chico necesitaba un guardián, o una mordaza.

—¿A dónde vamos? —preguntó, prácticamente trotando para mantenerse al ritmo mientras hacía mi camino al baño.

—Necesito algo para este dolor de cabeza —murmuré, parándome frente a la puerta cerrada. Cogí el pomo, apenas sorprendido al encontrarla bloqueada. Cerré el puño contra la madera—. ¡Dense prisa allí! —grité.

Hubo un chirriante gruñido bajo antes de que la persona en el otro extremo respondiera con una voz llena de dolor tenso.

—Va a ser un rato.

Haciendo una mueca, me di la vuelta. Ninguna cantidad de dolor de cabeza en el mundo me va a hacer entrar en el baño después de eso.

Kenny arqueó una ceja perforada. La barra de plata, captó la luz, y brilló.

—Dan Westwick probablemente tendría algo. Siempre lo hace.

Me dejé caer contra la pared y corrí mis dedos por mi pelo.

—Me gustaría mantener la mayoría de mis células cerebrales después, gracias.

Kenny resopló.

—¿Para qué? No es que vayas a ser un médico.

Me aparté de la pared.

—No significa que quiera ser tú tampoco.

Kenny silbó entre dientes. Se aferró a su pecho.

—¡Ay! ¡Perra!

Me reí, golpeándolo juguetonamente en el hombro mientras me devolvía de nuevo por el camino en que habíamos venido. A la entrada de la elegante sala de estar, hicimos una pausa y miramos el desorden, los gritos y las risas mientras la gente bailaba y bebía y hacía cosas que probablemente no eran legales. Definitivamente no era mi escena. Solo acepté la invitación de Taylor porque era una oportunidad para relajarme con mis amigos fuera de la escuela. Pero tres horas dentro y me di cuenta de que me gustaban ellos mejor sobrios... y vestidos.

—Me voy —dije, volviéndome una vez más sobre mis talones y dirigiéndome hacia las escaleras que llevaban al segundo piso y los dormitorios. No había suficientes habitaciones para todos, pero al parecer la mayoría simplemente se quedaba donde encontraban un espacio y casi nunca llegaban a las camas. Un punto para mí.

Esa vez no tuve tanta suerte. Cada cuarto estaba tomado, incluso en el que había dejado mis cosas. Estuve tentado de entrar y echar a la pareja que se encontraba enroscada en las sábanas, pero no quería la cama después de lo que habían hecho en ella.

Fui consciente de la risita de Kenny detrás de mí mientras gruñía. Estaba claro que esta no era mi noche y seguiría empeorando si me quedaba.

¡A la mierda con esto! Entré, tomé mis cosas del banco al pie de la cama y salí furioso.

—¿Adónde vamos jefe? —Kenny me acompañó mientras bajaba las escaleras.

—Mis padres están en su cabaña esta semana —dije, bajando furioso—. Iré allí.

Kenny me golpeó el hombro.

—¡Oye, amigo! ¡Espera! —Luego volvió al segundo piso.

Me hallaba en la puerta de entrada cuando volvió, con la mochila colgándole de un hombro. Se la acomodó en la espalda y sonrió.

—Listo.

Abrí la boca para preguntarle para qué, pero me contuve. No me encontraba de humor para nada excepto un cuarto oscuro y una cama.

Sin decir nada, abrí la puerta y salí. El silencio del pasillo fue una bendición. Para cuando llegamos a los ascensores, el dolor de cabeza casi se había ido.

Conseguimos un taxi y viajamos en silencio.

La cabaña de dos pisos se hallaba sólo iluminada en su entrada. El resto estaba tranquilo y a oscuras. Las luces del taxi iluminaron el auto de mis padres, una señal de que se encontraban en casa. Le pagué al taxista y salí con Kenny detrás. Los árboles susurraban con el viento de diciembre. Nuestras botas crujieron mientras hacíamos el camino a la entrada. Busqué mis llaves y abrí la puerta. Kenny me siguió mientras apagaba la alarma.

—¡Amigo, esto es genial! —exclamó Kenny, girando para verlo todo.

Lo silenció.

—¡Mis padres están durmiendo!

Hizo un gesto de que iba a callarse, lo que no le creí. Kenny no sabía cómo callarse. Él no tenía un interruptor, y si lo tenía, estaba escondido en un lugar desconocido.

Cerramos la puerta y nos quitamos las botas. Le indiqué a Kenny que fuera arriba mientras encendía de nuevo la alarma. Los escalones crujieron bajo nuestros pies mientras subíamos en silencio. Todas las puertas del segundo

piso se hallaban cerradas y le señalé a Kenny para que entrara en la tercera a la derecha.

—Tú duermes en el suelo —le dije en voz baja.

Gimió.

—¡Oh, vamos amigo! ¿No podemos compartir? Juro que no voy a abrazarte.

Lo empujé, enviándolo dentro del cuarto. Cerré la puerta, atrapándonos con el calor. Olvidé que la calefacción estaba rota. Había querido decirle a papá el año pasado, pero una vez que llegamos a casa y volvimos a la rutina, se me olvidó. Hice una nota mental de decirle en la mañana.

—¡Jesús, qué calor! —siseó Kenny.

—Se rompió la calefacción —dije, quitándome el abrigo.

—Voy a bajar de peso en esta sauna.

—Puedes dormir afuera si lo prefieres —respondí, quitándome la camisa y los vaqueros.

Noté que Kenny también se estaba desvistiendo.

—Nop, mi culo es demasiado lindo para morir congelado. Además —lo oí dirigirse hacia la cama—, me gusta más el calor.

Abrí la boca para decirle que sacara su trasero de mi cama cuando se oyó el ruido de las sábanas, un chillido, un grito, un crujido ensordecedor y luego un golpe.

—¿Pero qué...? —El chillido de Kenny habría sido divertido en otra situación, pero en ese momento estaba muy ocupado saltando a la acción.

Encendí la luz y bañé el dormitorio en una luz suave. No estoy seguro de quién estaba más sorprendido por lo que vimos, si yo de pie, con una mano en la perilla, Kenny sólo con su ropa interior tirado en el suelo, sujetando su nariz sangrante, o...

—¿Kia?

Estaba soñando. Debe ser eso, porque si no, ¿por qué estaría en mi cuarto, enredada en mis sábanas sólo vistiendo una camiseta y bragas negras? Nada tenía sentido. Pero maldición, se veía tentadoramente inapropiada con las mejillas encendidas, el cabello desordenado y una pierna al descubierto. Sí, un mal momento para notarlo, pero sí que lo vi. Vi aún más cuando ella se arrojó sobre un costado, exponiendo una redonda retaguardia mientras tomaba sus anteojos de la mesita. Se los puso sobre sus grandes ojos café y me miró como una lechuza.

—¿Adam? —Su suave pregunta me trajo de regreso a la situación actual.

Me golpeé mentalmente y me enfoqué en mi amigo, quien se puso de pie, aun aferrándose a su nariz rota.

—¡Creo que me rompió la nariz! —gimió Kenny, apretándose y echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué están haciendo aquí? —exigió Kia, llevándose las sábanas a la barbilla—. ¡Nessie dijo que no estarían aquí! —Sonaba tanto como una acusación que casi me reí. Nuestro encuentro despertó a toda la casa.

Papá abrió la puerta y entró a toda marcha, con un bate de béisbol en la mano. Su mirada recorrió el cuarto, aunque no sé cuánto estaría viendo sin sus anteojos. Vio a Kia, luego a Kenny, y finalmente a mí.

—¿Adam?

Mamá entró también, atándose la bata de baño. Su mirada fue a mí de inmediato.

—¿Adam?

Levanté una mano y saludé.

—Hola —dije a falta de algo mejor.

Mamá entró en el cuarto.

—¿Qué haces aquí? —Sus ojos pasaron a Kenny y se abrieron como platos—. ¡Oh por Dios! ¡Kenny! —Corrió hacia él—. ¿Qué te pasó?

—Ella me atacó —dijo Kenny, sonando como un niño de cinco años que estaba quejándose con su madre.

—¡Lo lamento tanto! —dijo Kia, arrodillándose, con las sábanas aún aferradas a su pecho—. Se me tiró encima, y yo... —Se cortó en seco mientras entendía, y se puso furiosa—. ¡Te me tiraste encima! —gritó—. ¿Qué están haciendo en mi cuarto?

—En realidad, es mi cuarto —dije, conteniendo una sonrisa.

—¡No deberían estar aquí!—replicó enojada, mirándome con esos hermosos ojos.

—¿Qué están haciendo *ustedes* aquí? —preguntó mamá mientras tomaba a Kenny del codo y lo guiaba a la puerta—. Creí que pasarías las vacaciones con tus amigos.

Me encogí de hombros. Quise poner mis manos en los bolsillos, pero me di cuenta de que me encontraba sólo en bóxers. Tomé rápidamente mis pantalones del suelo y me los puse. Sintíendome menos desnudo, enfrenté a mis padres.

—Cambié de opinión. —Señalé a Kenny—. Él me siguió.

Mamá chasqueó la lengua, pero no me dijo nada mientras se llevaba a Kenny. Papá bajó el bate y suspiró. Se pasó una mano por el rostro.

—Tú y Kenny usen el sofá esta noche. Lo resolveremos en la mañana.

Estaba a punto de protestar. No me importaba compartir cama con Kia. Después de todo, ¿no es eso lo que los padres intentan enseñar a sus hijos? ¿A compartir? Ciertamente había lugar para ambos, no que se necesitara tanto espacio para lo que yo quería hacer.

Pero papá no iba a aceptarlo. Se quedó de pie en la entrada mientras juntaba mis cosas y las de Kenny y pasaba junto a su lado. Le dijo algo a Kia antes de cerrar la puerta tras de sí.

—Quédate abajo —me dijo firmemente—. No se permiten chicos aquí arriba hasta que no solucionemos esto. Le prometí a los padres de esa niña que cuidaría de ella.

Fruncí el ceño.

—¡No voy a atacarla! ¡Santo cielo papá!

Me palmeó el hombro.

—No dije que lo harías.

Con un apretón de sus dedos, me guió a las escaleras. Las bajé. Mamá y Kenny estaban en la cocina. Kenny sentado en un banquito mientras mamá le limpiaba el rostro con una toalla húmeda. Dejé nuestras cosas en la mesa y me dejé caer en el sofá.

—Ve y duerme un poco —dijo mamá.

Mi respuesta fue cubrirme los ojos con un brazo.

3

Kia

Traducido por IvanaTG, Selene1987 & BookLover;3

Corregido por Selene

La luz del sol se filtraba por las ventanas en pálidas oleadas que llenaban la habitación e iluminaba la pared de posters enmarcados, se reflejaba en la pantalla plana posada encima de la cómoda a los pies de la cama y se lanzaba a través del suelo de madera deteniéndose justo en la puerta cerrada. Me quedé mirando el parche cuadrado con un aburrido sentido de interés. Había estado observando su lenta progresión a través del cuarto por lo que parecieron horas, esperando a que se eleve totalmente antes de obligarme a salir de la cama. La cama de Adam.

Fue bastante extraño, sabiendo que era su cama y que la estaría usando durante mi estancia, pero estar aquí, con él en la cabaña bajo el mismo techo... sí, quería morir. Qué humillante ser atrapada por él en nada más que mi ropa interior. No suelo dormir con tan poco, pero la habitación estaba tan caliente. Gracias a Dios no me decidí a dormir desnuda.

Gimiendo ante la sola idea de él entrando en eso, apreté mi cara en la almohada, una almohada que olía a suavizante de telas y a Adam. Rápidamente me aparté, conteniendo la respiración. No era el momento para caer en la tentación. Tenía que mantener mi cabeza y mi libido bajo control. Tenía problemas más grandes de los que preocuparme, como qué demonios iba a hacer. No podía quedarme allí durante seis días con él bajo el mismo techo. No podía dormir en su cama sabiendo que se hallaba a solo unos metros de distancia. Era demasiado extraño. Estaba tratando de evitar al chico, no convivir con él.

Me gustaría hablar con sus padres y preguntar si podrían llevarme de regreso. O, podría llamar a mamá o a Joanne... No. No podría hacer eso. No podría ir a casa. Se veían tan felices de tener la casa para ellos solos. Sería su primera Navidad juntos como pareja y yo estaría provocando una distancia entre ellos. Sabía que no les importaría e incluso estarían encantados de tenerme de vuelta, pero no podía hacerlo.

¿Qué entonces? ¿Qué otra opción tenía? Papá no estaba en casa. Nessie estaba en la cabaña. No había ningún otro sitio. Tenía que tratar con la situación de alguna manera por los próximos seis días.

Mi intestino se retorció y exhalé un tembloroso suspiro.

Con cuidado, me retiré de la cama y caminé tranquilamente hacia la mochila que puse en el acolchonado asiento de la ventana. Abrí la cremallera de la parte superior y saqué un par de vaqueros y una camiseta. Los arrastré antes de agarrar mi bolsa de aseo y sigilosamente salí de la habitación en busca del cuarto de baño.

Nessie me dio un recorrido la noche anterior. Llegamos bastante tarde a pesar de haber dejado a Mayferd en la media tarde. Estaba oscuro cuando el coche se detuvo en la entrada. Pero recordaba vagamente dónde se encontraba todo, o esperaba hacerlo. La última cosa que quería era pasar caminando por la habitación del señor y la señora Chaves mientras dormían.

Encontré el baño, la última puerta al final, y rápidamente lavé mis dientes, pasé un peine por mi cabello y debatí si convenía o no en deslizarme por mis contactos. Conseguí estar mucho más a gusto con ellos desde mi decisión de rehacerme, pero no veo el punto de molestarlos cuando estaba en casa. Opté por no hacerlo. Si quería, podría escribirles más tarde.

Reuniendo mis cosas y haciendo un último chequeo rápido para asegurarme de que no estaba olvidando alguna mancha de pasta de dientes o mechones de cabello en el mostrador, salí precisamente cuando Nessie arrastró sus pies al estilo zombie fuera de su dormitorio. Fue en ese momento que estuve realmente satisfecha con mi decisión de unirme a la familia Chaves en días festivos. Fue la visión de ver a Nessie, desaliñada, ojos nublados y rostro pálido. No se parecía en nada a la Nessie lista para

la cámara que estaba acostumbrada. Esta Nessie parecía miserable, demasiado joven e inocente y sin maquillaje.

—Buenos días —dije alegremente.

Nessie gruñó, me empujó con su hombro pasándome y cerró la puerta del baño detrás de ella. Me reí e hice una nota mental para llevar mi cámara al baño a la mañana siguiente.

El sentimiento se levantó, dejé caer mis cosas fuera en el dormitorio antes de aventurarme a la planta baja.

La Sra. Chaves se encontraba en la cocina, volteando en la plancha lo que parecía y olía como tocino. El succulento olor de la carne asada perfumaba el aire, aumentado por el cálido y rico aroma del jarabe de arce caliente y la mantequilla derretida. Mi estómago rugió incluso antes de darme cuenta de que estaba famélica. Froté una mano distraídamente por encima de mi vientre, tratando de domarlo de nuevo en silencio.

Mi mirada se alejó de la pequeña montaña de comida a la mujer orquestando toda la cosa. Me recordó a un programa de televisión para mamás en su blusa de seda y pantalones negros. Su cabello, de un apagado tono castaño claro se encontraba bien peinado y curvado para meterlo debajo de su barbilla en un elegante corte largo hasta los hombros. Llevaba perlas alrededor de su cuello y un reloj de oro alrededor de su muñeca que se mantenía capturando la luz que entraba por las puertas del patio cada vez que volcaba las cosas.

Hice una nota mental para nunca tener una fiesta de pijamas con Nessie en mi casa, donde mi madre en la mañana se pavoneaba todos martes en su ropa interior mientras cantaba con la radio.

El Sr. Chaves se sentó a la mesa del desayuno, estudiando detenidamente el periódico de la mañana. También estaba vestido como si estuviera a punto de dirigirse al trabajo en una camisa de vestir azul y pantalones negros. Empezaba a sentirme un poco mal vestida. Entonces vi a Adam, tumbado sobre el sofá blanco, una pierna colgando sobre el respaldo, sus brazos arrojados sobre su cabeza. Se veía adorable e incómodo al mismo tiempo, con el rostro ligeramente alejado de mí. Su sedoso flequillo negro caía sobre su frente. Los mechones crecieron desde la última vez que lo vi. Se curvaban encantadoramente a lo largo de su nuca y sus orejas,

combinando con sus pesados juegos de pestañas, que eran oscuros abanicos sobre sus prominentes pómulos. Sus labios, labios que recordé vívidamente moviéndose sobre los míos, se fijaban ligeramente juntos, la firme, intensa forma hacía aletear mi interior y mis dedos ansiaban tocarlo. Su pecho estaba desnudo, sus músculos arrollados y tensos, en su incómoda posición. Sombras se agruparon entre cada uno de sus duros surcos, definiendo cada centímetro a la perfección. Todavía llevaba sus vaqueros, la cremallera y el botón desabrochado para revelar sus bóxers negros y una esculpida V que desaparecía por debajo. Todavía tenía los calcetines, pero no perdí cuán grandes tenía sus pies, sentí un rubor al recordar lo que Nessie me dijo una vez acerca de los hombres y sus pies. Tragué saliva y rápidamente desvié la mirada.

Al otro lado de la mesa del centro de cristal y hierro estaba el chico de la noche anterior. No podía recordar su nombre, pero sentí una punzada de culpa al verlo. Se veía muy vulnerable apretado en una pequeña bola en el otro sofá. Ambas manos se acurrucaban al lado de su boca ligeramente abierta, pero era su nariz la que no podía dejar de mirar fijamente. Era de un color rojo brillante, hinchado y doloroso de ver. La zona alrededor, se curvaba bajo sus magullados ojos cerrados, un duro contraste con su tez pálida. Su gorra ocultaba su cabello rubio alborotado alrededor del anticuado conjunto de rasgos. Sabía que no era su color natural porque sus cejas eran oscuras y sabía lo suficiente acerca de geografía para saber que la población asiática muy rara vez tenía chicos rubios. Sin embargo, le favorecía, aunque le hacía parecer un poco pálido.

—¡Buenos días, Kia! —saludó de buen humor la Sra. Chaves, sorprendiendo mi ensueño.

Rápidamente desvié la mirada de los chicos a la pareja que me miraba con expresiones de cortesía. Fantástico. No hay duda de que estaban pensando que una espeluznante perversa que estaba comiéndose con los ojos a su dormido hijo. Sentí mis mejillas arder y recé para que no se note.

—Hola.

Ella hizo un gesto a la mesa con una grasienta espátula.

—¿Desayuno?

Arrastré los pies torpemente hacia delante y me senté en la silla a la derecha del señor Chaves. La Sra. Chaves me trajo un helado vaso de jugo de naranja. Me moví incómoda siendo servida. Muy rara vez tenía algo servido en mi casa. No porque mi mamá no lo haría, aunque probablemente no a menos que estuviese enferma, sino porque me sentía extraña dejando que alguien haga las cosas por mí cuando lo podía hacerlo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté—. Puedo cocinar.

El rostro de la Sra. Chaves se suavizó en una sonrisa.

—¿No es eso refrescante? Ni siquiera dejo a Vanessa cerca de la cocina. Esa chica quema el agua.

El Sr. Chaves se encorvó, cerrando de golpe su periódico.

—Esa chica quema una gran cantidad de cosas; tiempo, dinero... mi paciencia.

Sin saber cómo responder, comencé a levantándome de mi asiento solo para ser sentada con un gesto por la Sra. Chaves.

—Casi he terminado —dijo—. Aunque Gracias.

No dije nada, pero vi cuando volteó tortitas, huevos revueltos y tocino frito, un torbellino de una mujer en movimiento, al mismo tiempo nunca antes conseguía una pizca de grasa en ella. Estaba seriamente impresionada y un poco intimidada. Incluso cuando hago la comida, había una buena probabilidad de que estuviese usando al menos parte de ella. No es que sea una cerda, pero solía leer mientras cocinaba, que por lo general explicaba los desastres.

—Por lo tanto, Kia —El Sr. Chaves dobló su periódico y lo puso a un lado—, cuéntanos un poco de ti.

Odiaba cuando la gente preguntaba eso. ¿Qué demonios se supone que debo decir? Hola, soy Kia. Me gustan los suéteres, química y las largas caminatas en la playa. De alguna manera, dudaba de que fuera lo que tuviesen en mente. Aparte del hecho de que podía recitar *Pretty Woman* línea por línea, dudaba de que fuera capaz de impresionarlos.

—¿Tienes algún pasatiempo? —facilitó cuando estuve en silencio por mucho tiempo.

Me encogí de hombros.

—Leo —¿Puede incluso ser considerado como un pasatiempo? Supuse que era tan bueno como cualquier otro. Las personas coleccionan cerraduras de otras personas, mechones de cabello y popó de hámster. Al menos los libros eran útiles.

—¿Qué lees? —replicó la Sra. Chaves, recogiendo las crepes en un plato.

—¿Todo? —Hice una mueca para mis adentros. Debieron pensar que era una completa idiota—. Leo mucho de ficción —aclaré.

El Sr. Chaves asintió lentamente, como si eso hiciera un completo sentido.

—No hay nada malo con la ficción —dijo—. Al menos tú lees. No creo que Vanessa abriese un libro en su vida.

Abrí la boca, dispuesta a defender a mi amiga cuando otra voz me interrumpió.

—Eso no es cierto. —Nessie se paseó por la sala de estar a la cocina viéndose como la Nessie que conocía con su cara perfectamente hecha y su cabello en una brillante melena negra por su espalda. Se dejó caer en el asiento a mi lado, sus ojos azules fijos en su padre—. Leí ayer la guía de televisión.

—Eso no es un libro —dijo su padre.

Nessie se encogió de hombros con indiferencia.

—No todos podemos ser honrados estudiantes sobresalientes como su precioso Adam —dijo—. Mis talentos están en otra parte.

—¿Te refieres a la colección de notas de detención? —respondió el Sr. Chaves, la desaprobación revistiendo sus rasgos razonablemente guapos. Él no era particularmente viejo, a pesar de que las canas en las sienas indicaran lo contrario—. No sé qué clase de futuro planeas tener con la actitud que estás teniendo últimamente.

—Mi plan es casarme con un rico y no preocuparme por eso —respondió simplemente Nessie.

—No puedes aprovecharte de tu buena apariencia para siempre, Vanessa —dijo la Sra. Chaves, caminando a la mesa con un humeante plato de panqueques en su mano. Dejó el plato en la mesa, se sacudió las manos y miró a su hija—. Y no necesitas un hombre para cuidar de ti. Deberías...

—Apoyarme a mí misma —terminó Nessie poniendo los ojos en blanco—. ¡Lo sé! estaba bromeando. —Clavó tres panqueques con su tenedor y los arrastró hasta su plato—. No puedo creer la seriedad con la que me toman a veces.

Su padre frunció el ceño.

—¡Es porque no lo tomas con suficiente seriedad!

Nessie rodó los ojos otra vez, ahogando su desayuno en almíbar.

—Dios no lo quiera que viva el resto de mi vida mirando abajo de las gargantas de la gente.

—Eso es apenas...

—¡Deténganse! —Una profunda, voz gutural gruñía en algún lugar detrás de mí. Los resortes chirriaban y el tejido crujió cuando se movió el peso en el sofá. No había nada amenazador en el sonido, sin embargo, me puse rígida, como si me hubieran inyectado con una jeringa entre los omóplatos—. ¡Es de madrugada por el amor de Dios!

—¡Son las diez de la mañana! —argumentó la Sra. Chaves mientras Adam salió de la sofá y desplegó su largo y esbelto cuerpo.

Sentí que se me secaba la boca cuando él enlazó sus dedos y los tensó hacia el techo con sus palmas. Mi mirada devoró su lisa, rígida longitud, poderoso y salvaje como un dios griego. En mi regazo, mis dedos se apretaron. Mis labios se separaron. Corrí una lengua temblorosa sobre ellos. Dios estaba mal lo guapo que era.

Los ojos de un insondable azul océano se levantaron como si de alguna manera hubiese sentido la codiciosa caricia de mi mirada en él. Ellos se oscurecieron cuando no fui lo suficientemente rápida para mirar hacia otro lado, convirtiéndose en marcas de hambre sin adulterar que enviaban

astillas de calor corriendo a través de mí. Casi me quedé sin aliento. Fui salvada únicamente por el agarre de mis dientes hurgando profundamente en la carne de mi labio inferior.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —exigió Nessie, mirando a su hermano con fastidio—. ¿No deberías estar afuera embriagándote con tus amiguitos?

Ignorándola, Adam se acercó a su bolsa de lona y la tiró en el sofá. Rebuscó en el interior por una camiseta y la balanceó sobre él, cubriendo toda esa gloriosa carne. Traté de no dejar mostrar mi decepción visiblemente, pero mis hombros decayeron un poco.

—Esos amiguitos, como tú los llamas, eran tus amigos hace solo cuatro meses —dijo Adam, por fin, tirando del dobladillo de la camisa hacia abajo sobre sus vaqueros.

Nessie inhaló arrogantemente.

—Los amigos no se traicionan entre sí. Ellos me abandonaron.

Vaqueros abrochados, Adam se aventuró hacia la mesa y miró de cerca a su hermana cruzándola mientras arrastraba una silla y se dejaba caer en ella.

—Te lo causaste a ti misma.

La mandíbula de Nessie quedó boquiabierta. Chispas de ira brillaron en sus ojos y me di cuenta de que estaba a punto de desatar una lengua profana para azotar a su hermano cuando un gemido interrumpió la tensión. Todos los ojos se volvieron como la segunda figura en el sofá se desplazó y se impulsó para levantarse. Anillos de plata brillaron mientras sus largos dedos fueron empujados a través de rebeldes mechadas de cabello aclarado. Él bostezó ruidosamente y estiró sus brazos antes de apoyar en sus pies. Entrecerró un ojo marrón por toda la habitación antes de parpadear con ambos y centrarse en las cinco personas que se reunían alrededor de la mesa.

—¡Buenos días! —dijo él alegremente, una completa contradicción con los ojos negros que le había dado—. Mm, ¡algo huele delicioso! Me muero de hambre.

Quizás fuera porque era muy alto, pero solamente le hicieron falta tres zancadas para alcanzarnos mientras a mí me habrían hecho falta al menos una docena de pasos. Tiró de la silla cerca de Adam y se sentó allí.

—¡Se ve bien, señora C! —dijo.

Había una raya en su ceja derecha y una docena de adornos brillantes en la curva de sus orejas. Las uñas de su pulgar estaban pintadas de negro, pero no el resto de sus dedos. Tenía tres anillos de playa en sus dedos que centellearon cuando frotó sus manos con anticipación.

Sin esperar una invitación, clavó su tenedor en no menos de seis tortitas y las llevó a su plato. Las cortó con el filo de su tenedor con una mano mientras la mano libre presionada el sirope que la Sra. Chaves había puesto.

—¿Cómo está tu nariz, Kenny? —preguntó ella, colocando un plato de bacón también.

Kenny se metió todo el tenedor en la boca.

—He estado peor —dijo con la boca llena—. Además —tragó y me miró hacia mí—, pega como una niña.

Me hubiera enfrentado a eso si la sonrisa asimétrica que me había ofrecido no hubiera sido tan... ridícula. En lugar de eso, me vi sonriéndole también.

—Kenta Kimura. —Sacó la mano de los pantalones antes de extenderla por la mesa—. Pero todos me llaman Kenny.

Acepté los dedos delgados que me había dado.

—Kia Valentines, pero todos me llaman Kia.

Sus cejas se alzaron con interés. Liberó mi mano. La raya de su ceja parpadeó al girar la cara una fracción a la izquierda, hacia Adam.

—Kia, ¿eh?

Mi corazón se perdió en un latido ante la implicación de la manera en la que dijo mi nombre, como si fuera un chiste personal. Mi mirada se disparó hacia Adam. Confusión y algo como placer brillaban en mi pecho mientras me preguntaba si había hablado de mí y qué podría haber dicho.

Pero si Adam estaba pensando en algo, jamás quedó claro ya que reanudó su comilona. Santo Dios, ¿y si le había contado a Kenny lo de la fiesta de Halloween en la casa de Claudia y Kenny se lo cuenta a Nessie? ¿Y si Nessie se lo imagina? ¡Maldición! ¡Mírame! Quería gritarle a Adam mientras la emocionante sensación fue reemplazada por los dedos fríos del temor.

—¿Qué sabes de Kia? —exigió Nessie con una mueca sarcástica.

Kenny tamborileó sus largos dedos por su plato mientras masticaba su comida y miraba a Nessie.

—¿Qué tendría a cambio por contártelo?

—Kenny. —La advertencia en la voz calmada de Adam interrumpió lo que sea que Nessie estuviera a punto de decir.

Kenny resopló, poniendo en blanco los ojos.

—Dios, ¿qué pasa con toda esa tensión? Relájate. Estoy bromeando. — Miró a Nessie—. No sé nada sobre *tu* Kia.

La manera en la que había dicho *tu* me hacía preguntarme si estaba siendo sarcástico o condescendiente. Tampoco sabía cómo afrontarlo.

Las mejillas de Nessie se oscurecieron, pero la señora Chaves la cortó antes de que pudiera ofrecer un rebatimiento.

—Está bien, niños. Ya es suficiente. Tenemos que hablar del problema de la habitación.

—¿Por qué? —exigió Nessie—. No se van a quedar.

—Bueno, claro que van a quedarse —dijo la Sra. Chaves, dejando su esbelta figura en la silla presidiendo la mesa—. ¿Por qué no lo harían?

—¡Pero eso no es justo! —dijo Nessie, prácticamente gritando—. Le prometí a Kia que podría pasar la Navidad con nosotros.

—Y aún puede hacerlo —continuó su madre calmadamente—. La mudaremos a tu habitación y los chicos podrán compartir la habitación de Adam. —Volvió los ojos hacia mí—. ¿Te parece bien?

Compartir espacio con Adam durmiendo a cinco metros... um, sí, no me parecía nada bien eso.

El resto de la mesa me observaba mientras contestaba:

—Bien.

La Sra. Chaves sonrió.

—Excelente. Haremos...

—¿Qué ha pasado con todo ese discursito que siempre me das? Adam dijo que se iría toda esta semana con sus amigos. ¿No es donde debería estar?

La Sra. Chaves le puso mantequilla a una tostada antes de contestar.

—Decidió que la familia era mucho más importante, en lo que yo estoy de acuerdo.

—Quería pasar las Navidades con Kia, pero me dijiste que no podía por todo eso de la familia. Pero estaba bien que Adam se fuera, lo que no me importó. Me gustaba la idea de tener una Navidad sin él. Pero luego le dejás volver como...

—Tú no podías irte porque aún estás en problemas por ese examen de inglés que suspendiste —dijo su padre mientras echaba sirope en sus tortitas y bacón.

—Además, accedimos totalmente a que Kia se uniera a nosotros, ¿no? —terminó la Sra. Chaves.

—Pero apuesto a que no me dejaríais regresar si fuera yo en su lugar —balbuceó Nessie—. Me enviaríais de vuelta allí y me diríais que tomara la mejor decisión y... lo que sea.

—Deja de ser una niña mimada —balbuceó Adam.

—¡No estoy siendo una niña mimada! —exclamó Nessie—. Estoy dando a entender la hipocresía de esta familia. Te tratan como si fueras un enviado del cielo y a mí me llenan de mierda.

—Eso es porque me enviaron del cielo. —Sonrió Adam de oreja a oreja—. No puede evitarse.

—Pero nos enseñaron en la igualdad —dijo Nessie—. Claramente es algo que se dice y no se hace. Obviamente estamos en una cultura donde te adoran por ser un chico mientras yo me salvé de ser enterrada viva al nacer por ser una chica básicamente por el hecho de que es ilegal.

—Ya es suficiente, Vanessa —dijo el Sr. Chaves con más impaciencia mientras cortaba sus tortitas en perfectos cuadrados pequeños—. ¿Podemos tener al menos una sola comida sin escucharte lo injusta que es tu vida? ¡Una! —Dio un chasquido cuando Nessie abrió la boca—. Cómete el desayuno.

La tensión podía cortarse con un cuchillo después de eso. Nessie apuñaló sus tortitas repetidamente con su tenedor de la manera en la que un asesino apuñalaría a su víctima, mientras murmuraba cosas ininteligibles por lo bajo. Me encontré con la mirada de Kenny durante un segundo y abrió sus ojos como si dijera vaya. No dije nada mientras me giraba hacia mi amiga, pero no tuve ninguna palabra de aliento. Rara vez me gritan mis padres así que no tenía ni idea de lo que se dice en un momento así.

—¿Cómo van esos saltos, Adam? —El Sr. Chaves se metió un trozo de tortita en su boca mientras observaba a su hijo al masticar.

Adam asintió lentamente.

—Bien.

—¿Estás trabajando en ello? Sabes que no llegarás a ningún lado si aflojas.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Estoy trabajando en ello.

El Sr. Chaves le señaló con el tenedor.

—¡Trabaja más duro! No querrás que te pongas en el banquillo el resto de la temporada, ¿no? Asegúrate de que el entrenador vea lo duro...

—Papá, lo tengo. —El humor habitual había desaparecido en el tono de Adam. Su enfado se veía en los nudillos blancos alrededor del tenedor.

—Quizás Kenny y tú podáis ir a la pista de hielo...

—¡Es Navidad, Donald! —Intervino la Sra. Chaves—. Nada de trabajo ni nada de deportes en Navidad. Son las reglas.

El Sr. Chaves meneó la mano con desdén.

—Vale. Vale. Pero quiero que des horas extras cuando regresemos. No lo conseguirás si te quedas detrás.

—Solamente es una semana, papá —balbuceó Adam.

—No importa. Siempre tienes que estar preparado en tu juego.

Adam bajó su tenedor y estudió a su padre con una mirada encolerizada.

—No tengo horas extras para hacer. Tengo tres exámenes el primer día que regreso al colegio y cuatro prácticas la misma semana y un partido la semana después. Apenas tengo horas extras para dormir.

—¡Entonces necesitas administrar mejor tu tiempo! —replicó el Sr. Chaves cortante también—. Todo se reduce a cómo te organizas la vida, Adam. Quizás necesites pasar menos tiempo con tus amigos.

Adam se puso rígido.

—Veo a mis amigos una hora los domingos. ¿Cómo eso...?

—Esa hora podría utilizarse para estudiar o trabajar en tu estilo mariposa. — El Sr. Chaves abrió las manos como si estuviera realizando algún truco de magia. Sus ojos color avellana saltaron hacia mí. Yo en realidad sí salté—. ¿Tú qué haces, Kia?

—Uh... —Mi mirada en pánico pasó de Nessie a Adam—. Yo...

—Sin duda eres una chica inteligente —siguió—. Un hecho increíble teniendo en cuenta los amigos que insistes en tener.

—Déjala en paz. —Le cortó Nessie—. Kia no es ninguna hija tuya. No tiene que hacer nada.

El Sr. Chaves levantó las manos, su mirada fija en mí.

—¿Kia?

—Yo, uh... —Me aclaré la garganta—. En realidad no hago deportes —dije lentamente—. No soy muy... coordinada. No confían en mí en mi clase de gimnasia. Creo que soy un riesgo para la seguridad.

Al otro lado de la mesa, Adam se puso a reírse. Incluso Nessie rió. El Sr. Chaves no parecía impresionado.

—Pero tienes alguna actividad en particular que disfrutes, ¿no?

Yo hice una mueca.

—¿Yo... leo?

—Es brillante —intervino Nessie—. Una de las chicas más inteligentes de nuestra escuela. Probablemente la única chica inteligente de nuestra escuela. Está en todas las clases avanzadas y probablemente podrá elegir cualquier universidad del mundo.

Quería llorar. Quería arrojarle los brazos a su alrededor y apretarla fuerte. Luego siguió hablando.

—Como que te hace preguntarte si fuimos cambiadas al nacer, ¿no? No hay duda de que probablemente estuviera destinada a estar en mi lugar, siendo la alfombrilla perfecta... Es decir, su hija.

Sé que no era un golpe para mí, pero me encogí.

El Sr. Chaves no parecía disgustado por el improvisado comentario. Dio un bocado a sus tortitas y entonces, en un tono que no sugería nada, dijo:

—Quizás sea hora de hablar con sus padres.

Estaba mirando mi plato cuando algo golpeó mi pie debajo de la mesa. Mi cabeza se levanta y atrapo la mirada de Adam. Algo en mi pecho revolotea.

—Lo siento —él murmuro.

Le ofrecí una pequeña sonrisa antes de levantar mi tenedor y mover la comida alrededor de mi plato.

El Sr. y la Sra. Chaves nos dejaron después del desayuno para hacer algunas compras, pero no antes de repartir los quehaceres. Nessie y yo fuimos elegidas para lavar los platos mientras que a los chicos se les dio la

tarea de arreglar la sala de estar. No hablamos cuando limpiamos la mesa y llenamos el fregadero. Nessie tomó el trapo antes de que pudiera ofrecerme para secar. Cedí voluntariamente y sin quejarme.

—¿Estás bien? —le pregunte.

Nessie olfateo, lanzando un tenedor en el fregadero con fuerza bruta. Chocó contra la cuenca de metal con un rotundo sonido metálico y se hundió bajo la espuma.

—No es justo como nos trata —murmuró con amargura—, no tanto con Adam, pero conmigo. Él siempre actúa como si fuera la mayor maldición que alguna vez le aconteció a esta familia, mientras que Adam no podía hacer nada mal.

Miré por encima de mi hombro mientras enrollaba mis mangas. Adam y Kenny estaba ocupados aspirando y quitando el polvo de la sala de estar y eran ajenos a nuestra conversación. Pero todavía podía ver la tensión en los hombros de Adam y en las duras líneas alrededor de su boca. Tal vez puede ser que no lo conociera muy bien, pero incluso podía decir que estaba molesto por la conversación durante el desayuno.

—Adam no obtuvo precisamente una palmada en la espada, tampoco — dije, moviéndome al fregadero.

Nessie hizo el sonido de un bufido. Arrojó otro tenedor en el fregadero, casi salpicándome mientras golpeaba el agua.

—Él lo lleva en sí mismo. De buena gana hace todo lo que ellos le dicen que haga. No tengo ninguna compasión por él. —Nessie rodó los ojos—. Tú no lo entiendes.

—¿Por qué estás tan enojada? —le pregunte.

Ella sacudió la cabeza, frotando un poco demasiado duro un vaso de agua.

—Solo estoy harta de todo el mundo pensando en lo perfecto que es Adam.

Fruncí el ceño.

—No pienso que Adam sea perfecto y estoy bastante segura de que tus padres tampoco piensan eso.

Lo que sea que ella estaba a punto de decirme fue interrumpido por el suave sonido de su teléfono. Secó sus manos rápidamente y lo busco en su bolsillo. La cosa era brillante y rosa con un adorno de *Hello Kitty* colgando. La cabeza del gato se columpiaba mientras leía el texto. Me di la vuelta hacia los platos.

—Lo que sea —murmuro un segundo después mientras metía el teléfono de vuelta en su bolsillo y recogía en trapo.

—¿Todo bien? —pregunté, dejando caer una cuchara en el fregadero de enjuague.

Ella agitó la mano que sostenía el trapo con desdén.

—Bien. Sólo algún perdedor que piensa que son divertidos. —Nessie no dijo nada más por un momento mientras recogía un plato sucio de la encimera. Esperaba que no tirara uno en el fregadero. No estaba segura de que pudiera manejar este tipo de violencia sin romperse—. Creo que es uno de los compañeros del equipo de Gary. Todos ellos se han vuelto unos gilipollas desde que se enteraron de que Gary y yo... Tú sabes, lo hicimos.

No podía decir que parte de ésta confesión me sorprendió más.

—¿Ustedes lo hicieron y le dijeron a sus amigos? —No sabía si golpearla por hacerlo con un idiota o golpearlo por ser un idiota al respecto.

—No les dijo. Al parecer, uno de ellos pasó junto a nosotros.

—¿Al parecer?

Ella se encogió de hombros.

—Fue la semana pasada cuando tuvo esa fiesta en su casa.

—¿Te refieres a la que me invitaste?

—¿Y rechazaste? —replicó ella con sarcasmo—. Si, esa. Él había estado insinuando que debimos haberlo hecho hace mucho tiempo. Siempre supe que lo haría con él, de todos modos. Quiero decir, hemos estado saliendo durante como cuatro semanas y ya me había dicho que me

amaba. Así que finalmente dije que sí. Fuimos a su habitación e hicimos el acto. No fue grandioso, pero no es como si hubiera sido mi primera vez así que no fue un gran problema.

—¿Y dijo que vio a alguien?

Nessie asintió.

—Uno de sus amigos hizo algún estúpido comentario y me enoje porque pensé que Gary fue y les dijo a todos, pero dijo que uno de ellos entró accidentalmente en su camino al baño.

Nunca pensé que Nessie fuera estúpida, pero eso no me impidió querer sacudirla.

—Así que esté tipo probablemente ha estado en la casa de Gary un millón de veces, ¿no? ¿Sin embargo olvido donde estaba el baño?

—¡Estaban borrachos! —Nessie paró de secar y me miró—. ¿Qué es lo que estás diciendo de cualquier modo? ¿Qué Gary les dijo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Sólo estoy diciendo que Gary es un chico. Tal vez lo hizo.

Ella cruzó sus brazos y entre entrecerró los ojos.

—Gary me ama. Nunca haría eso.

Levanté mis manos.

—De acuerdo. Lo siento. Tienes razón.

Ninguna de nosotras hablo sobre eso de nuevo, los chicos terminaron de ordenar la sala de estar y se dejaron caer para estudiar minuciosamente alguna revista que Kenny sacó de su mochila.

—Tal vez chicos podrían venir y ayudar a limpiar la mesa. —Nessie les disparo antes de que ellos siquiera pudieran abrir la revista. Abrí la boca para decirle que eso era parte de nuestro trabajo, pero ella ya había saltado sobre el sofá cerniéndose sobre los dos—. Se supone que deberían estar ayudándonos a limpiar —acusó.

—Y lo hicimos. Limpiamos aquí —respondió Adam tranquilamente sobre su hombro—. La mesa es su trabajo. Buen intento.

—¿Así que solo vas a quedarte ahí sentado sin hacer nada mientras que nosotras hacemos todo el trabajo? —exclamó con voz aguda, haciendo a mis dientes rechinar cuando el sonido alcanzó aquel inquietante silbido reservado para silbatos para perros.

—¡No! Por supuesto que no. —Adam tomó la revista de Kenny y la abrió—. Vamos a buscar una nueva junta directiva.

El teléfono de Nessie sonó de nuevo, salvando a Adam de conseguir su cabeza arrancada. Ella lo saco con brusquedad y lo comprobó. Podía oír sus gruñidos incluso desde esta distancia mientras se lo metía en el bolsillo y se volteaba hacia su hermano.

—¡No seas tan idiota! —espetó, arrancándose el delantal y saliendo de la habitación.

—¡Nessie! —llamé después, pero ella se había ido y me dejo para fregar una torre de platos sola.

Sacudiendo la cabeza, me di vuelta hacia el fregadero, sistemáticamente lavando, enjuagando y secando, sabiendo muy bien que estaría aquí hasta la cena. Había casi decidido perseguir a Nessie y obligarla a que volviera y me ayudara, pero entonces ella solo se quejaría sobre que Adam y Kenny no hacen nada y no estaba de humor para eso.

—Aquí. —Adam me arrojó el trapo que Nessie arrojó a un lado y maniobro enfrente del lavabo. Observé sin habla atónita mientras se arremangaba la camisa y hundía sus manos en el agua jabonosa.

—Tú... tú no tienes que hacer esto —dije, mi voz solo vacilando ligeramente.

Los ojos de Adam se levantaron y fijaron en mí, quitando cualquier idea de que pudiera haber hablado otra vez.

—Quiero hacerlo —murmuró.

Había algo inusualmente desalentador sobre estar allí con él, a su lado y haciendo algo normal. Nunca me había sentido femenina o delicada, pero estar al lado de la fuerza que irradia Adam, me sentí pequeña. Era

tan grande. Todo en él parecía tan poderoso y preciso. No podía dejar de mirar a escondidas hacia él desde la esquina de mi ojo, tranzando su perfil cuando hacía algo tan mundano como lavar platos.

Me pasó un plato y nuestros dedos se tocaron, un inesperado toque de electricidad que se disparó entre nuestro toque casi me hizo perder mi agarre. Él pareció no darse cuenta.

Esto era tan solo como la vez que había estado con él desde nuestro tiempo junto en su casa. La verdad estaba en nuestra cita para el carnaval, dónde él era completamente mío y había sido mágico de una manera que tenía miedo de nunca experimentar de nuevo. Pero no fue así. Él no sabía quién era yo y se había producido un cierto nivel de seguridad allí.

Tragué el nudo alojado en mi garganta. Mantuve mi mirada hacia abajo mientras tomaba cada plato de él y los secaba. Ninguno de los dos habló, pero nuestro silencio parecía gritar con todas nuestras palabras no dichas. Quería que me mirara. Quería ver sus ojos. Quería ver el hambre y el afecto que siempre parecía estar brillando ahí. Quería sentir como si yo fuera la única para él de nuevo.

¡Basta! La pequeña voz en mi cabeza estaba en lo cierto. Tenía que mantener la concentración o nunca podría hacerlo a través de los próximos seis días. Tenía que mantenerme fuerte. Tenía que...

—Te extraño.

El cuchillo de mantequilla se deslizó de mis dedos y golpeó la madera a mis pies con un ensordecedor ruido. Mi corazón se disparó incluso cuando yo quería, incluso rogué, que no lo hiciera.

Sin mirarme, Adam se agachó y lo recogió. Lo dejó caer en el fregadero para lavarse de nuevo como si nada fuera diferente, como si siguiera batallando para respirar.

—Puede parecer una locura, pero... —Lavó el cuchillo y lo deslizó en el segundo fregadero para enjuagarse—. No puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de pensar en cómo hueles y la manera de la que te sientes en mis brazos cuando te besó.

Cada palabra se estrelló contra mí como las cálidas olas de un océano soleado. Sentí el choque directo hacia los dedos de mis pies curvados. Se agruparon en la boca de mi estómago, por lo que estaba dolida por la necesidad de arrojarme a él. Sin embargo, al mismo tiempo, mi pecho dolía como si él me hubiera golpeado.

—Para. —Mi súplica susurrada tembló. No había suficiente saliva en mi boca para despegar mi lengua.

Continuó en lavar los platos y soltarlos en el agua de enjuague.

—Nunca pensé que fuera posible enamorarse de alguien tan duro, tan rápido. —Se rio entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Pero no puedo sacarte de mi cabeza, nena.

—Adam, por favor.

—Nunca dejé de quererte... Te necesito. Sé que hay una diferencia. Un niño necesitado. Es algo egoísta e innecesario. Pero te necesito, Kia. Es un dolor físico como perder una extremidad.

No sentí nada más que el entumecimiento en mis dedos, en mis pies, y en mi mente. No sabía cómo formular palabras así que me quedé parada allí como una idiota mientras el lavaba los platos y me hacía enamorarme de él.

—Hay algo que necesitas saber sobre mí, Kia. —Sus ojos, azules y sin fondo finalmente se dirigen hacia mí, brillantes destellos con intensidad—. Nunca aprendí como perder.

Sin nada que decir, aceptó el plato que me pasa y el siguiente. Hemos trabajado en silencio, lavando y secando mientras sus palabras jugaban en espirales a través de mi mente. Me ayuda a encontrar los almacenes y cajones, la mayoría de los artículos entraron sin que ninguno de nosotros dijera alguna palabra.

—Estante de arriba —dice cuando termino de limpiar el recipiente de porcelana que la Sra. Chaves había utilizado para los huevos.

Sigo su dedo que apunta a la alacena junto al refrigerador. Me acerqué y la abrí de golpe. Mi cabeza se inclina hacia atrás para poder ver la diferencia entre un vaso y otro plato en la parte superior. Busqué con el

recipiente, esperando que se deslizara en su lugar sin tener que empujar los otros dos. Pero no podía alcanzarlo. Yo medía 1'80 metros y si estaba teniendo problemas, no podía imaginar como Nessie lo conseguía con su pequeña estatura.

Brevemente me pregunto si había algún taburete que pudiera usar e iba a preguntar cuando lo sentí detrás de mí. Su pecho rozó mi espalda una vez antes de instalarse en su lugar, ajustándose perfectamente contra mí. Descansa una de sus manos en el mostrador y la otra la coloca ligeramente en mi cintura. Mi camiseta se había levantado por encima de la cintura de mis vaqueros y sus dedos se deslizan en ese espacio, rozando la piel expuesta. Di un grito ahogado. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo gritaba como si hubieran sido incendiadas. El recipiente se desliza. Adam lo atrapa, pero no con la mano cuyos dedos estaban haciendo pequeños círculos ardiendo sobre mi piel.

—Cuidado. —Cálido y rico, la sola palabra era un ronroneo ronco en mi oído.

Algo afilado y embriagador pico en la boca de mi estómago. Ms rodillas se debilitan y solo logro sostenerme del segundo estante del almacén para no perder el equilibrio.

—Adam. —Su nombre se escapa de mis labios antes de que incluso pudiera pensar en detenerlo. Latiendo a nuestro alrededor, un susurro pidiendo algo que yo sabía que era una mala idea.

El recipiente fue dejado a un lado mientras sus dedos se presionaban en mí. Sentí el calor de él chisporroteando entre nosotros mientras se acomodaba en mi espalda. Su respiración era pesada en mi oído, su corazón roto con emoción errática contra mi omóplato. Mi propio corazón corría violentamente, emparejándose con el suyo. Lo sentí inclinarse más cerca. Sus labios rozaron la curva de mi mandíbula y, como un imán, mi cara se volvió hacia él, mis labios se separaron y buscándolo. Su aliento enlazado con el mío.

—Kia... —Desesperación coloreo mi nombre. Sus dedos temblorosos se cerraron alrededor de mi cintura—. Quiero...

—¡Eh, ven a ver esto! —La exclamación emocionada de Kenny destrozó el momento como un martillo a través del vidrio.

Rápidamente me alejo de Adam, mentalmente pateándome a mí misma por ser tan débil. ¿Qué si hubiera regresado Nessie? ¿Qué si ella hubiera visto? Me desplomó contra la puerta de refrigerador, dejando que la frescura de éste se filtrara a través de mi ropa y aliviando la quemadura que él había dejado atrás. No lo miré, pero podía sentirlo observándome.

—Eso no puede suceder de nuevo. Prométemelo.

Empezó a alejarse de mí. —No haré esa promesa.

4

Adam

Traducido por Marcelaclau y por Jessy

Corregido por Jut

El violento lanzamiento de la revista de moda de Vanessa fue como la explosión de las alas de aves tomando el vuelo... entonces estrellándose contra un muro de concreto. La cosa golpeó la mesa de café y patinó a través de ella hasta desaparecer por el borde. Aterrizó con un patético golpe en el otro lado.

—¡Estoy tan aburrida! —gimió dramáticamente, se dejó caer en el sofá y cruzó los brazos como un niño caprichoso—. Quiero hacer algo.

Cuidadosamente cerré mi propia revista y la dejé a un lado al final de la mesa al lado de mi codo. No había estado leyéndola de todos modos. Mi atención se mantuvo rondando la pasiva figura posada en el sofá junto a mi hermana, piernas acurrucadas bajo ella, mentón descansando en la palma de su mano. Continúo distrayéndome por el mordisqueo de su labio inferior, llenándolo con sangre así que estaba inflamado y rosa de una forma que hacía cosas deliciosas en mi interior. Conocía la mirada, sus cejas fruncidas y la oscura incertidumbre en sus ojos. Ella estaba pensando demasiado algo, y era lo suficientemente inteligente para saber que era acerca de lo que casi había pasado entre nosotros en la cocina y acerca de su promesa a Van y cualquier otra cosa que estuviera rodando en su cabeza. Me sentía como de la peor clase ser la razón por la que parecía tan perdida, pero culpaba en gran parte a Van. También culpaba a mis padres. Ellos eran la razón por la que era una chica tan consentida que se reusaba a compartir o tomar parte de la responsabilidad de cualquier

cosa. Kia podría haber sido mía. Podríamos haber estado juntos, si no hubiese sido por mi hermana. Después ella se preguntaba por qué no le gustaba a las personas. Yo era su hermano y era difícil que me agradara algunas veces. Ella no tenía idea lo suertuda que era, no sólo por tener a Kia, pero porque era libre de cualquier expectativa. Sin embargo era tan miserable como siempre.

En el sillón, volteado cabeza abajo, largas piernas colgando sobre él espaldas, la cabeza colgando cerca del suelo, Kenny dijo:

—Podría bailar por cuartos si quieres. —Alejó sus ojos de la pantalla del teléfono a centímetros de su nariz y miró por encima a Van. Sonrió—. Es más si estoy desnudo.

Hice una mueca incluso antes de que Van moviera sus labios.

—Puajj.

Kenny rió, volviendo a su juego de *Angry Birds*.

—Dices eso ahora, pero es porque no has visto todo esto en carne.

Haciendo un sonido de disgusto, Van se volvió a revisar su teléfono. Sus cejas se arrugaron mientras miraba algo más. Entonces, con una risa burlona, lo volteó y miró a Kia.

Ella frunció el cejo.

—¡Oye! —Le dio un codazo a Kia.

Kia, quien había estado mirando sin ver a la ventana por la última hora y media saltó. El libro abierto balanceado en su rodilla cayó al suelo en un ruido sordo. Ella parpadeo con esos grandes ojos cafés.

—¿Qué?

—¿Qué estas mirando? —Van estiró su cuello para mirar por la ventana sobre el hombro de Kia—. ¿Qué hay afuera?

Nada, quería decirle. Estábamos completamente aislados y rodeados de árboles y nieve. Pero la casa más cercana estaba a dos millas. Pero Kia se me adelantó.

—Estaba leyendo. —Tomó su libro como para demostrarlo.

Van entrecerró sus ojos.

—No has cambiado de página en casi una hora.

Las mejillas de Kia se sonrojaron.

—Soy una lectora lenta.

—¡Mentirosa! —Van saltó sobre sus pies—. Estas tan aburrida como yo.
¡Admítelo!

—No, yo...

Van la ignoró, moviéndose como una bala por el salón hacia su teléfono.

—Estoy llamando a mamá y papa. ¿Cuántas compras pueden realizar dos personas?

—Considerando que Navidad está a solo dos días y tú les diste seis páginas de basura que quieres... diría que un buen rato —comenté causalmente, golpeando mis dedos en el brazo del sillón.

Van gruñó, golpeando con su pie.

—¡No quiero sólo estar sentada aquí por el resto de la próxima semana!

—Podríamos ir a esquiar —dijo Kenny, volteándose, sus ojos todavía pegados a la pantalla.

—Dill me acaba de enviar un mensaje. La pandilla está en camino a levantar el polvo en *Blackcomb*. —Miró al resto de nosotros—. ¿Algún interesado?

—Oh, uh, no lo sé... —Lo que fuera que Kia iba a decir se ahogó por el chillido eufórico de Van.

—¡Estoy dentro! —gritó dando un saltito.

—¡No! —dije un poco más fuerte de lo que hubiera querido—. Podríamos hacer algo más.

Tres pares de ojos enfocados ahora en mí, mirándome con confusión y molestia, en el caso de Van.

—¿Y por qué haríamos eso? —retó—. Amo esquiar.

Verdad, pero...

—No es buena idea —respondí—. Podríamos ir al pueblo...

—¿Qué más da, amigo? —intervino Kenny, haciéndome querer alcanzarlo y patearlo.

—Sí, Adam —intervino Van—. ¿Cuál es tu problema?

—Es solo que no pienso...

—¡Oh, lo sé! —Kenny sonrió de una forma muy felina—. Estás preocupado que Taylor...

Van se puso rígida. Sus manos volaron a sus caderas.

—¿Qué pasa con Taylor?

Levanté mis manos. Tanto por tratar de ser un hermano protector.

—Ella está allá —dije aunque debió haber sido obvio—. Quiero decir, es parte de la *pandilla*. Pensé...

—Que yo era una débil cobarde miedosa de esa perra de dos caras, ¿Es eso?

—¡No!

Pero Van ya no me estaba escuchando. Volteó un rizo de su cabello fuera de su hombro y levantó un poco su barbilla.

—No le tengo miedo. No hay nada más que ella me pueda hacer. Quiero ir a esquiar. —Ella se giró volteando su talón y se dirigió en dirección a las escaleras—. Me voy a vestir.

Ella se había ido antes de que alguno pudiera detenerla. Sus pies golpeaban las escaleras mientras ella corría por ellas.

—¿Quién es Taylor? —preguntó Kia, mirándome a mí y a Kenny.

Kenny abrió su boca para responder cuando Van gritó desde arriba de las escaleras.

—¡Vamos, Kia!

Kia gruñó.

—¿Puedo tener una endodoncia en su lugar? —Pero se levantó y arrastró sus pies.

—Lo siento, hombre —murmuró Kenny cuando estuvimos solos—. Lo olvide completamente...

Agité las manos alejando su disculpa.

—Lo que sea. Lo intenté. Está en ella si quiere ir.

Kenny sólo asintió despacio por un momento antes de hablar de nuevo.

—Entonces, Kia es agradable. No es lo que Vanessa escoge por lo general como amigas.

—Ella no quiere otra Taylor —murmuré—. Pienso que está tratando de cambiar.

Kenny resopló.

—No creí que tu hermana fuera capaz.

Me puse de pie.

—Tuvo un año difícil, pero ella es difícil.

Kenny desplegó su alta figura de la silla y metió su teléfono en su pantalón.

—Me cae bien. Kia. Ella tiene una... personalidad, la encuentro algo sexy.

—Levantó la vista y captó mi mirada de advertencia hacia él. Él sonrió—. No te preocupes. Sé que es tuya. Pero yo sería cuidadoso.

Crucé los brazos y ladeé mi cabeza al lado.

—¿Por qué es eso?

Kenny se movió hacia las escaleras, sus largas piernas comiéndose la distancia con poco esfuerzo.

—Chicas como Kia quieren tu corazón y ningún chico merece ese tipo de muerte.

Esperé hasta que él había subido las escaleras antes de murmurar:
—Demasiado tarde.

Taylor y el grupo nos encontraron en *The round house Lodge* en uno de las montañas más altas de *Whistler*. El albergue siempre había sido uno de mis favoritos. El estilo de estructura real contra las montañas llenas de nieve siempre se sintió cálido y acogedor, ¡y el viaje abajo por el lado del *Pico Whistler*... épico!

El grupo estaba esperándonos al frente de las puertas del albergue cuando bajábamos de la góndola en nuestros esquís (de Snowboard en mi caso), postes y trajes voluminosos. Taylor se situó en el frente entreteniéndolo al grupo con una historia de una mesera perezosa. Los otros parecían estar comiéndoselo, riendo y haciendo comentarios sarcásticos. Se detuvieron cuando Taylor se giró y nos vio. Ella sonrió y movió un rizo rubio de su hombro.

—¡Adam! —Se pavoneó y me besó antes de que pudiera detenerla. Sus labios eran dulces, como endulzados con chapstick, cerezas, creo. Me hizo querer lavarme la boca. Se echó hacia atrás mordiendo su labio inferior. Su sonrisa era toda seducción y su brazo serpenteaba a través del mío. Presionó su pecho en la parte superior de mi brazo—. ¿A dónde fuiste anoche? Estaba esperando que pudiéramos ir a mi habitación y terminar lo que comenzamos en el sofá. Sé que también lo estabas sintiendo.

Claramente teníamos diferentes recuerdos de la noche anterior, porque, mientras estaba sintiendo algo, no había sido ella.

—Te dije que no estaba pasando de nuevo. —Intenté soltar mi brazo de sus garras, pero la chica era como una venus atrapamoscas, y mi brazo era la mosca.

—Creo que deberías dejarme intentar convencerte. —Su dedo presionó mis labios antes de que pudiera incluso pensar corregirla—. No digas nada ahora, pero cuando acabemos aquí, podríamos regresar al hotel y tomar una ducha juntos. —Sonrió sombríamente—. Planeo ensuciarme.

¿Será que ese error nunca dejará de perseguirme?

—Taylor, yo...

Ella no estaba escuchando nada más. Sus ojos azules encontraron algo sobre mi hombro y ella entrecerró los ojos.

Me giré para ver que llamó su atención y tenía una mueca. Van se veía cerca de dos segundos de arrancarle la cabeza a un gatito con sus dientes. Kenny se había alejado a hablar con los otros chicos y Kia... Kia estaba mirando sus botas. No se necesitaba tener un diploma en ciencia espacial para adivinar que escucharon la última parte de la sugerencia de Taylor.

—¡Oh mi Dios! —exclamó ruidosamente, llevándose con ella todos los ojos al alcance del oído—. ¿Vanessa?

Vanessa la miró, y cuestioné la sabiduría de permitirle una vara larga, afilada.

—¡Eres tú! —Taylor soltó una risa—. ¡No te he visto en cuatro meses! No desde...

—Sí, ha pasado un tiempo —la interrumpió Van de manera tensa.

Hasta lo que sabía, Van no había visto a Taylor desde su expulsión de Vina, no fue uno de los momentos más brillantes para Van y el desmoronamiento de las bases entre ella y nuestros padres. Pero estaba seguro que ella tocara la bota no había tenido nada que ver con que su amistad con Taylor se viniera abajo. Eso fue todo por mí. Yo era la razón de que no fueran amigas. Era la razón de que Van pareciera que se fuera a dirigir a la guerra y no a un viaje de diversión para esquiar. Todo se debía a un error un año atrás y mi hermana no podía soportarme, y la verdad era que no la podía culpar. Lo que hice no tenía excusa.

Con un sonido que una hace cuando un gatito hacia algo especialmente adorable, Taylor se lanzó hacia adelante en sus gigantes botas de ski y jaló a Van en un abrazo tenso.

—Eres tan valiente en mostrar tu rostro de nuevo —dijo, alejándose—. Eso es lo que siempre he amado de ti, Vanessa. Nunca te importó lo que alguien pensara.

Van se alejó y le ofreció una sonrisa que prácticamente crujía con hielo.

—¿Por qué lo haría? La mayoría de las personas sólo son ingenuas y superficiales.

Taylor le dio un apretón.

—Exactamente. Eres tan valiente. —La mirada de Taylor pasó sobre Van y se alojó en Kia. Interés se encendió en sus ojos—. ¿Y quién es esta?

—Soy Kia. —Ella señaló con el pulgar hacia Van—. La amiga de Nessie de Margareston.

Los ojos azules de Taylor se dieron vuelta.

—¡Qué adorable! —Miró a Van, todavía con la boca abierta y ojos saltones—. ¿Y la trajiste contigo? Eso es tan *bonito*. —No había nada de *bonito* en el modo en el que decía bonito. Era condescendiente y rudo y, si hubiera sido un chico, probablemente la hubiera golpeado.

—Bueno, no me podía dejar en casa —dijo Kia en un tono neutro—, yo mastico los muebles.

Me mordí el labio para evitar reírme ante la mirada de incertidumbre en la cara de Taylor mientras movía su cabeza a un lado y estudiaba a Kia. Fue casi cómico, como si no pudiera determinar si Kia estaba bromeando o no. Cuando nadie dijo nada por varios minutos, Taylor decidió que era una broma y le ofreció a Kia una sonrisa indulgente y reservada para idiotas.

—¡Lindo! De todas formas. —Taylor se giró para mirar al grupo—. ¿Todos listos?

Palos y esquís sonaron mientras cada uno se preparaba para subir por los telesillas.

Miré a mi hermana.

—No tienes que quedarte —le dije—. Te llevaré de vuelta.

La furia oscura flotando fuera de ella como una tormenta de arena casi me tumba de mis pies cuando esos ojos azules se dirigieron a mí.

—Sólo apuesto que te gustaría eso —dijo entre dientes—. Lamento reventar la burbuja pero me quedo. —Empujó sus gafas hacia sus ojos y empujó con sus palos, avanzando varios metros lejos.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Kia.

Sacudí mi cabeza.

—Nada. —Miré hacia ella y estaba sobresaltado por el tinte verde que su pálida complexión había tomado. La tomé por el codo.

—¿Kia? ¿Estás bien?

Ella tragó visiblemente.

—Yo... Yo no sé cómo esquiar —susurró. La incertidumbre y la vergüenza y el pequeño temblor de miedo insertaron algo en mi pecho—. Y eso... —apuntó a la montaña con un palo—. Se ve muy alto.

Seguí su mirada hacia la amenazadora montaña dentada tras nosotros. El *Pico Whistler* definitivamente no era para alguien que no sabía lo que estaba haciendo. Era una patinada directamente hacia abajo con declives en cada vuelta. Un paso en falso y podrías ir hacia el borde o romperte la pierna. Y para alguien como Kia, alguien terriblemente descoordinada, era de esperar que sucediera una trampa mortal.

—Creo que esperare por ustedes aquí —continuó, frente a mí una vez más—. Voy a tomar un poco de té adentro y...

Ignorándola, eché un vistazo rápido a nuestro alrededor, asegurándome de que nadie más estuviera viendo antes de inclinarme por la cintura y desabrochar los cierres de sus botas.

—¿Qué estás haciendo? —la oí preguntar.

No dije nada mientras me inclinaba y hacía lo mismo con la otra bota.

—¡Oye! —Ella intentó retroceder sólo para que sus botas quedaran atrapadas y la enviaran a desparramarse hacia atrás. Su pie se salió de la bota—. ¡Qué mierda! —me espetó.

Ante su grito, Van luchó para darse la vuelta, sus movimientos obstaculizados por sus esquíes.

—Kia, ¿estás bien? ¿Qué sucedió?

—Tu hermano...

—Los broches no están hechos correctamente —interrumpí a Kia—. La ayudaré. Ustedes adelántense. Los alcanzaremos.

Van frunció el ceño.

—¿Qué?

—Ya sabes cómo son los broches en el equipo de alquiler —dije, sabiendo muy bien que Van no tenía idea. Nunca habíamos rentado nada en nuestras vidas, ni siquiera películas. No éramos alquiladores. Lo comprábamos o, bueno, lo comprábamos—. La ayudaré a engancharlos. No es una gran cosa. Sólo necesitan un poco de sutileza.

Van se veía tan desconcertada como Kia. Afortunadamente está última se abstuvo de decir algo mientras yo intentaba mantener mi cara de niño de coro en su lugar.

—Puedo ayudar.

La rechacé con un gesto de la mano.

—Tengo esto. Apresúrense antes de que los otros se vayan.

Van me frunció el ceño.

—Como si me importara una mierda. Todos se pueden ir y caer por la montaña por todo lo que me importa.

¡Ugh! ¿Por qué no había anticipado esto?

—Es mejor. —Kenny se abrió paso hacia nosotros—. Apestaría seriamente si no pudieras seguir el ritmo.

Van escudriño a Kenny como si se hubiera perdido completamente la cabeza.

—¿Disculpa?

Kenny se encogió de hombros.

—Oye, estoy de tu lado, nena. Sería vergonzoso. Lo entiendo.

Poniendo un esquinero sobre el otro y girando para enfrentar al rubio, Van lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir, Kimura?

—Sólo pensé que tal vez por eso es que estabas arrastrando los pies.

—No estoy *arrastrando* los pies —espetó Van—. Estoy esperando a mi amiga.

Kenny puso ambas manos enguantadas arriba.

—Lo que tú digas, pecas.

—¡Es verdad!

Kenny se encogió de hombros.

—Bien —Van se impulsó hacia adelante, enredando sus esquís a través de la brecha entre donde los pies de Kenny estaban atados a su tabla—. ¿Estás diciendo que no puedo esquiar, Kimura?

—No estoy diciendo nada.

Van lo empujó, y para el crédito de Kenny, nunca vaciló bajo el ataque injustificado.

—Estás perdido, ¡idiota!

Echándose hacia atrás, Van volvió la nariz de sus equis en la dirección de las góndolas. Dio un empujón y se detuvo. Giró la cabeza, con una mueca tímida en su rostro.

Kia resopló, riendo entre dientes.

—Ve. Vence su trasero. Te alcanzaré.

—¿Estás segura?

Kia asintió.

Con un gesto de la mano, Van se apartó.

Encontré los ojos de Kenny. Me sonrió, sacudió la cabeza y murmuró:

—Aburrido, hermano. —Antes de seguir a mí hermana. El resto ya se había ido y estaban a mitad de la montaña para cuando Kenny y Van alcanzaron el ascensor. Éramos solo Kia y yo. Realmente no debería

haberme sentido tan nervioso y emocionado, pero lo hice sin duda. Sentía como si fuera mi primera cita con una chica que de verdad me gustaba, lo cual era ridículo porque ya habíamos estado en nuestra primera cita y había estado igualmente de nervioso. Kia tenía ese tipo de poder sobre mí. Toda mi bravuconería y confianza siempre parecía apenas demasiado poco cuando se trataba de ella.

—¿Estás loco, Chaves?

Deje caer mi tabla y me incliné hacia ella.

—¿Me creerías si te dijera que estaba intentando salvar tu vida?

Kia arqueó una ceja.

—¿Empujándome en la nieve?

Sentí mis labios torcerse.

—Impidiéndote tener unos de tus infames *accidentes* en una de las montañas más altas de Canadá. —Ignorando su mirada cortante, alcancé su bota y la ayude a ponérsela de nuevo.

—¿No podrías solo haberme dicho eso?

Le ofrecí mi sonrisa torcida más encantadora.

—Soy un hombre de acción.

A pesar de sus obvios intentos por mantener su expresión severa, se rió.

—Un ejecutor. Lo recuerdo.

Había visto a un montón de chicas sonreír, pero algo en la de Kia tenía a mi corazón retorciéndose en mi pecho. El calor de ello era una cálida y física caricia que parecía llegar muy dentro de mí a un lugar que ansiaba.

—¿Qué más recuerdas? —pregunté, ofreciéndole mis manos, medio esperando su negativa. Me sorprendió cuando deslizó sus dedos enguantados en los míos. Sus suaves ojos continuaron brillando mientras la ayudaba a levantarse.

No dijo nada cuando mantuve mi agarre en ella incluso después de que estuvo firme de pie.

—Mejor te apuras —murmuró finalmente—. No creo que ellos esperarán por ti.

Sacudí la cabeza.

—No espero que lo hagan.

Ella se humedeció los labios y casi gimió:

—¿No quieres esquiar?

—Sí, contigo.

Sus ojos se ampliaron.

—No tienes que hacer eso. Soy muy mala esquiando y...

Me aparté solo lo suficiente para que pudiera coger sus esquís. Los puse en el suelo a sus pies. Me arrodillé y revise rápidamente sus botas, asegurándome de que no estuvieran demasiado apretadas. Satisfecho, empuje un esquí hacia ella.

—Deslizas tus pies en los enlaces, aquí. —Le mostré las abrazaderas metálicas atornilladas en las tiras de fibra de vidrio. Cuidadosamente, la dirigí hacia uno primero, luego ambos equis. Bloqueé caja punta sobre sus botas y las revise dos veces antes de ponerme de pie. Le pasé los polos y le dije que pusiera sus manos a través de las correas.

Fuimos a la pista de los principiantes y solo diez minutos en ella, supe que había hecho lo correcto al no dejarla ir. La chica tenía dos pies izquierdos y ni un solo hueso atlético en su cuerpo. Se caía simplemente al permanecer de pie. Ver su maraña de pies, sus esquís superpuestos y su rostro plantado era muy divertido y brutalmente doloroso a la vez, intenté mantenerme optimista por ella.

—Usa tus varas —le recordé por octava vez.

—Lo estoy intentando, pero ellos... —Su vara se atascó bajo su equis y se fue de rodillas, con sus esquís cruzándose bajo ella—. ¡Oh me rindo! —gritó, arrojando sus polos a un lado y luchando por desenredar sus piernas de debajo de ella.

Siendo el chico listo que mi mamá crió, sabiamente mantuve mi sonrisa escondida cuando me acerqué a ella. Me deje caer a su lado y desamarre las amarras manteniendo sus pies en los esquis.

Cayeron y ella les dio una malintencionada patada.

—No lo hiciste tan mal para tu primera vez —mentí—. Solo necesitas seguir practicando.

Un chico de cinco o seis años nos pasó zumbando, con sus pequeñas piernas en una perfecta formación en V.

Kia hizo un estrangulado sonido de incredulidad.

—¡Él ni siquiera tiene varas! —exclamó ella—. Cómo... —levantó las manos de un tirón—. Soy un fracaso.

—No eres un fracaso —le aseguré, resistiendo la tentación de envolver mis brazos a su alrededor—. Solo necesitas seguir en ello. Estoy bastante seguro que esta no es su primera.

—¡Así se hace, Jimmy! —gritó una mujer tras nosotros al niño—. ¡Lo estás haciendo genial para ser tu primera vez!

La cabeza de Kia se volvió rápidamente hacia mí, sus ojos estrechándose en acusación.

Hice una mueca.

—Bueno, no todos son buenos en todo.

Con un gemido de derrota, se desinfló, dejando caer su frente en sus rodillas levantadas.

—Siento haberte hecho perder el tiempo. Solo déjame con mi humillación. Ve a unirse a los otros. ¡Esperaré aquí y solo...moriré!

—No me hiciste perder el tiempo y la verdad no quiero unirme a los demás.
—Me acerqué y suavemente metí hebras de cabello suelto detrás de su oreja—. Quiero estar aquí.

Sorbió, y por un aterrador segundo, pensé que estaba llorando. Pero cuando levantó la cabeza y me miró, sus ojos estaban únicamente llenos con abatimiento. Aunque su nariz estaba roja y se veía miserable.

—No hagas eso —dijo ella.

—¿Qué?

—Decir esas cosas. No puedes decir esas cosas. No puedes... quererme.

Plante mi trasero en el banco de nieve a su lado y rodeé mis rodillas con mis brazos.

—¿Y por qué es eso?

Apartó la mirada, sacudiendo la cabeza.

—Porque tú piensas que soy *ella*... Marie.

Mire a los lejos.

—Bueno, ¿no lo eres? Digo, no tienes la máscara puesta o el vestido, pero eras tú bajo ellos, ¿no?

Sacudió la cabeza otra vez.

—¡No! Quiero decir, sí, pero somos dos personas completamente diferentes. No soy nada como ella.

—Creo que estás equivocada.

Sus ojos, cuando me encontraron, eran tristes, pero claros.

—¿Qué pasa si no fuera ella, Adam? ¿Qué pasa si ella fuera alguien más, ¿todavía me querrías?

Era una pregunta que me hacía a mí mismo a menudo desde que todo el incidente se desplegó. Desde el momento en que me di cuenta quien era Kia, desde el segundo en que me golpeó que la chica con la que estaba soñando era la misma chica en la que no podía dejar de pensar... me preguntaba que habría hecho si hubieran sido dos chicas diferentes. El pensamiento me había llenado con temor y un desagradable dolor de cabeza.

—No lo sé —murmuré honestamente.

Odiaba admitirlo, odié el dolor que trajo a su rostro, pero era la verdad. Había sido uno de mis mayores temores mientras intentaba de resolver el

misterio. Aunque después de descubrirlo, como que quería patearme por no haberme dado cuenta antes. Debería haber escuchado a esa pequeña voz diciéndome lo familiar que eran las voces, lo familiar que eran sus ojos y sus labios. Era ridículo lo ciego que había sido. Pero elegir entre ambas. Las probabilidades eran muy altas de que no hubiera sido capaz de hacerlo.

—Desearía que la hubieras elegido a ella —susurró como si leyera mis pensamientos—. Entonces tal vez no estarías aquí y no sería tan difícil estar cerca de ti.

—Kia... —Me acerqué a ella, necesitando tocarla y llevarme el dolor saliendo de ella como ondas de calor.

Se alejó con un estremecimiento.

—No.

Di un suspiro de resignación.

—¿Quieres saber un secreto? —No esperé una respuesta. Ni siquiera la miré, pero observe al chico, Timmy, ser llevado hacia adelante por las manos de su mamá, pero podía sentir a Kia mirándome, esperando—. Lo que me atrajo de ti ambas veces fueron tus labios. Tienes estos increíbles y besables...

—Adam...

La ignoré.

—Hermosos labios. Recuerdo observarte hablar el primer día que nos conocimos en *Taco-Taco* y pensar en lo hermosos que eran. Cuando te vi en la fiesta de Claudia, fue lo primero que vi nuevamente. No he sido capaz de sacar tus labios de mi mente desde entonces. Los amo especialmente cuando dicen mi nombre. Hay algo increíblemente sexy en el tono que toma tu voz cuando tus labios forman cada sílaba. —Giré mi cabeza hacia un lado y la miré detenidamente, entrecerré un poco los ojos bajo el penetrante brillo del sol—. ¿Cómo está eso para una confesión?

Sacudió la cabeza lentamente.

—No podemos hacer esto. No puedo hacer esto. Nessie nunca nos perdonará.

Fruncí el ceño.

—Mencionaste eso antes, en la escuela, pero nunca me dijiste por qué. ¿Qué tiene que ver Vanessa con nosotros?

Kia llevo sus rodillas a su pecho y se sentó en silencio por varios minutos. Dibujo círculos en la nieve con la punta de su dedo enguantando.

—Nunca quise estar en esa fiesta —dijo ella al final, su voz amortiguada por las rodillas que estaba abrazando a su pecho con un brazo—. Estuve de acuerdo porque Nessie me convenció. No tenía expectativas de que en realidad fuera a divertirme. De hecho, estaba completamente preparada para ser miserable. Entonces me encontré contigo. —Giró la cabeza y me ofreció una media sonrisa—. Tenía tanto miedo de que te rieras si sabías quien era que no pude decirte que era yo. Además, fue algo divertido y te quería para mí por esa noche. —Sus mejillas se oscurecieron—. Patético, ¿Eh?

Demasiado sorprendido para formular palabras adecuadas, solo pude sacudir la cabeza lentamente.

Ella miró de vuelta a sus pies, la sonrisa desvaneciéndose.

—Pero sabía que no podía durar. Con el tiempo la noche terminaría y tu querrías saber quién era y yo... no pude... —Se mordió el labio tan fuerte que temí que atrajera sangre—. Corrí. Sé que suena muy lamentable y cobarde, pero no tienes idea de lo dividida que estaba. No podía soportar el pensamiento de ser rechazada por ti...

—Nunca te habría rechazado —murmuré en voz baja, tan baja, que no estaba seguro si me había oído.

—No importa. Sabía que tenía que decirte y a Nessie antes de que Claudia lo hiciera. La tarde en la escuela, estaba preparándome para hacer justo eso cuando, bueno, sabes lo que sucedió.

Una porción del shock había comenzado a retroceder, dejándome una pequeña ventana de claridad mientras la situación se desplegaba y los recuerdos de esa tarde se precipitaban por mi mente.

—Ella me dijo que te habías mudado, o que Marie se había mudado. —Sacudí la cabeza—. No le creí. Al menos, no quería creerle. Ya comenzaba a darme cuenta que tú eras Marie, pero cuando dijo que te habías ido empecé a tener dudas de que quizás había estado equivocado. Entonces te vi en las escaleras y lo supe con certeza.

—Mintió —murmuró amargamente Kia—. Quería que dejaras de buscarme para que así ella pudiera tenerte. No iba dejar que eso pasara. No la dejaría tenerte.

No estaba seguro si se dio cuenta de lo que acababa de decir, pero yo lo hice y eso solo sellaba mi teoría, ambos estábamos en la misma página. No iba a dejarla ir tampoco.

—¿Qué sucedió? —pregunté cuando se quedó en silencio por un momento. Había fuego en sus ojos cuando se levantaron hacia los míos.

—Le dije que iba a contarte todo. Ya no me importaba. Preferiría que me odieras a que cayeras en sus garras. Quería golpear esa cara de perra en el suelo.

El veneno en su voz trajo una ligera sonrisa a mi rostro.

—¿Qué sucedió con Vanessa?

El fuego se desvaneció a un triste titileo.

—Dejo muy claro que me odiaría y... no podría soportarlo, Adam. Es mi mejor amiga, y por mucho que te quiera, y dios sin duda te quiero... —Su mirada, húmeda y brillante con las lágrimas, se elevó hacia mi rostro—. No puedo tenerte.

5

Kia

Traducido por Gigi

Corregido por Helen1

El Sr. Chaves estaba al lado de la estufa, cuando bajé la mañana siguiente. Kenny y Adam estaban en la mesa, inclinados sobre el teléfono de Kenny, pero Adam levantó la vista cuando aparecí. Sus ojos azules me absorbieron, haciendo un largo camino antes de subir a mi cara. Rápidamente desvié la mirada.

—Buenos días Kia. —La Sra. Chaves levantó la mirada de la revista abierta frente a ella.

Agradecida de tener a alguien en quien ocupar mi atención, me acerqué y saqué una silla.

—Buenos días. —Miré la revista y sonreí al ver los círculos rojos que marcaban casi todos los muebles de la página—. Mi madre compró esa vinera el mes pasado —dije, señalando.

La Sra. Chaves me miró con interés.

—¿Y le gusta?

Me encogí de hombros.

—Supongo. Lo usa para revistas. Ella y Joanne realmente no beben —expliqué cuando me miró confundida—. Ella enrolló todas las revistas que había en la casa y las metió en los espacios. Se inspira a lo *Martha Stewart* con esas cosas.

—¡Eso es brillante! —exclamó, enderezándose—. Donald y yo tampoco somos de beber mucho, pero es que es demasiado bello para dejarlo pasar. —Marcó con una palomita la vinera.

—El catálogo de *IKEA* es como la Biblia de mamá y Joanne —dije—. Tenemos la mitad de esas cosas repartidas en casa, pero de manera organizada.

La señora Chaves rió.

—Eres tan divertida. Vanessa dijo que lo eras, pero... es agradable. —Giró levemente la cabeza—. ¿Y Joanne, es tu... hermana?

Dudé. Siempre era difícil responder esa pregunta. La gente estaba o a favor o en contra del asunto de las parejas del mismo sexo. Yo casi siempre sabía qué posición iban a tomar, pero en otros casos no terminaba tan bien. Y en un pueblo como Mayferd donde la gente no es tan liberal y tiene una tendencia a aferrarse a tradiciones... contarles sobre la compañera lesbiana de tu mamá solía tener resultados interesantes.

—Joanne es la compañera de mi mamá —dije llanamente.

Allí estaba la usual mirada de confusión de señora mayor mientras intentaba entender el significado de mis palabras.

—Compañera de vida —añadí, creyendo que debería cortarlo por lo seco. Aún había cinco días de vacaciones y quería saber dónde me encontraba con esta familia.

—¡Oh! —Ella comprendió de inmediato—. Ya veo.

—Es el siglo veintiuno mamá —murmuró Adam desde el otro lado de la mesa. Se cruzó de brazos y los apoyó en la mesa mientras se inclinaba—. Ponte al día.

La Sra. Chaves se sonrojó.

—No, no. Lo estoy. —Me miró, con los ojos como platos alarmada—. De verdad. Nosotros no discriminamos. ¿Verdad, Donald?

Desde la estufa, el señor Chaves alzó una espátula y la movió, con su atención en lo que estaba cocinando. No se sentía olor, por lo que podría haber estado hirviendo agua, por lo que sabía.

—Tuvimos una secretaria que era gay —prosiguió apresuradamente—. Tuvimos que dejarla ir, ¡pero no porque fuera gay! Era muy amable...

—Cuando no estaba inhalando el gas de la risa —dijo el Sr. Chaves con un poco de impaciencia.

—¡Lo que por supuesto no tenía nada que ver con que tuviera un estilo de vida diferente!

Quería reír, pero la Sra. Chaves se veía tan angustiada que temía ofenderla o peor.

—Mamá, relájate. —Rió Adam.

Pero a lo sumo, su madre se alteró aún más al mirarme preocupada. ¿Tenía miedo de que yo enloqueciera y los matara a todos?

—Es que realmente no quiero que pienses que somos esa clase de gente —me dijo.

Le sonreí.

—Está bien. Mamá y Joanne llevan un año juntas, lo he oído todo. Pero son felices y yo también.

Algo de la tensión dejó sus hombros y sonrió.

—Hablé con tu madre por teléfono cuando organizábamos traerte con nosotros y cuando fuimos por ti. Me pareció muy agradable.

—Lo es —dije sin dudar—. Es genial.

La Sra. Chaves sonrió aún más.

—¿Y dónde está tu padre?

—¿Alguien puede traerme platos? —dijo el señor Chaves.

Adam fue a hacerlo.

—Mi papá vive en la calle Smithson, arriba del restaurante del señor Wung —dije.

La Sra. Chaves chilló.

—¡Amo sus albóndigas!

Adam volvió, pero en lugar de volver a su lugar junto a Kenny, dejó caer su esbelto ser junto a mí. Me tensé, de repente demasiado consciente de él, de su calor y aroma. No había sido un problema con una mesa en el medio, pero cuando solo un pequeño espacio nos separaba... no podía pensar bien. La Sra. Chaves me preguntó varias cosas más, pero me volví torpe y tartamudeaba. Quería pedirle que se moviera, pero de ninguna forma podría hacerlo sin levantar sospechas, por lo que me quedé sufriendo en silencio.

—¡Sal de mi asiento, perdedor! —Nessie entró en el cuarto, viéndose agotada a pesar de que durmió toda la noche sin inmutarse.

Adam solo inclinó más su cuerpo, estirando las piernas bajo la mesa y cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—Te duermes, pierdes.

Nessie fue detrás de él. Puso las manos en su cadera y gritó:

—¡Mamá!

La Sra. Chaves suspiró.

—¿No podrías solo tomar otro asiento Vanessa?

—¡Pero ese es mi lugar! —exclamó Nessie—. Siempre me siento allí.

—Bueno, quizás sea hora de un cambio —dijo su madre—. Es solo un día. ¡Santo cielo, Vanessa! No eres una niña.

Con las mejillas coloradas, Nessie dio la vuelta y se arrojó en la silla junto a Kenny.

—No es justo. Nunca le dicen a Adam que haga nada.

—Eso es porque soy genial —dijo Adam, ganándose un coscorrón de su madre y una mirada letal de su hermana.

—Eso no es cierto, Vanessa —dijo impacientemente la señora Chaves.

—¿No lo es? —Nessie golpeó la mesa con las manos—. Actúan como si él no pudiera equivocarse nunca mientras que a mí me toca toda la mierda.

—¡Cuida tu lenguaje! —ladró el señor Chaves, poniendo algo en un tazón, el mismo tazón que Adam me había ayudado a guardar hace poco. Sentí el calor en mis mejillas y desvié la mirada.

—¿Alguna vez consideraste que quizás tú consigas tratamiento especial una vez que demuestres merecerlo? —le dijo el señor Chaves a Nessie—. Podrías comenzar por no recibir tantas detenciones, como para dejar eso atrás.

—Estamos en receso de invierno, ¿qué tiene eso que ver con que Adam se robe mi silla?

—Yo puedo moverme —me ofrecí, ya casi de pie.

—¡No! —Adam apoyó una mano sobre la mía, que estaba en la mesa—. Aquí estamos demostrando algo —dijo, y me guiñó un ojo al ver mi mirada confundida.

Sentí el calor en mi rostro y rápidamente quité mi mano, apenas resistiendo la tentación de acunar la suya en mi pecho. También fue un desafío no mirar alrededor para ver si alguien más lo había notado, pero lo hice y me encogí al encontrarme con la mirada de Kenny. Su sonrisa me lo dijo todo mientras guardaba el teléfono y se cruzaba de brazos. Levantó una pierna, con la rodilla en equilibrio en el borde de la mesa mientras se reclinaba en la silla. Su cabello desordenado brillaba con la luz del sol. Sus ojos oscuros brillaron con un aire conocedor que solo aumentó mi horror.

Estresada, mi mirada fue a Nessie, con pánico en la garganta. ¿Lo había notado? Seguramente, si Kenny lo había hecho. ¿Y qué hay de los señores Chaves? Fue un pequeño alivio ver que todos estaban distraídos. El Sr. Chaves batía algo en un recipiente metálico y la Sra. Chaves, hojeando su catálogo, ignoraba ominosamente los dardos de la mirada de su hija. Me volví a sentar lentamente, sintiendo que me desmayaba.

—Te toqué la mano. —Adam se reclinó levemente para susurrarme al oído—. Yo no... bueno, hice algo que realmente quería. Eso sí nos habría metido en algunos problemas.

El calor que me impactó fue casi físico, comenzando desde mis entrañas, ante la oscura intención en su afirmación. Mi corazón se aceleró a

velocidad cohete y miré a los demás un segundo antes de volverme hacia él.

—Tienes que dejar de hacer eso.

Arqueó una ceja.

—¿Qué sería eso? ¿Fantasear? Lamento no poder evitarlo. Siempre he tenido una imaginación muy viva.

Ríos de fuego atravesaron mis venas y tuve que bajar la mirada para ocultar el poco sentido que me quedaba al ver sus ojos hambrientos.

—Tocarme —dije, apenas en un suspiro.

Hubo una pausa donde creí que quizás él lo estaba considerando. Pero cuando me atreví a levantar la mirada, me observaba con una brillante sonrisa.

—Está bien —dijo con mucha calma, sorprendiéndome—. Lo haré si tú lo haces.

Abrí la boca para preguntarle lo que quería decir cuando el gruñido de Nessie rompió el silencio.

—¡No es justo!

El Sr. Chaves se encogió de hombros con indiferencia.

—La vida no es justa.

Manchas carmesí estropeaban el rostro de Nessie mientras miraba a su padre con una furia amarga que pareció envenenar el cuarto. Sus ojos se entrecerraron en pequeñas ranuras, mientras su mandíbula trabajaba. Luego, de una forma que no habría imaginado, se inclinó, tomó mi muñeca y me arrastró a mis pies. La silla casi se cae mientras ella me tiraba lejos de la mesa.

—¡Oye!

Ignoró mi protesta mientras me arrastraba fuera de la cocina, a través de la sala y por la puerta de entrada vistiendo sólo camiseta y vaqueros. Por suerte me había puesto zapatos, o me habría visto obligada a empujar a Nessie a la nieve y correr adentro.

—¿Qué haces? —dije mientras corríamos alrededor de la casa al patio trasero.

—¡No soporto estar ahí un segundo más! —gritó—. Necesito aire.

—Podríamos haber abierto una ventana... —Pisé hielo y me resbalé—. ¿Podrías bajar la velocidad? Realmente necesito mi brazo.

Para mi sorpresa, lo hizo. La nieve brillaba mientras caía del cielo. Se nos pegaba en el cabello y la ropa, deritiéndose y dejándonos mojadas. Temblé y me abracé a mi cuerpo. Nos detuvimos a un costado de la casa. Nessie se apoyó contra la pared y reclinó la cabeza. Copos de nieve aterrizaron en su rostro ruborizado y brillaban sobre sus pestañas.

—Lo odio.

Si no hubiera sido por el aliento que salió de sus labios visiblemente, nunca habría notado que habló.

—No lo dices en serio —dije.

Abrió los ojos y me miró.

—Sí, lo hago. Es un asco. Ves la forma en que me trata, como si no fuera suficientemente buena para pertenecer a su familia. Solo porque no soy tan lista como ellos y no me interesa la escuela, me cree una idiota. Es que ya no lo soporto más. Eres tan afortunada de que tu mamá y Joanne sean tan geniales.

Era cierto. Tenía suerte y lo sabía. Pero no era hora de estar de acuerdo. En cambio, respondí:

—También tienes suerte. Tu madre es agradable.

Nessie bufó.

—Solo cuando él no está cerca. Ella nunca lo enfrenta. Él solo se lleva a todos por delante y ella lo deja. Honestamente durante mucho tiempo creí que era adoptada. Aún lo haría, excepto que hay unos horribles videos de mi nacimiento.

—También tienes el rostro parecido a tu madre —añadí.

Puso los ojos en blanco.

—Lo sé. Siempre esperé que mis padres verdaderos vinieran para salvarme de este infierno. Nunca vino nadie. —La tristeza de su voz me conmovió y me acerqué a ella. Apoyé suavemente una mano en su brazo.

—Te aman, Ness.

—¡No es verdad! —Alejó su brazo de mí. Tenía fuego en los ojos—. Uno no trata a sus seres queridos de esa forma.

—Quieren que tengas éxito...

Apretó los dientes.

—Al parecer estás de su parte. Siempre has sido buena en todo. Quizás deberían adoptarte a ti y a mí simplemente desecharme.

Suspiré.

—Estás siendo dramática, Nessie.

—En realidad es realista —murmuró. La nieve crujió bajo su calzado mientras cambiaba el peso de lugar. Se alejó de la pared y se plantó ante mí, pequeña y vulnerable. Su labio inferior temblaba y no sabía si era por el frío o las emociones—. No tienes idea lo que es ser parte de una familia que es perfecta en todo y que no seas buena en nada. Pero esperan que lo seas. Creen que solo por tener su genética, deberías ser inteligente, talentosa y atlética. Es como si no entendieran que puedo ser distinta de ellos. —Sollozó y se limpió lágrimas con una manga—. Eres la única persona que me entiende, Kia. Nunca esperas que sea nada que no soy. —Las lágrimas siguieron cayeron—. Tú eres mi única familia. —Se le rompió la voz—. No sé qué haría sin ti.

Tiré de ella a mis brazos, con la culpa pesando en mi cuerpo. Su llanto se metió en mí e hizo que me sintiera como la peor basura.

Cerré los ojos y le recé a todos los seres sagrados de que haría lo que fuera con tal de que me dijeran qué hacer. Estaba perdida.

Cuando abrí los ojos, no me sorprendió tanto como debería el encontrar a Adam de pie a pocos metros, con dos abrigos en sus brazos. Su mirada azul se encontró con la mía sobre el hombro de Nessie y sentí que se me rompía de nuevo el corazón, pero esta vez por mí y lo que nunca tendría, porque nunca podría elegirlo a él.

Debe haber comprendido lo mismo porque sus ojos brillaron con algo indescriptible. Abrió la boca, con la mandíbula tensa en determinación y furia. Sabía lo que iba a decir antes de que llegara a sus labios. Sacudí mi cabeza casi imperceptiblemente, diciéndole sin palabras que sería inútil.

Quizás mi alma y mi corazón lo quisieran, pero mi lealtad iba a la persona que me necesitaba más.

6

Adam

Traducido por MaEx

Corregido por flochi

Amo a mi hermana. Amo a mi hermana.

Se había convertido en un mantra, una inservible grabación dentro de mi cabeza, repitiéndose hasta que fue grabada en mi cerebro. Pero ella no me gustaba mucho en este momento, sin importar cuánto lo intentara.

Se sentó en el suelo de la sala de estar con la TV en un estúpido reality show mientras se pintaba las uñas. Kia se sentó a su lado, con los brazos alrededor de sus rodillas, con la cabeza inclinada hacia la pantalla. Había cosas de espuma de poliestireno de color rosa metidos entre sus pequeños dedos de los pies, separándolos. Van había ayudado a pintar cada uña de un suave, rosa bebé que normalmente me dejaría indiferente, pero que parecía especialmente entrañable en Kia. Las uñas de Vanessa estaban pintadas de un inquietante verde radiactivo. Debe haber sido debido a que había estado muy emocionada acerca de la forma en que brillaba en la oscuridad.

Tampoco mencionó el incidente de la mañana y nadie empujó por una explicación. Kia y Van habían regresado, terminado el desayuno, ayudaron a limpiar y luego se estacionaron frente a la TV para hacerse las uñas. Estaba bastante seguro de que era el único que sentía que algo en el aire cambió irrevocablemente, no sólo entre Kia y yo, sino también entre Van y yo, aunque ella no lo sabría. Dudaba que le importara si lo supiera.

Incluso estaba seguro de que probablemente sería feliz que yo fuera miserable.

Traté de decirme que no le echara la culpa, que me lo merecía después del incidente con Taylor. No tenía derecho a pedir cualquier cosa de Van, en especial cuando se trataba de sus amigos, pero esto no era todo. Kia no era un error. No tuve la intención de caer enamorado de su mejor amiga deliberadamente. Ni siquiera la había conocido hasta que fue demasiado tarde. No es que Van lo vería de esa manera. Ninguna cantidad de explicación cambiaría su opinión. Ella era moleestamente obstinada. Papá no lo sabía, pero lo heredó de él. Ambos probablemente me golpearían si alguna vez mencionara algo así, ambos tan inflexibles y cabezotas. Ninguno de los dos jamás admitiría que las verdaderas víctimas aquí éramos mamá y yo. Es cierto, Van creía que era ella, tan injustamente tratada por su familia, cuando en realidad no tenía idea de lo afortunada que era. Nunca tuvo que levantarse a las cuatro, dirigirse a la natación, luego a la escuela para las ocho, luego hockey justo después hasta las siete, sólo para volver a casa y estudiar hasta altas horas de la noche para mantener ese promedio de calificaciones. Y eso era sólo el primer día. No. Van se despertaba justo a tiempo para coger el autobús, llegaba campante a través de las clases, si alguna vez se molestaba en aparecer, entonces subía, y no hacía nada durante todo el día. Sí, conseguía ser regañada y reprendida, pero no era presionada y taladrada hasta la extenuación para ganar siempre, para ser la mejor. No tenía idea de lo mucho que odiaba eso. Lo mucho que daría por intercambiar lugares con ella por un solo día. Ahora tenía a Kia, la única persona que me hacía sentir normal, la única persona que no esperaba que fuera bueno en todo. Me quería por mí y ni siquiera se me permitía eso. Era como una enloquecedora maldición.

—Amigo. —Kenny me dio un codazo—. ¿Estás escuchando?

Me forcé más alto en el sofá, un poco avergonzado al darme cuenta de que me había ido deslizando hacia abajo el poco tiempo que pasó y estaba prácticamente en el suelo.

—¿Qué?

Kenny siguió mi línea de visión y entrecerró los ojos.

—¿Estás viendo *The Bachelorette*?

Fruncí el ceño, mi mirada se lanzó a la TV.

—¿El qué? —No tenía idea de lo que estaba sucediendo en la pantalla. Alguna rubia estaba de pie en una habitación llena de hombres con una rosa en su mano—. ¡No! —dije bruscamente, apartando la mirada, como si al verlo estuviera cometiendo algún tipo de crimen masculino.

Kenny resopló, pero mantuvo sabiamente sus pensamientos para sí mismo.

—Así que, ¿vas a decirme de qué se trata?

Me burlé de él, ajustando mi incómodo peso en mi asiento.

—¿Qué te hace pensar que algo me pasa?

La mirada que me dio fue una de las más secas que jamás había visto en mi vida. Prácticamente rezumaba sardónica diversión.

—¿En serio? Está bien. —Se levantó a sí mismo más alto y apoyó su desgarrado cuerpo en mi dirección, apoyando un codo en un cojín entre nosotros—. Aparte del hecho de que has estado masticando la mierda de tus uñas, has estado sentado mirando al espacio como si hubieran robado tus calzoncillos favoritos.

—No tengo calzoncillos favoritos —murmuré.

Kenny alzó una ceja.

—¿En serio? Tengo varios. Incluso los nombré.

Solté un bufido, sintiendo mis labios temblar.

—Eres un perdedor.

Sonrió.

—Entonces, ¿vas a decirme? ¿O vas a hacer que me lo imagine?

—Es Van —dije, incapaz de reprimir el rencor en mi tono.

La ceja de Kenny se levantó.

—¿Sí? ¿Qué ha hecho?

Le dije. Kenny era la única persona que sabía sobre Halloween, sobre la fiesta de disfraces y Kia. Él era la única persona en la que confiaba. Además, era mi mejor amigo. No había sido de mucha ayuda al respecto, pero había sido agradable descargarse con alguien acerca de la misteriosa chica que frecuentaba cada una de mis horas de vigilia y sueños. Su solución había sido la de arrojarme a la misericordia de Kia y dejarla llenar el agujero que Marie había dejado atrás. Eso fue antes de que el misterio hubiera sido resuelto.

Toda la situación era una mierda total y absoluta. El momento en que había puesto los ojos en ella de pie detrás de la registradora en *Taco-Taco*, sus mejillas sonrojadas hasta la punta de las orejas y la nariz fruncida en una mueca, había sido cautivado. ¿Cómo iba yo a saber que seguiría, literalmente, tropezando en mi vida después de eso? Y cada vez que lo hacía, era tirado un poco más profundo en su red, una red que ella no tenía idea de que estaba tejiendo a mí alrededor. Estar de acuerdo en asistir a la fiesta de Claudia fue el resultado de un exceso de *Red Bull*, tarea y no dormir lo suficiente. Nunca hubo nada que sugiriera que ir torcería mi mundo al revés.

—Tu hermana tiene algunos problemas graves de compartir —comentó Kenny cuando terminé.

—Sí, bueno, no puedo culparla por eso. En realidad no, no después de lo que hice.

Kenny encogió sus flacos hombros.

—Pero aun así. Quiero decir, te disculpaste, ¿no?

—Hice todo excepto rajar mi propia garganta, aunque estoy seguro de que eso le haría sentirse mejor.

Me dio una palmada en el hombro con simpatía.

—Lo siento, hombre. No puedo dejar que lo hagas. Sabes lo difícil que es conseguir gente como yo.

Me reí y le di un puñetazo en el hombro.

—Eso es cierto.

—Así que ¿cuál es el plan?

—No tengo uno.

—Siempre podemos dejar inconsciente a tu hermana y esconderla en un lugar remoto. Incluso ayudaría a vigilarla.

Levanté una ceja.

—Sí, eso no eleva tu nivel de adulator.

—¿Qué? —Él extendió sus largos dedos—. Estoy siendo un buen amigo. Además, dejar inconsciente a alguien y secuestrar chicas es lo único en que consigo algo de acción la mitad del tiempo.

Riendo, negué con la cabeza.

—Eres un tonto.

—Y tú eres como un emo mocoso.

Lo empujé.

—¡No soy emo!

—Oh, pobre de mí, la chica que amo quiere a mi hermana. —Hizo una pausa, pareció considerar algo—. Eso es un poco caliente.

—Eres repugnante.

Kenny se encogió de hombros.

—Oye, no es mi hermana. No hay nada extraño en mí imaginándola desnuda.

—¿Imaginando a quién desnuda? —Van giró la cabeza sobre su hombro para mirarnos.

Kia miró también, pero su mirada estaba sobre mí. Fue una tarea no removerme culpable por todas las veces que la había imaginado desnuda. Sabía que no era un delito, pero no quería que ella pensara que era un completo perverso tampoco.

—Tú —respondió Kenny como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¡Eso es asqueroso! —gritó Van—. ¿Por qué hacen eso? —Sus acusadores ojos estaban sobre mí ahora.

—Vaya, no, no, eso fue todo idea suya. —Señalé a Kenny, quien se encogió de hombros.

—Es cierto. Soy un cerdo.

Sacudiendo la cabeza, Van se volvió a la TV. Kia siguió mirándome un momento, su expresión sin revelar nada antes de mirar hacia adelante también.

—Hablando en serio, hermano. Sólo debes hablar con ella y hacerle saber lo que pasa. De ninguna manera diría que no si supiera que Kia siente lo mismo. Son amigas, después de todo.

No era la mejor idea, pero era un comienzo.

7

Kia

Traducido por Salilakab

Corregido por Jut

—**F**altan solo tres días para Navidad. —La Sra. Chaves entró a la sala, una mujer con una misión en sus pantalones y un alegre suéter color ciruela, ella estaba jugando con el broche de su reloj de oro en su muñeca—. ¿Alguien tiene compras de última hora por hacer? Voy a poner todas las decoraciones mañana y no quiero andar corriendo todo el día.

—Yo tengo. —Adam se puso instantáneamente de pie, lanzando el libro que había estado leyendo sobre la mesa del café.

Kenny saltó también.

—Siempre estoy listo para un paseo en carro.

La señora Chaves pareció momentáneamente sorprendida por encontrarlo aún ahí, no podía culparla, no había visto mucho al señor y la señora Chaves en el último par de días y puede que hubieran pensado que Kenny ya se había ido.

—¿No te estarán esperando tus padres Kenny? —le preguntó.

Kenny se encogió de hombros.

—Mis padres piensan que estoy en un campamento bíblico, ni siquiera sabrán que me he ido.

La Sra. Chaves parpadeó.

—Oh, está bien, estás invitado a quedarte, por supuesto.

Ella volteó sus ojos azules hacía mí.

—Kia ¿Te gustaría ir a dar una vuelta?

¿Una vuelta? ¿Con Adam? Empecé a decir que no.

—¡Vamos a ir! —dijo Nessie cojeando con su pie, permaneciendo en sus talones para evitar manchar el esmalte de sus uñas—. Solo tengo que vestirme.

La Sra. Chaves frunció el ceño.

—¿Qué hay de malo con lo que llevas puesto?

Nessie se rio mientras caminaba—como—pingüino más allá de su madre.

—Eres divertida. ¿Vienes Kia?

Mire hacia atrás al lio que habíamos dejado.

—Voy a limpiar —le dije.

—¡Déjalo! —gritó Nessie por encima de su hombro—. Tenemos que apurarnos.

—¡Vanessa Rachel Chaves! —gritó su madre—. ¡Regresa ahí y limpia ese desastre!

En la parte inferior de las escaleras Nessie se detuvo y se volvió. —¿Por qué? Vamos a volver de todos modos, puedo hacerlo entonces.

La Sra. Chaves abrió su boca pero Nessie ya estaba arriba de las escaleras, moviéndose mucho más rápido de lo que cualquiera con pies mojados podría. Tuve la sospecha de que estaba tratando de evitar a su madre.

—Yo lo haré —dije—. Ya estoy vestida y mis uñas creo que ya están secas.

La Sra. Chaves suspiró.

—Esa chica me vuelve loca, no sé qué hacer con ella.

No dije nada mientras me inclinaba a recoger los fajos de tela, coloqué las tapas de nuevo en las botellas y lancé todo en el recipiente de plástico en el que Nessie guardaba todas sus cosas de las uñas.

Adam se encontraba en la cocina sacando una botella de agua de la nevera cuando me enderecé, Kenny y la Sra. Chaves estaban teniendo una profunda discusión en la puerta principal, nadie se dio cuenta cuando comencé a subir las escaleras, excepto Adam quién me miró, después a su madre antes de hacerme señas con rápidos movimientos de su mano.

Consideré ignorarlo, pero eché un vistazo a la Sra. Chaves y a Kenny antes de acercarme a él.

—Adam, no puedo...

—Solo escúchame —dijo en un susurro—. Voy a hablar con Van sobre nosotros.

Mi corazón comenzó a golpear frenéticamente por sus palabras, no podía atreverme a tener esperanza.

—¿Qué?

Dio otra mirada a su madre nuevamente antes de bajar la voz aún más.

—Me gustas Kia.

Su mirada era aguda, intensa mientras buscaba mis ojos.

—No estoy listo para dejarte ir, nunca lo estaré, no lo sé, solo sé que cuando te miro... —Pasó el dorso de su mano por mi mejilla, enviando estelas de fuego corriendo por debajo de mi piel—. Aquí es dónde quiero estar, contigo.

Quería golpearlo, patearlo, pegarle y... quería besarlo, quería sentir sus brazos alrededor de mí.

—Maldita sea Adam... —Mis dedos se cerraron en puños a mis costados—. No hagas esto.

Cogió mis manos, abrió lentamente mis dedos y los enlazo con los suyos.

—Dime que me quieres.

Mi corazón se quebró peligrosamente en mi pecho.

—Adam...

—¿Me quieres? —repitió.

—¡Sí! Pero...

Me metió más profundamente en la cocina, lejos de las miradas indiscretas y me dio un beso rápido y duro.

—Entonces confía en mí, voy a arreglar esto.

No tenía más remedio que aceptar, él ya se estaba alejando caminando a mí alrededor y avanzando hacia la puerta principal. Su padre levantó la vista cuando se acercó y le preguntó algo, Adam negó con la cabeza. Me sorprendió como podía estar tan entero cuándo yo me sentía como una espía novata en su primera misión encubierta, la única diferencia es que yo no tenía el entrenamiento, no tenía idea de lo que debía hacer para actuar neutral, al mismo tiempo, no podía dejar de preguntarme cuando terminaría el negocio del secreto. Estaba tan segura que estaba detrás de mí la tarde que me alejé de Adam en la escuela.

Whistler Village era como entrar en algún pueblo pintoresco de postal. Entre la alfombra crujiente de nieve y las luces brillantes colgadas en todas partes, me sentí como una niña caminando a través de una pintura. Todo era suave y dorado, todo el mundo sonreía, incluso el aire olía mágico como canela y frío. Había estado en Whistler en unas cuantas ocasiones pero nunca se había sentido tan irreal. Pero entonces, me di cuenta que podría tener mucho que ver con el hecho de que Adam estaba caminando a mi lado, nuestros hombros ocasionalmente chocaban, era romántico de una manera que nunca pensé que me importaría, tuve que reprimir la necesidad de enredar mis dedos en él.

Por otra parte, Nessie tenía la cabeza inclinada sobre su teléfono, sus pulgares se movían rápidamente sobre la pantalla. No pude ver mucho, pero pude distinguir lo justo para saber que estaba enviando mensajes de texto a alguien, me imaginé que sería a Gary porque estuvo enviando mensajes de texto durante casi una hora sin descanso.

—Creo que debemos permanecer juntos —dijo la Sra. Chaves ajustando la correa de su bolso en el brazo—. Está lleno de gente y no quiero que nadie se pierda.

—¿Pero cómo esperas que compremos algo si estamos todos juntos? —Nessie se apartó lo suficiente de su celular para preguntar—. Creo que deberíamos estar en equipos de dos. —Su brazo pasó a través del mío y me arrastró a su lado.

La Sra. Chaves abrió la boca para responder pero Adam le interrumpió.

—Van está en lo cierto —dijo dando un guiño definitivo.

Nessie parpadeó.

—¿Lo estoy?

Ofreciéndole una media sonrisa, Adam respondió.

—Sorprendente ¿No es así?

Haciendo caso omiso de su mirada, Adam continuó:

—Creo que hay que romper en dos grupos: Kia y yo haremos equipo, Van y Kenny pueden...

—¡Ey espera! ¿Por qué tengo que ir con Kenny? —interrumpió Nessie bruscamente.

—Tranquila Pecas, o podrías lastimar mis sentimientos —murmuró Kenny con una sonrisa seca, Nessie le ignoró.

El teléfono le sonó en la mano y ella lo miró. La pantalla iluminada encendió su rostro, haciendo hincapié en las cejas que se juntaron y frunció el ceño, sus ojos azules se levantaron y se posaron en mí, había duda en ellos, pero más que eso había traición.

—¿Ness? —murmuré, odiando la ansiedad que había empezado a batir mi estómago.

No tengo nada por qué sentirme culpable, me repetí eso a mí misma una y otra vez. Y no lo hacía, rechacé todos los avances de Adam, lo empujé lejos. ¿Así que por qué me sentía como si supiera que algo estaba pasando?

—¿Qué quieres hacer? —preguntó lentamente, su voz apenas era un susurro—. ¿Quieres ir con él?

Quería, me avergonzaba de ello, pero quería. También quería ir con Nessie.

—Podríamos ir todos juntos —ofrecí forzando una risa.

La mirada de sus ojos solo se intensificó.

—Pero si tuvieras que hacerlo ¿A quién escogerías? ¿A Adam o a mí?

No me gustó como sonaba eso, no sabía que responder, o quería hacerlo. Quería ir a casa y meterme en mi cama.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —murmuró Adam—. No le estoy pidiendo fugarse conmigo, incluso prometo no romperla, solo creí que siempre te quejas de que nunca consigues lo que quieres... Kia podría ayudarme.

Si había intentado calmarla, no creo que funcionara, continuó mirándome aparentemente presionándome a confesarle todo a ella, pero no sabía qué.

—Bien —dijo al fin—. Ve con él.

Pero de pronto no quería ir con él, hubo una emoción en su voz, una finalidad que no entendía, como si yendo con Adam de alguna manera la decepcionaría.

—Nessie, yo...

Adam paso su brazo alrededor de mis hombros ignorando cuando me puse rígida mientras me daba un tirón a su lado.

—Me comprometo a traerla de vuelta casi en la misma condición.

Nessie no dijo nada, sus ojos se clavaron en su hermano. Si fuera posible, estaba segura que Adam estaría muerto si ella pudiera matar con el poder de su mente.

Me deslice fuera de su brazo y di un paso seguro lejos. Pese a que había pensado que podría mejorar la situación de alguna manera, las fosas nasales de Nessie se ensancharon y los músculos en su mandíbula se

contrajeron. Dio un paso hacia adelante y golpeó a Adam en el pecho con fuerza que me hizo hacer una mueca de dolor. Apenas pareció afectar a Adam, pero mostró una expresión perpleja.

—¿Qué demonios?

—¡Te odio! —Ella hervía.

—¡Vanessa! —Ignoró el grito ahogado de su madre.

—¡Nunca te lo perdonaré, lo juro! —Su voz vaciló, giró sobre sus tacones y se marchó antes de que nadie pudiera detenerla.

—¡Nessie!

—La tenemos. —La Sra. Chaves puso una mano en mi brazo cuando intenté seguir a Nessie—. Creo que todos necesitamos tener una charla con ella después de todos modos.

—Pero yo...

Ella presionó mi codo.

—Ve a disfrutar el pueblo, nos vemos de vuelta aquí en tres horas. ¿Está bien?

Con una mirada a Adam, me soltó y corrió tras su hija. La Sra. Chaves la siguió murmurando sobre un internado de puras mujeres en Suiza. Los vi irse, sintiendo que debía estar ahí por el bien de Nessie, pero sabía que debía dejar que sus padres lo manejaran.

—Así que... eso fue interesante —remarcó Kenny—. Tu hermana tiene un buen gancho a la derecha, casi te vi flaquear.

Adam le fulminó con una mirada seca.

—Cállate Kenny.

Kenny metió las manos en sus bolsillos y se encogió de hombros contra la nieve cayendo alrededor de nosotros.

—¿Qué fue eso de todos modos?

Adam se encogió de hombros.

—Quién sabe con ella.

—Bueno está claramente molesta —dije—. Estaba muy alterada, nunca la había visto así.

Adam se rió.

—Eso es porque llevas conociéndola un mes, yo la conozco desde hace diecisiete años, confía en mí, es normal.

Tres meses quise decir, casi cuatro. Y lo cierto es que no sabía todo acerca de ella, pero me gustaba pensar que sabía lo suficiente.

—Bueno compañero, debiste hacer algo porque ella te dio un buen golpe —dijo Kenny.

Adam soltó un bufido.

—El mundo puede terminar en un apocalipsis zombie y me echaría la culpa. ¿De acuerdo? Eso es lo que Vanessa hace, me culpa. Sé que no soy el mejor hermano, pero en serio, no tengo ese tipo de poder.

—Sea lo que sea, puedes decir que estas consiguiendo una montaña enorme de mierda para Navidad. —Kenny tiró más duro de la cremallera de su chaqueta y levantó las solapas alrededor de los oídos—. ¿Podemos ir a algún lugar que no sea aquí? Estoy a punto de congelar mis panecillos.

—Creo que me gustaría encontrar a Nessie —dije mirando en la dirección en la cuál se había ido—. Quiero saber que está bien.

—Dónde sea que esté, está con sus padres recibiendo una paliza verbal y probablemente no apreciará que estés allí para presenciarlo —dijo Kenny—. Confía en mí, es brutal cada que su padre se mete con ella.

Eso solo me convenció aún más de que debería estar ahí.

—No es tan malo —defendió brevemente Adam—. Él solo está tratando de hacer lo correcto, no es como si ella fuera un gatito incomprendido, se sale de su camino para molestarlos.

—¡Eso no es verdad! —protesté.

Adam me miró con una ceja levantada.

—¿En serio?

Muy bien, ha tenido muchas detenciones, ha faltado a la escuela y no hace nada de lo que se le dice... pero no significa que ella...

—Ella ha sido así toda la vida —dijo Adam cuándo no pude pensar en nada que decir—. Intencionalmente los antagoniza en un intento desesperado de atención, ella no entiende que está haciendo las cosas mal.

—Bueno, una cosa es segura. —Kenny empezó a caminar en dirección de las tiendas—. Tan divertido como es estar aquí parado intentando entrar en la cabeza de Vanessa, no puedo sentir los dedos de los pies. Estoy cazando algo de café.

Comencé a seguirlo, no sé por qué pero no quería estar allí con Adam. Estaba enojada con él y realmente no tenía razón para estarlo, él no dijo nada que yo no hubiera podido adivinar. Sin embargo, me molestó.

—Kia. —Cerró su mano en mi muñeca impidiéndome irme.

Lo sacudí.

—No tienes derecho a decir esas cosas sobre ella —le espeté, volviéndome lejos de él.

—Era verdad y lo sabes.

Aparté la mirada.

—No es su culpa, ella solo lo está intentando.

—Sí, tratando de ser enviada a algún campamento en los Alpes suizos —murmuró—. ¡Mira, lo siento! —dijo cuándo le mostré mis dientes—. Pero sabes que tengo razón, amo a Vanessa, no tengo otra opción, es mi hermana, es algo así como obligatorio. Pero no lo hace fácil, así que mis padres se están encargando.

—¡Pero son padres! —le espeté—. No se supone que sea fácil, pero deben cuidar de ella.

—¿No crees que lo están intentando? —Su voz se elevó a nuestro alrededor—. No tienes idea de las cosas que ha hecho, las cosas que les

ha hecho pasar. Vanessa se echó a perder, es egoísta y solo ve por una persona... ella. Tú puedes confiar en ella Kia. Pero soy su hermano y apenas puedo creerle. Ésta fe ciega que tienes en ella solo te hará salir herida.

No era fe ciega, era amistad. Tal vez era porque nunca había tenido un amigo antes así que tal vez no era la persona adecuada para decirlo, pero creer una en la otra era lo que los amigos hacían ¿No es así? Se sentía como que era mi trabajo estar a su lado, porque eso es lo que ella haría ¿Cierto?

—Kia. —Sus dedos estaban sorprendentemente cálidos mientras tocaban mi cara—. No quiero discutir contigo, sé que Van es tu amiga, nunca me meteré en medio de eso, pero no puedes estar ciega a sus errores.

—No soy ciega a sus defectos Adam, pero...

¿Cómo decirle que a pesar de mis errores ella se convirtió en mi amiga? Fuera de todo mundo en la escuela, me acogió. En muchas formas, la persona en la que me había convertido en los últimos meses fue a causa de nuestra amistad, porque fue ella quién me ayudó a ver la mejor parte de mí. Le debía ser leal y tenerla de vuelta.

—Me necesita —murmuré al fin.

Algo se quemó detrás de sus ojos y al siguiente segundo, él estaba en mi espacio, bloqueando al mundo mientras se cernía sobre mí.

—Yo te necesito.

8

Adam

Traducido por Selene1987 & veroonoel

Corregido por beatrix85

La besé e ignoré el escaso sonido de protesta. Y sin embargo no se apartó. Sus labios se abrieron bajo los míos tan desesperada y hambrienta como yo lo estaba por ella. Sus dedos fríos se apretaron contra mi mejilla y se deslizaron por mi pelo. No me importó. Mis propios dedos se acercaron a la tela de su chaqueta en la cintura y la apreté contra mí.

Sabía exactamente tal y como la recordaba, como a chocolate e inocencia. El dulce olor de su piel y la fragancia floral de su champú se unieron para formar una tentación irresistible. Era como si muriera y hubiera ido al cielo.

Kia se apartó. Plumas blancas se alzaron a nuestro alrededor con nuestra respiración temblorosa. Su corazón se unió al mío en un baile salvaje. Fue sólo entonces cuando me di cuenta que estaba contra la pared conmigo sosteniéndola. No tenía recuerdos de haberla empujado y brevemente me pregunté si debería disculparme.

—¿Qué... qué estás haciendo? —jadeó, su voz respiraba con necesidad.

Alcé una ceja.

—Creo que era obvio.

Incliné la cabeza y aclamé su boca una segunda vez. Oí su jadeo, sentí su temblor. Sus labios se abrieron para mí y sonreí para mis adentros. Bebí de ella, tomando largos sorbos de su dulce sabor. No me detuve hasta que ambos estábamos jadeando e inhalando el aire punzante.

—Esto no cambia nada —dijo, su respiración tan fuerte como la mía.

Me reí con fuerza.

—Cariño, esto lo cambia todo.

—No, Adam. —Meneó la cabeza—. No puede...

Presioné mis labios contra sus mejillas calientes, su barbilla y párpados.

—¿Cómo puedes esperar eso cuando te derrites en mis brazos cada vez que te toco?

—Tienes que parar. —Pero eran sus dedos en mi pelo, agarrándome contra ella. Cuando dejé que mis labios se acercaran a los suyos, ella me besó a mí.

—Tú primero —gruñí, pero me detuve. Hice una mueca para buscar en sus ojos—. Probablemente deberíamos movernos antes de que haga que nos arresten por comportamiento inapropiado en público.

Aún parecía indecisa, pero me alivié cuando se rió.

—Probablemente sea una buena idea.

La saqué de la pared y la llevé unos cuantos pasos para evitar la tentación.

—¿Dónde primero? —pregunté—. Sólo seremos tú y yo durante las próximas... —miré mi reloj—. Dos horas y treinta y cinco minutos.

Kia apretó los ojos vigilantemente.

—Entonces, ¿éste es tu plan maestro para convencer a Nessie de que tú y yo debemos estar juntos? Porque alguien pensaría que lo tenías todo planeado desde el principio.

Le ofrecí una sonrisa taimada.

—No, mi plan maestro era conseguirte para mí unas cuantas horas. — Alcancé su mano y lo consideré un éxito cuando no se alejó—. Voy a esperar hasta después de las vacaciones para hablar con Van para permitir que te comparta.

—¿Por qué después? —preguntó, no lo suficientemente rápido para esconder el encorvamiento de sus hombros. Quizás era porque me alegraba que estuviera ansiosa por estar conmigo como yo por estar con ella, pero en realidad estaba encantado de ver su decepción.

Mi mano libre se movió para quitarle un copo de nieve de su mejilla.

—Porque hacer un trato con mi hermana es como hacer un trato con el Padrino. —Sonreí—. Tienes que esperar hasta que esté de buen humor y la Navidad nunca es un buen momento. Van siempre está un poco más cascarrabias en esta época del año, especialmente con mamá y papá aquí.

—Suena complicado —murmuró.

Me encogí de hombros.

—No lo es. Simplemente sé cuándo elegir mis momentos y conozco a mi hermana. Aunque hablaré con ella. Lo prometo. —Apreté mis dedos contra ella—. Pero, mientras tanto... —Di un paso hacia atrás y uní nuestras manos. Ella estaba de vuelta bajo mi brazo y se estiró contra mi pecho donde la acepté y la apreté contra mí. Estalló en risas, un sonido hermoso en el aire frío y caliente sobre mi garganta. Me reí, presionando mis labios en su sien—. Me debes una segunda cita.

Aun riéndose, ladeó la cabeza y se encontró con mi mirada, la suya era caliente y brillante.

—¿Una segunda cita?

Asentí, acercando mi cara a la suyas hasta que nuestras narices se juntaron.

—No sabía que hubiéramos tenido una primera.

—El carnaval. —Le recordé, dando un beso en la punta de su nariz.

—¿Quieres decir con las entradas que compraste para llevar a otra chica?
—dijo.

Levanté la cabeza y arqueé una ceja.

—Quieres decir para llevarte —corregí—. Después de todo, tú eres la que me dijo que era un idiota por nunca haber estado. —Dejé que mis cejas se entrecruzaran—. Luego me acusaste de engañar. Me hiciste daño, ¿sabes?

Puso los ojos en blanco.

—No dije que engañaras. Dije que eras un mierda, algo que apoyo y no te hice daño.

—Te haré saber que sí —dije altaneramente—. Sobre todo considerando lo mucho que esperaba nuestra primera cita desde que te llevé a tu casa la primera noche.

Sus labios se abrieron de la sorpresa.

—¿Qué? ¡No!

Resoplé, encontrando su reacción inusualmente graciosa.

—¿No era obvio?

Me miró, con la boca abriéndola y cerrándola mientras lentamente movía la cabeza de un lado a otro.

—Supongo que no se me da muy bien ver señas —murmuró al fin, pareciendo un poco aturdida.

Me reí.

—Al parecer —dije serio—. Te quise desde el momento que te vi tras la caja registradora en el trabajo.

—No.

Levanté una mano.

—Palabra de Scout.

—¡Pero fue un desastre! —se quejó.

Mis labios se curvaron.

—Lo sé, pero fue razonablemente mejor que tu accidente en la cocina...

—Estallé en risas cuando me pegó—. Fue mi favorito.

—Dios... —gimió, cubriendo la cara con sus manos—. Quería morirme.

—Creo que eso es lo que me pasó a mí.

Me miró a través de sus dedos, con las mejillas rosas.

—¿Qué sea una patosa sin coordinación te puso a tono?

—No, que fueras completamente tú. —Me mordí el labio inferior y la observé a través de mis pestañas—. Eres divertida y lista, y te dije lo mucho que me gustan esas cualidades en una chica. Supongo que también ayuda que pienso que probablemente seas la chica más hermosa que jamás haya visto.

Ella dejó caer sus manos y me miró muy fríamente.

—Vale, ahora sé que simplemente quieres meterte en mis pantalones.

Sin esperar un rechazo tan abierto como ése, parpadeé.

—¿Qué?

Cruzó los brazos.

—Tu hermana es preciosa. Claudia es preciosa. Esa chica de ayer... ¿cómo era su nombre? La rubia que no era tímida en montarse en tu pierna.

Sabiamente mantuve la sonrisa fuera de mi cara.

—Taylor.

—Exacto. Taylor es preciosa. ¿Ves el patrón? No caeré en ese molde.

—¿Y por qué querría lo mismo que los demás cuando tu originalidad es mucho más sexy? Me gustas. Me gusta de todo de ti, y para mí, eso es lo más hermoso.

Se me quedó mirando como si hubiera empezado a hablar en otro idioma. Su expresión era desconcertante y un poco enfadada, lo que me sorprendía aún más.

—Hay algo malo en ti —murmuró finalmente.

Suspiré dramáticamente.

—Sí, bueno, ahora estás atrapada conmigo. Sin devoluciones.

Su expresión se derritió con una sonrisa dulce, pasando a inseguridad antes de finalmente a la ansiedad.

—¿Y si no puedes convencer a Nessie?

Cogí su mano y la llevé a mis labios.

—No dejaré que eso pase.



Tomamos las calles de Whistler Village en un paso lento y pausado. Nuestros pasos combinados estaban amortiguados por el crujido de la nieve bajo nuestros pies y la prisa del tráfico a nuestro alrededor. Nos tropezamos al esquivar a la cantidad de compradores moviéndose a nuestro alrededor en masas.

—No puedo creer lo lleno que está esto —murmuró Kia, girando todo su cuerpo hacia mí para evitar ser atropellada por una mujer llena de un número obscuro de paquetes.

Utilizándolo como la excusa perfecta, deslicé mi hombro a su alrededor y atrayéndola a mi lado. No pareció darse cuenta mientras observaba el paso de la gente tras ella. Sus ojos marrones brillaron bajo las luces de las ventanas de las tiendas. Brillaban en su pelo, enfatizando el brillo caliente y rosa de sus mejillas. Me recordaba a un niño en Navidad, como si no tuviera suficiente de observarlo todo. Ni siquiera se dio cuenta cuando incliné la cabeza y pegué mis labios contra el lado de su cabeza.

—¿Dónde quieres ir primero? —demandó, con su voz más alta con deleite vertiginoso. Dio una pequeña patada a las bolas de sus pies mientras se mordía el labio inferior.

—A mi habitación —gemí muriéndome por liberar esa distracción y probarla por mí mismo.

Sus ojos se agrandaron en su cara, el asombro y la excitación apenas se contenía mientras me miraba.

—No creo que consigamos comprar nada allí.

Exhalé, lavando nuestras caras con un soplo de humo blanco.

—Cariño, comprar sería lo último en nuestras cabezas. Lo prometo.

Con una sonrisa que iluminó toda su cara, arrugó la nariz y me dio un empujón juguetón.

—Vamos. Tenemos que irnos pronto.

Sin esperarme, se giró en sus zapatos y se apresuró. Dejé salir otro aliento de frustración antes de seguirla.

A decir verdad, no tenía ni idea de qué esperar mientras compraba con Kia. Estaba tan acostumbrado a Van y a mi madre, que pasaban la mayor parte del tiempo examinando cada artículo de ropa de la tienda que sentí momentáneamente como un latigazo por lo rápido que Kia entraba y salía. Parecía saber exactamente lo que necesitaba, lo cogía y se marchaba. No se prolongaba ni vagueaba. Era un poco extraño, pero al mismo tiempo...

—Creo que te quiero. Cásate conmigo. —La acerqué en una esquina de la tienda, apretándola contra la pared y manteniéndola ahí mientras nuestras respiraciones se mezclaban y nuestros corazones latían al lado del otro.

No lo decía de verdad. Al menos pensaba que no. Cuando había dicho las palabras, lo hice como una broma, pero en el momento en el que salieron, ahí entre los dos con ella tan desesperadamente cerca... ya no podía estar seguro.

—Quiero cisnes —murmuró después de un momento.

Parpadeé, pensando que había oído mal.

—¿Cisnes?

Asintió, recorriendo la lengua sobre sus labios.

—Para la boda. Negros con tiaras pequeñas de oro y plumas de oro.

Reí.

—Haré que sea así.

Se rió, meneando la cabeza. Sin otra palabra, pasó a mi lado y continuó. Me quedé allí, sorprendido que estuviera sorprendido. También estaba herido porque ella pensara que de verdad era una broma, lo que era estúpido nuevamente porque lo había sido... ¿no?

Coloqué mis manos en mi sien mientras la confusión se talaba en mi cerebro. Estaba impresionado y enfadado que pudiera jugar conmigo con tan poco esfuerzo. La chica tenía algunas destrezas malas y no podía decir que no me gustara.

—Tengo hambre —anuncié una vez que la había alcanzado.

—Yo...

Un minuto estamos hablando y al siguiente estaba sobre mi espalda, el aire se fue de mis pulmones y mi culo dolía como si me lo hubiera roto. Respiré mientras luchaba por comprender por qué el mundo de repente me había dado la vuelta y por qué me dolía el pecho.

Un gemido me alertó sobre la figura despatarrada sobre mi abdomen, justificando el no poder recuperar el aliento. Alcé la cabeza para encontrar a Kia alzando la suya, sus mejillas estaban muy rojas mientras sus ojos se encontraban con los míos.

—Lo siento —dijo, levantándose a cuatro patas—. ¿Estás bien?

—¿Qué demonios ha pasado? —me quejé, frotándome un punto de la parte de atrás de mi cabeza que había chocado contra el suelo.

—Yo... había hielo y... no lo vi... Lo siento mucho. ¿Te has hecho daño en algún lado?

De repente todo tenía sentido. La Kia normal ya era suficiente descoordinada. Añade hielo y ya tenías una conclusión.

—Creo que me he roto la pierna —me quejé y vi con emoción contenida al ver en sus ojos el horror. Sus manos volaron a mi pierna izquierda.

—¿Ésta? ¿Puedes moverla? —Empezó a frotarla, pinchando con sus dedos.

—Más arriba —me quejé y tuve que morderme el interior de mi mejilla cuando deslizó la mano más arriba de mi pierna.

—¡No parece nada roto! —reclamó.

—Sigue yendo hacia arriba —le dije.

Sus cejas se cerraron.

—¿Por qué...? —La sonrisa de mi cara debió alertarla porque su mandíbula ya no tenía terror. Luego me pegó en el pecho—. ¡Idiota!

Como un lunático, aullé, doblándome para defenderme mientras su ira llovía sobre mí con bofetadas en mis hombros y en mi pecho. Los lados me dolían y las lágrimas bajaban por mi cara mientras me reía.

—¡No ha tenido gracia! —protestó, pero su labio se retorció y la pillé antes de que estuviera de pie marchándose.

Respirando fuertemente, me sequé los ojos con la mano y me levanté. Corrí tras ella.

—Vamos, Kia. ¡Ha sido una broma! —dije, cogiéndola por el codo y deteniéndola al lado de una farola.

Meneó la cabeza.

—Pensaba que te habías hecho daño.

—¡Así fue! —argumenté—. Tenía toda la intención de dejar que me cuidaras hasta recuperarme.

Puso los ojos en blanco, la comisura de su boca levantada en una sonrisa. Así era como sabía que no estaba realmente enojada.

—Está bien, déjame compensarte por ello. Te compraré la cena —dije cuando se cruzó de brazos y esperó.

—¿Y piensas que comprarme comida compensará que me hayas asustado? —respondió con un desafiante movimiento de su ceja que estaba empezando a encontrar vergonzosamente sexy.

—Puedo fingir que mi pierna está realmente rota si tú...

Me golpeó en el pecho.

—No se habla más de fracturar tu pierna. No me gusta la idea de que seas lastimado.

Algo en mi pecho se retorció ante su sincera confesión. Llegué a ella, enredando mis dedos en las mangas de su chaqueta. La atraje hacia mí.

—Lo siento —dije—. No lo haré otra vez.

Sacudió su cabeza, sus labios inclinados en una amplia sonrisa.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Sonreí.

—Puedo pensar en un par de cosas, la mayoría de ellas implican que llesves un uniforme de enferma y sostengas una esponja.

—Esto es bastante complejo.

Me encogí de hombros.

—Como dije, tengo una imaginación muy brillante. —Bajé mi cabeza y mi voz—. No creerías la imagen que tengo de ti en nada más que mi corbata.

No había tenido intención de revelar eso, por tan cierto que pudiera haber sido. Esa fue mi fantasía secreta desde la fiesta de disfraces. No tenía idea por qué le estaba contando a ella, y esperaba completamente que me golpeara o me llamara perverso. Desde luego no me esperaba que se moridera el labio y se sonrojara. Eso me tiró un nuevo conjunto de imágenes. Mi enferma y retorcida mente comenzó a preguntarse si lo estaba considerando, o si ella también había pensado en eso, o...

—Tendrás que contarme algo más sobre eso más tarde —murmuró tan despacio que casi no la oigo en el sonido de mi mente volando. Por un momento casi me convengo de que la había imaginado hablando, que había sido en mi cabeza porque mi dulce y tímida Kia nunca... entonces

ella estaba haciendo la cosa con los labios de nuevo y mirándome a través de sus pestañas como si quisiera que yo...

Mierda, necesitaba una ducha fría.

—Tengo hambre —susurró.

—Dios, yo también.



Por algún milagro de Navidad, me las arreglé para pasar por el resto de nuestras aventuras de compras sin: a) avergonzarme a mí mismo, y b) arrastrarla hasta un rincón oscuro y arrancar su ropa. Mi moderación en esto último merecía una medalla. Incluso un santo eunuco podría haber hecho un mejor trabajo. Desafortunadamente, los efectos secundarios me dejaron sintiendo un poco menos que sociable para el momento en que nos encontramos con el resto y regresamos a la cabaña.

Pero a pesar de la hermosa noche que había tenido con Kia, el paseo en auto de vuelta estaba cargado de tensión. Van estaba en un estado de ánimo miserable. No había hablado una palabra a Kia desde que dejamos el pueblo. Se sentó rígida en su asiento, mirando obstinadamente fuera de la ventana mientras ignoraba descaradamente la preocupación de Kia. Me encontré con los tristes ojos marrones de Kia mientras salíamos de la camioneta. Toqué su mano ligeramente cuando nos cruzamos caminando a la puerta.

Estaba claro incluso sin un título en ciencia de cohetes que algo estaba molestando a Van. Se hizo incluso más claro cuando se quitó las botas y pisoteó las escaleras hacia arriba sin preguntarle a una sola persona lo que le había conseguido para Navidad. Para alguien que había crecido con esa pregunta y la esperaba, estaba molesto mientras miraba a mi hermana retirarse.

Papá suspiró a mi lado mientras se inclinaba y enderezaba sus botas. Las puso en el estante antes de enderezarse y echar mano a su bufanda.

—Esa chica nunca aprenderá.

—¿Sucedió algo? —pregunté.

Papá me miró.

—¿Te refieres aparte de esa encantadora exhibición al comienzo de la noche? —Sacudió su cabeza, desenrollando la bufanda de su cuello—. No sé qué hacer con ella.

Mamá tocó su brazo ligeramente, interrumpiéndolo.

—Es Navidad. Dejemos pasar esto y nos encargaremos de ellos cuando llegemos a casa, ¿está bien?

—Oigan, si los hace sentir mejor, mis padres no hacen nada más que rezar toda la Navidad como si el Niño Jesús mágicamente bajará y hablará con ellos si lo hacen las suficientes veces —dice Kenny—. Creo que esto es mejor. ¿Hay algo para comer?

Lo miramos, que no pareció darse cuenta mientras caminaba a la cocina.

—Debería hablar con ella —murmuró Kia, ya a medio camino de las escaleras.

—No. —Mamá la detuvo—. Deja que resuelva sola cualquier problema que tenga. Necesita aprender que la gente no siempre vendrá corriendo cuando esté teniendo una rabieta. Estará bien.



—Hay más luces por aquí. —Mamá dio un golpe a una caja con la punta de su pie vestido con un calcetín.

Sentado en el medio de la sala, rodeado por una pequeña torre de cajas marcas con palabras como luces, serpentinas, adornos, me sentí un poco agitado por la tarde que me asignaron.

Mientras los demás estaban de pie alrededor del árbol, organizando guirnaldas y bombillas, me había aislado en el lado opuesto de la sala y obligado a desenredar toda la mierda acumulando polvo en el almacenamiento dese el año anterior. Sinceramente no tengo idea por qué teníamos trece cadenas de luces. No era como si estuviéramos

decorando el árbol en el Rockefeller Center. ¿Y cómo tantas cadenas de luces se enredaban cuando sabía a ciencia cierta que las había arreglado cuidadosamente el año anterior? Realmente no debería haberme sorprendido ya que era el elegido cada año para hacer el peor trabajo, y aun así, cada año era sorprendido.

Con un gruñido de frustración, sacudí las bobinas de cables y bombillas, escuchando con cierto placer enfermizo mientras chocaban entre sí.

—Encuentra los extremos.

Sorprendido por la inesperada intrusión en mi propio infierno personal, eché un vistazo al sonriente rostro de Kia. No dijo nada mientras se deslizaba a mi lado en el sofá y enroscaba sus piernas debajo de ella. Tomó el paquete de mí y lo colocó sobre su falda.

—Siempre me quedo atascada haciendo esto también —dijo, con la cabeza inclinada hacia la tarea—. Aprendí hace mucho tiempo que si encuentras los extremos, puedes tejer tu camino de regreso.

Observaba mientras deslizaba y movía la punta del enchufe dentro y alrededor de los nudos. Mi mano se movía sin ningún conocimiento de mí y avanzó desapercibida por el lado de su rodilla doblada para descansar al lado de su muslo. Era arriesgado y estúpido, pero mi mano estaba fuera de vista, escondida entre ella y el sofá. Nadie podía ver a menos que estuviera justo a nuestro lado.

Kia levantó su cabeza. Nuestros ojos se encontraron. Esperaba que se alejara o me dijera que me detuviera. Pero volvió su atención a las luces, sus movimientos no tan cuidados como habían sido unos momentos antes.

Había estado haciendo eso mucho desde nuestro viaje de compras a través de Whistler Village la noche anterior. No apartaba la mirada cuando me atrapaba observándola. No se alejaba cuando la tocaba. Era emocionante y frustrante. Por un lado, era señal de que confiaba en mí para hacer lo correcto y hablar con Nessie, pero por otro, me estaba haciendo imposible recordar que no debería tocarla, no hasta que no hubiera hecho eso. Y cada vez que sus dedos tocaban los míos, me ponía aún más ansioso por saltar, arrastrar a Nessie a un lado y rogarle, sobornarla y amenazarla para compartir a Kia. No podía soportar estar tan

insoportablemente cerca, pero forzado a contenerme cuando estaba muriendo de dolor lentamente por dentro.

—Nos vemos esta noche —murmuré—. Quiero darte tu regalo.

Levantó esos cálidos y dorados ojos suyos y me miró.

—Navidad es mañana. ¿No quieres esperar?

Sacudí mi cabeza.

—No para este.

Sus labios se separaron. Exhaló lentamente y luego asintió.

—Está bien.

—¿Quién quiere chocolate?

Abandonado su rebuscamiento, mamá saltó por encima de los restos dispersos de periódicos arrugados y saltó a la cocina. Quitó mi mando en caso de que pudiera vernos en ese ángulo, pero mi mirada permaneció fija con la de Kia.

—¡Tu, hermano! —Kenny me lanzó una bombilla de plástico verde. Golpeó mi pecho y cayó en mi regazo—. Necesitamos las luces.

—Kenny, no tires los adornos —lo regañó mamá, revolviendo paquetes de chocolate dentro del agua caliente—. Algunos de esos son antiguos.

—Lo siento, Sra. C. —Agarró una revista de la mesa de café y la levantó hacia mí. Golpeó a Kia.

—¡Oye! —gritó, riendo—. ¡Estamos trabajando en ello! —Arrojó la cosa hacia él. Erró por completo y golpeó a Van en la parte posterior de su cabeza.

—¡Qué diablos! —Se dio la vuelta y levantó la revista—. No he leído esta aún. ¡Mantengan sus manos lejos de mis cosas! —Golpeó la revista en la mesa de café.

—Lo siento —murmuró Kia.

Van se volvió hacia la caja de adornos en su regazo sin decir una palabra.

A mi lado, Kia suspiró.

La miré.

—¿Qué sucede?

Solo sacudió su cabeza, con los ojos enfocados en las luces. Pero había una sombra dibujada en su cara y sus hombros estaban caídos. Quería tocarla, convencerla de que me dijera, pero me contuve, haciendo una nota mental de obtener respuestas más tarde.



Kia ya estaba allí, de pie bajo el iluminado árbol cuando bajé las escaleras más tarde esa noche. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás mientras miraba el prehistórico ángel encaramado en la parte superior. La luz destellaba en las hebras de cabello libres de la pequeña cola de caballo en la parte posterior de su cabeza y brillaba en la docena o más de prendedores que había usado para mantener contenidas a las hebras sueltas, pero se las habían arreglado para salirse, cayendo alrededor de su rostro y en la parte posterior de su cuello. Usaba una remera larga con pantalones de yoga y sus gafas, y estaba un poco contento por lo último.

Kia se dio vuelta, siendo alertada por la tabla suelta del suelo que pisé de forma deliberada para evitar sobresaltarla. Parpadeó y luego puso la sonrisa más grande que había visto nunca.

—¡No sabía que usabas gafas!

Me encogí de hombros, manteniendo mis manos deliberadamente en mi espalda mientras cruzaba hacia ella.

—Nunca preguntaste.

Aún estaba radiante cuando la alcancé. Sus ojos brillaban mientras miraban hacia mí, disfrutando del oscuro y cuadrado armazón de las gafas. Rió, sacudiendo su cabeza.

—¿Qué?

Sacudió su cabeza de nuevo, mordiéndose el labio.

—No es nada. —Me miró de nuevo—. Solo es que te hacen ver muy bien.

Levanté una ceja.

—¿Qué tan bien?

Incluso solo con las luces de Navidad enfatizando su rostro, podía ver el leve rubor trabajando su camino desde su cuello para llenar sus mejillas antes de que bajara su mirada.

—Un montón.

Emití un sonido de zumbido en mi garganta, secretamente encantado por su reacción. Sabía que Kia nunca me juzgaría por mis gafas, no cuando ella siempre parecía tan cómoda con las suyas, pero había estado incierto cuando las deslicé en mi rostro más temprano. La mayoría del tiempo usaba lentillas y ni siquiera Kenny me había visto con mis gafas puestas, así que fue un gran paso para mí mostrárselas a ella. Su reacción me dio ganas de besarla.

—Entonces tal vez algún día realmente las use —murmuré, sonriendo.

Kia frunció el ceño.

—¿No las usas?

Sacudí mi cabeza.

—Eres la única que me ha visto con ellas, a excepción de mi familia.

Parpadeó. Sus ojos se agrandaron.

—¿En serio? ¡Pero te hacen lucir tan caliente! Quiero decir... —Su voz se desvaneció, su cara tan brillante como las luces rojas del árbol.

Me reí entre dientes.

—Las uso en casa cuando estoy haciendo la tarea y mis lentillas están haciendo que me piquen los ojos. De lo contrario, se quedan en mi escritorio. Pero si te gustan tanto, quizás las use más.

Estaba mordiendo su labio y solo se detuvo para responder:

—Me gustan. —Se aclaró la garganta—. ¿Esa es mi sorpresa?

Mi cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Estarías decepcionada?

Su cabeza se sacudió rápidamente de un lado al otro.

—Me encanta.

Chica extraña.

—No, esa no es tu sorpresa. —Saqué mis manos desde detrás de mi espalda y le mostré la caja de plata—. Es esta.

El brillo en sus ojos se intensificó con deleite mientras miraba de mí a la caja. Sus dedos rozaron los míos mientras lo tomaba.

—Este es solo el regalo uno de dos —le dije, metiendo las manos en los bolsillos de mis pantalones de franela—. Tendrás el otro mañana por la mañana.

—Solo te conseguí un regalo —dijo, la ansiedad nublando sus ojos.

Sonreí.

—Bueno, eso es inaceptable. Tendrás que compensarlo.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que podemos pensar en algo. —Sonreí ante la mirada de vergüenza en su rostro—. Pero por ahora... ábrelo.

Continuó luciendo incierta mientras sacaba la tapa. Sus ojos se agrandaron y sus labios se separaron mientras se le escapaba un suave suspiro.

—Oh Adam...

Complacido con su reacción, deslicé mis dedos dentro de la caja y levanté la cadena de plata de su lecho de algodón. Se desenrolló mientras la levantaba.

Era un relicario de bronce con dos cisnes tallados en la cara. El camafeo era el suave azul de un despejado cielo de invierno. Las aves se balanceaban en suaves ondas de delicado blanco. El más grande de los

dos parecía estar besando la frente del más pequeño. Era elegante y adorable. Me hizo pensar en Kia en el momento que lo vi.

—No pude encontrar negros con alas doradas y una tiara, pero... —Mordí mi labio inferior, sintiendo mis mejillas cálidas mientras me obligaba a encontrarme con sus grandes ojos—. Seguiré buscando.

No dijo nada mientras me ofrecía su espalda. Desabroché el pequeño gancho y lo deslicé alrededor de su cuello. Mis dedos temblaban y pensé que seguramente se me caería. Fue una especie de milagro cuando lo enganché en el primer intento y dejé descansar la cadena suavemente en su cuello. Espontáneamente, dejé un beso allí también.

Kia se dio la vuelta. Sus brazos fueron alrededor de mis hombros y se deslizaron hasta cerrarse alrededor de mi cuello. Sus suaves curvas encajaban perfectamente en mí como si hubiera sido hecha para estar allí, en mis brazos. La acerqué más, respirando su dulce aroma a sandías y fresas.

—Me encanta —murmuró en un lado de mi cuello—. Gracias.

Exhalé en su hombro.

—De nada, nena.

9

Kia

Traducido por Rivery y Selene

Corregido por veroonoel

Nessie estaba despierta al despuntar el alba, lo que no habría sido tan malo si no me hubiera ido a la cama tan solo dos horas antes. Sus pequeñas uñas contundentes se clavaron en mi brazo mientras fui empujada y casi echada de la cama. Estaba diciendo algo con su parloteo ruidoso y emocionado, pero por mi vida que no podía encontrarle sentido.

—Nessie, afloja el ritmo —gemí, colocando las manos sobre mis ojos, lo cual no fue algo bueno para hacer ya que solo me hizo querer mantenerlas allí fundidas con mis párpados cerrados.

—¡Es Navidad! ¡Es Navidad! —gritó como un niño de cinco años con exceso de azúcar.

—Santa no es real —me quejé, sin estar segura de cómo reunir ese nivel de entusiasmo tan temprano por la mañana—. Vuelve a la cama.

Las sábanas fueron apartadas de mi cuerpo, exponiéndome al frío de la habitación. Maldije en voz alta, lanzando una almohada a ciegas en la dirección aproximada de mi mejor amiga.

—¡Levántate!

Fui agarrada por el brazo y arrastrada a la fuerza fuera del colchón. Tendría la cara estampada si mi cuerpo no se hubiera dado cuenta de la amenaza de forma rápida y me hubiera apartado de un tirón.

Gimiendo y murmurando cosas no muy agradables, me arrastré tras ella por la puerta.

Mientras se movía rápidamente de habitación en habitación como un cachorro que realmente necesitara hacer pis, me apoyé en la pared exterior y la observé, preguntándome muy seriamente si alguien me culparía si la noqueaba con una sartén. Por los gemidos frustrados repitiéndose en las otras habitaciones, tuve la sensación de que me lo agradecerían, posiblemente con pastelitos. Mmm. Tentador.

—¡Levántense! —Nessie se estaba quejando—. Quiero abrir mis regalos. ¡Hurra! —exclamó cuando su acoso tuvo éxito.

No tenía idea de quién era esta persona. No había visto a Nessie así de energética en días. Compartíamos habitación y no le había dicho ni dos palabras desde nuestro viaje de compras. No sabía qué pensar. Adam me había dicho que dejara que siguiera su curso. Al parecer una Nessie sombría era lo normal durante las vacaciones. Él juró que volvería a la normalidad una vez que volviéramos a casa. No estaba tan segura, pero sí sabía que no iba a aceptar otra invitación suya para el próximo año. No me gustaba esta enfadada y desconectada Nessie; una que me alejó cuando lo único que quería hacer era ayudar y estar ahí para ella.

Sin embargo, la observé mientras saltaba fuera de la habitación de sus padres y abría de un tirón la puerta de Adam. La curiosidad me hizo seguirla y apoyarme en el marco de la puerta cuando Nessie arrancó las mantas y apartó las almohadas, gritando que todo el mundo se levantara.

—¡Piérdete o te tiraré a un banco de nieve! —murmuró Adam, dejándose caer sobre su estómago.

En el suelo, Kenny apenas se movió a pesar de que había sido despojado de sus mantas y almohadas. Su cabeza se inclinó demasiado hacia atrás, exponiendo su manzana de Adán hasta el punto de estirar la piel de su garganta. Su boca estaba abierta y estaba tendido despatarrado con sus slips blancos sin preocuparse.

Me reí sin pensar y aparté mi mirada.

Nessie todavía estaba tratando de despertar a Adam. Estaba saltando en su cama, cantando a todo pulmón sobre cuatro y veinte mirlos horneados en una tarta¹.

—Lo juro por Dios, ¡te mataré!

—Conoces las reglas —jadeaba Nessie con cada salto—. No hay regalos hasta que todo el mundo esté despierto. Así que levántate. Quiero mis regalos. —Cuando Adam no le hizo caso, soltó una exclamación de fastidio y saltó de la cama—. Bien. Voy a agarrar la jarra de agua helada que puse en el refrigerador anoche por esta misma razón. —Cruzó la habitación furiosa, sus oscuros rizos rebotando alrededor de sus hombros—. Quédate aquí y asegúrate de que no vuelva a dormirse —me dijo de pasada—. Mantenlo despierto como sea.

La vi bajar estrepitosamente por las escaleras.

—Será mejor que te des prisa. —La voz lenta, baja y relajada me hizo girarme de nuevo hacia la habitación. Adam estaba boca arriba, con los brazos cruzados bajo su cabeza—. Creo que estoy empezando a dormirme de nuevo.

Ahogando una risa, eché un vistazo de arriba a abajo en el pasillo antes de deslizarme dentro y cerrar la puerta. Me arrastré por la habitación, con cuidado de no despertar a Kenny que roncaba como si se hubiera tragado un megáfono.

—No sé si quiero despertarte —murmuré, deteniéndome cuando mi rodilla golpeó el borde del colchón—. Podrías tirarme a un banco de nieve también.

Había algo intenso acerca de la forma en que me miraba. No sabía lo que era, pero tenía a mi corazón galopando y a mi cuerpo reaccionando de tal manera que trajo un rubor a mi cara.

—El único lugar al que voy a tirarte es aquí.

Tenía mi muñeca antes de que pudiera darme cuenta de sus intenciones. Fui tirada sobre la cama, todavía caliente y arrugada por su cuerpo. Podría haber chillado o jadeado o algo así, pero era un recuerdo lejano cuando su boca reclamó la mía.

No era un beso. Era la guerra. Era duro, acalorado y exigente. Eran sus manos extendiéndose rápidamente por mi cuerpo, cerrándose en un puño sobre mi ropa, en mi cabello mientras su cuerpo sujetaba el mío, fijándome al colchón. Me besó como si fuera a morir si no me devoraba. Mis piernas fueron separadas bruscamente y mis muslos fueron cubiertos por la presión de sus caderas ajustándose al hueco. Un sonido entre un gemido y un chillido se me escapó cuando su cuerpo se alineó con el mío de una forma que hizo que corriera fuego por mis venas. Apenas era consciente de nada excepto de lo mucho que quería continuar. Fue solo por el resoplido-gruñido del otro ocupante de la habitación que pude bajar un escalón de la cima a la que me estaba llevando.

—Kenny —jadeé, mi cuerpo inclinándose en el suyo.

Él gruñó. Sus dedos se apretaron en mi cabello, haciéndome chillar mientras intensos destellos de delicioso placer se propagaban a través de mí.

—¡Adam! —dijo entre dientes—. Cuando estás en mi cama, solo es Adam.

—¡Adam! —accedí obedientemente.

Entonces me besó de nuevo, obligando a mis labios a abrirse para deslizar su lengua dentro. Pero muy rápidamente, había desaparecido de mis brazos y de la cama. Se detuvo sobre mí, mirándome mientras luchaba por respirar. Mi cuerpo vibraba de una manera que me hizo querer rogarle que no se detuviera. Su boca se arqueó con un oscuro placer brillando en sus ojos.

—Será mejor que te levantes, nena —dijo con calma, ni remotamente sin aliento mientras yo me quedaba allí temblando y respirando con dificultad—. O no tendrás regalos.

No tenía sensibilidad alguna en mis rodillas cuando me puse de pie. Mi corazón estaba a punto de sufrir un colapso y estaba caliente por todas partes. Pero de alguna manera me las arreglé para abrirme camino hasta la puerta sin caer.

Adam abrió la puerta para mí, luego inclinó su antebrazo contra el marco mientras se apoyaba en él y me miraba. Sus ojos azules estaban oscuros, ensombrecidos por los gruesos mechones del flequillo que caían sobre su

frente. Ninguno de nosotros dijo una palabra mientras me deslizaba por el pasillo y bajaba dando traspiés por las escaleras.

—¿Por qué te marchaste? Casi he terminado. Creo que el pequeño mierda la vació anoche —dijo Nessie mientras me dirigía al sofá y me desplomaba sobre él. Ella estaba de pie sobre el fregadero, llenando una jarra de cristal con agua y cubitos de hielo—. Te dije que...

—Está despierto —murmuré.

Nessie se enderezó.

—¿Sí? ¿Qué hiciste?

Dejé que me besara y me derritiera el cerebro completamente.

—Lo golpeé unas cuantas veces —dije en su lugar.

Había una acusación enojada en los ojos de Nessie cuando me atreví a mirar. Cerró el grifo y dejó la jarra medio llena en el fregadero mientras se apartaba de un empujón del mostrador, murmurando:

—Apuesto a que lo hiciste. —Se dejó caer en el sofá junto a mí y se cruzó de brazos.

Con cuidado, me acerqué. No se me escapó que se sacudió lejos de mí. Traté de no permitir que el gesto me hiciera daño, pero lo hizo.

—¿Ness? ¿Qué pasa? ¿Estás enfadada conmigo? ¿Hice algo?

Sus ojos eran trozos de hielo azul cuando parpadearon hacia mí.

—¿Tú qué crees, Kia?

Abrí la boca y empecé a negar con la cabeza cuando otra voz habló desde la escalera.

—¡Llegan los regalos! —La Sra. Chaves se acercó bajando por las escaleras con los brazos llenos de cajas brillantemente envueltas. El Sr. Chaves estaba detrás de ella, con los brazos igualmente abarrotados. Incluso tenía bolsas colgando de cada brazo. Nunca había visto tantos regalos.

Me había dado cuenta la noche anterior mientras esperaba a Adam que no había regalos bajo el árbol, solo una falda roja de árbol con renos en

ella. Le había preguntado al respecto y su respuesta había sido decir simplemente:

—Van.

—¿Por qué los regalos no están bajo el árbol? —pregunté, preguntándome dónde estaban los que le había dado a la Sra. Chaves la noche que volvimos de nuestras compras.

Nessie puso los ojos en blanco.

—Los esconden.

—¿Y por qué es eso, Vanessa? —dijo su madre, abriéndose paso a través de la habitación.

—Porque ustedes tienen problemas de confianza —respondió Nessie simplemente.

—¿Perdón? —El Sr. Chaves caminó alrededor de los sofás para dejar los paquetes en el suelo junto al árbol—. Pensé que querías tus regalos.

—¡No he dicho nada malo! —loriqueó Nessie.

Por supuesto que ella era superficial y malcriada y la reina del drama, pero también era dulce y amable y tenía un corazón de un kilómetro de ancho. Esas eran cosas que guardaba bien escondidas, pero las había visto suficientes veces como para saber que existían. Además, era mi mejor amiga y la había aceptado de la forma que era año atrás. Era simplemente Nessie. Pero sus padres... me confundían. Por lo que podía ver, ambos eran personas maravillosas. Amaban a sus hijos y los apoyaban. Obviamente no reparaban en gastos cuando se trataba de sus deseos y necesidades. Sin embargo, había algo raro en la forma en que trataban a Nessie. No estaba diciendo que no estuviera justificada. Nessie se metía en problemas sin intentarlo, pero era como si no se atrevieron a darle un descanso.

Tal vez fuera porque no tenía hermanos y mis padres nunca habían sentido la necesidad de regañarme, pero en cuatro días, aún no los había escuchado decir ni una sola cosa buena de Nessie, y sin embargo era muy rápidos para criticarla. Podía ver lo que esto le hacía. Cada vez que elogiaban a Adam, podía ver la luz atenuarse un poco más en sus ojos. Lo

odiaba. Quería decir algo. Quería defenderla de las personas que la criaron, pero no era mi casa. Era una invitada. No tenía derecho a decir nada.

—¡Buenos días, chicos! —dijo la Sra. Chaves pasándole regalos al Sr. Chaves para que fueran colocados alrededor del árbol.

No levanté la vista, pero lo sentí entrar en la habitación. Sentí su presencia como una caricia real. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo cuando Adam y Kenny se abrieron paso para ocupar el sofá frente a nosotras.

Se había duchado, me di cuenta sin mirarlo directamente, pero lo observé por el rabillo del ojo. Su cabello oscuro brillaba húmedo en la suave luz de la mañana. Alguien había encendido las luces de Navidad por lo que brillaban a través de sus mechones negros-azulados. Su camisa blanca estaba húmeda y pegada a él de la manera más inapropiada. Apreté mis manos en mi regazo y arrastré mis rodillas hasta ocultarlas.

—¿Están todos listos? —La Sra. Chaves se levantó y fue hasta el sillón mientras que el Sr. Chaves se quedó de rodillas junto al árbol y el enorme montón de regalos—. Adam.

—Por supuesto que él sería el primero —murmuró Nessie, levantando sus rodillas hasta la barbilla y abrazándolas a su pecho.

Adam aceptó la caja rectangular. Observé mientras tomaba la cinta prolijamente desde las esquinas. Para alguien que había estado tan impaciente y desesperado por besarme, parecía contento de tomarse su tiempo para desenvolver sus regalos. Me hizo preguntarme si era tan cuidadoso para quitarle la ropa a una chica como lo era para desenvolver regalos. El pensamiento trajo una oleada de calor a mi cara, que fue aumentando por el pensamiento de él abriendo mi regalo.

—Kia.

Me sacudí, apartando mi mirada de Adam para mirar al Sr. Chaves. Estuve sorprendida de encontrarlo sosteniendo una caja plana y cuadrada hacia mí.

—¡Oh! —Me arrastré y lo acepté con un murmurado gracias.

Para Kia, De Santa, decía. La etiqueta me hizo sonreír mientras arrancaba el papel, aparentemente no tan paciente como Adam.

Santa me había traído una caja de chocolates. Me reí y les di las gracias al Sr. y la Sra. Chaves.

Nessie era la siguiente. Casi arrancó el brazo de su padre para arrebatárselo. Con una risita emocionada —al parecer, todo el enfado había desaparecido— arrancó el papel y chilló, sosteniendo algo en una caja. Estaba saltando demasiado emocionada para que realmente pudiera ver lo que era.

La repartición de regalos continuó. La pila de Nessie, me di cuenta, era mucho más grande que la de Adam, pero todo lo que Adam recibió era más grande; un sistema de juegos, una nueva pelota de fútbol, un póster enmarcado de su jugador de fútbol favorito. Nessie tenía un montón de ropa, maquillaje y joyas. Incluso Kenny tenía una pequeña pila a su lado, en su mayoría compuesta por calcetines, un libro y un ítem deportivo. Yo, por otro lado, había recibido la caja de bombones de Santa; un reloj del Sr. Chaves que estaba equipado con una brújula y un monitor de corazón para trotar, no tuve el corazón para decirle que no corro; y un libro de Química de la Sra. Chaves, que sospechaba que Nessie le había contado que lo había mirado secretamente por un mes. Pero la cosa había estado cerca de los cien dólares. Muy por encima de mí presupuesto para libros. Pero allí estaba, por fin en mis manos.

—¡Oh, Dios mío! —chillé demasiado fuerte, haciendo que la Sra. Chaves se riera—. He querido esto desde... ¡siempre!

—Me alegra que te guste —dijo y se puso de pie. Entró en la cocina.

Nessie me dio un pequeño libro negro con un montón de números y nombres ya garabateadas en su interior. Pasé las hojas, cada vez más cauta con cada segundo.

—Ness... ¿qué? —Sostuve abierta una de las páginas para que ella viera.

Nessie sonrió.

—Es tu propio Pequeño Libro Negro personal lleno con una lista de todos los chicos más calientes de nuestra escuela. —Se inclinó y señaló—. E incluso los clasifiqué con estrellas, dejando un cinco para los muy calientes. Pensé

que ahora con tu nuevo look sexy deberías tener un sexy chico de tu brazo.

Había por lo menos cincuenta nombres y números y no reconocí a ninguno.

—Guau, Ness... No sé qué decir —le dije, sonriendo tan brillante como pude para ella—. Es justo lo que siempre quise.

Sonrió y se echó hacia atrás.

—Lo sé. Solo úsalo. Realmente necesito a mi mejor amiga para ir a citas dobles conmigo. ¡Oh! —Me golpeó en el brazo—. Tengo algo más.

Saltó sobre la montaña de papeles desechados en el árbol. La vi alejarse, su regalo era como un pedazo caliente de carbón en mis manos.

Un movimiento llamó mi atención y atrape a Adam observándome. Su expresión no revelaba nada, pero sentí el calor oscuro detrás de sus ojos como si estuviera a mi lado, tocándome. Ahogué un jadeo y rápidamente desvié la mirada cuando Nessie volvió, dejando caer una bolsa de regalo en mi regazo.

Mis dedos temblaban mientras sacaba el papel de seda púrpura y alcanzaba un elemento plegado en el interior. Dejando la bolsa, desplegué el vestido y chillé, metiéndolo rápidamente en la bolsa de nuevo.

—¡Nessie! —susurré, horrorizada.

—¿Qué? —Se acercó a mí y sacó el vestido para sostenerlo en alto—. Es adorable y perfecto para tu primera cita.

—Mi primera... ¿qué?

Puso los ojos en blanco y tomó el libro negro y lo agitó frente a mí.

—Duh.

—Te pones eso... ¿en público?

Era hermoso, de un color ciruela profundo que realmente me gustaba, pero la falda apenas cubría la mitad del muslo, el escote se sumergía en lugares que no me sentía cómoda mostrándole a la gente y podría jurar

que se volvía transparente cuando la luz caía sobre el de una determinada manera.

Nessie frunció el ceño y miró el vestido.

—¿Dónde más lo usarías?

—Puedo pensar en un par de lugares —dijo Adam en un tono ronco enviando escalofríos directamente a la boca de mi estómago y haciendo que los dedos de mis pies se curven.

Nessie enseñó los dientes.

—Eres un cerdo. —Recogió el vestido y lo metió en la bolsa—. No tienes que usarlo. Está bien.

Desgarrada por la culpa, tomé la bolsa.

—No, me encanta. Gracias. Lo usaré en la primera oportunidad que tenga.

—Kia, hay otro para ti aquí.

Dejé el libro negro en la bolsa y tomé la caja rectangular. Me sorprendió su peso mientras lo ponía sobre mi regazo. No había ninguna nota, solo mi nombre en una etiqueta de Navidad. Curiosa, arranqué el papel y levanté la tapa.

—¡Dios...! —El resto de mis palabras fueron una serie de malas palabras que habrían horrorizado a mi madre.

Echando a un lado la caja, tomé la hermosa agenda de cuero multipropósito en mis manos y la abrí, apenas suprimiendo mi chillido de emoción. Pasé los dedos sobre las pequeñas lengüetas de colores a lo largo de un costado, cada una marcando el calendario, libreta de direcciones, notas y mucho más. En la portada interior tenía incorporada una calculadora y una billetera. Había incluso una elegante pluma de plata.

—Es una agenda —murmuró Nessie, claramente sin entender mi emoción.

—¡Lo sé! —exclamé, mi voz transmitiendo claramente qué importante era el asunto—. La vi el otro día mientras estábamos de compras. Quería robarla, pero Adam no me dejó.

Adam. Mi cabeza se disparó. Adam me sonrió.

—¿Tú...?

—¡Café! —gritó la Sra. Chaves—. Y desayuno.

—¡Pero todavía hay regalos bajo el árbol! —se quejó Nessie, pero se puso de pie y dio vueltas por el comedor.

—Volveremos a ellos —le prometió su padre, vadeando a través del desorden para tomar la taza humeante que su esposa le ofrecía.

Adam, a quien aún tenía que dejar de mirar, se puso de pie y caminó casualmente alrededor de la mesa de café hacia mí.

—No puedo decirte lo mucho que me gusta esto —le dije, abrazando la agenda contra mi pecho.

Se detuvo frente a mí doblando su cintura para que estuviéramos casi al mismo nivel de nuestros ojos.

—Me lo puedes mostrar más tarde. —Él enganchó un dedo en las correas de la bolsa del regalo que Nessie me había dado, la que tenía el vestido indecente y ligeramente la dejó caer en mi regazo. Sus ojos azules bailaron con diversión oscura mientras los míos se agrandaban con comprensión—. También creo que deberíamos hacer un poco de fuego y quemar ese pequeño libro negro.

Me eché a reír. Él sonrió mientras se enderezaba y entraba al comedor.

Puse mi genial agenda en mi pequeño montón de regalos y seguí a los otros. El desayuno era cereal frío y tostadas. Nadie se quejó mientras comíamos apresuradamente. Ayudé con los platos mientras Adam y Kenny recogían los papeles de regalo y la basura del suelo. El Sr. Chaves ayudó a secar mientras yo lavaba. La señora Chaves barrió los pisos realmente rápido. Nessie era la única en el sofá, con los brazos cruzados, con un pie apoyado en la mesa de café.

—Todo eso podría haber esperado —gruñó mientras terminábamos de limpiar y nos uníamos a ella en la sala de estar.

—Bueno, piensa cuánto más relajante va a ser si no tenemos que limpiar después —le respondió su madre, sentada en el sillón.

Nessie la ignoró. El Sr. Chaves estaba de vuelta en el árbol y los regalos restante. Sabía que había uno allí abajo que le pertenecía a Adam de mi parte. Mi estómago se enroscaba en nudos cada vez que el Sr. Chaves tomaba uno. Se desenrollaría solo para tensarse de nuevo.

La siguiente caja fue una de las más grandes y la reconocí incluso antes de que el Sr. Chaves dijera el nombre de Nessie. Adam y yo intercambiamos una secreta sonrisa mientras ella prácticamente la arrancaba de sus manos.

—¡Adam, es asombroso! —exclamó, agarrando su enorme set de maquillaje para abrazarlo contra su pecho. Incluso tenía un conjunto de pinceles y una linda caja de metal que se abría en forma de escalones a cada lado para que todo estuviera dentro. Había sabido desde el momento en que la vi que a Nessie le encantaría—. Por fin lo hiciste bien, idiota.

—¡Vanessa! —la regañó la Sra. Chaves.

—De nada. —Adam se rió entre dientes—. Kia la eligió.

Nessie me miró.

—Tal vez salió algo bueno de separarnos.

No dije nada mientras la veía tomar el regalo de mi parte, un set de manicura y pedicura con una máquina sopla uñas. También Había una cosa pulidora. Todo era muy elaborado y totalmente fuera de mi elemento, pero Nessie chilló y me rodeó con un abrazo, así que lo interpreté como que le gustó.

—Adam, este es para ti.

Mi estómago se apretó mientras el Sr. Chaves le pasaba mi regalo. Me mordí con fuerza el labio mientras Adam pasaba por el tortuoso ritual de abrir la envoltura. Quería gritarle que simplemente lo rasgara y lo abriera, pero estaba demasiado ocupada tratando de no enloquecer.

—¡Oh, son adorables! —dijo la Sra. Chaves, sorbiendo delicadamente su café—. ¿No estabas buscando tu corbata unas semanas atrás?

La mirada de Adam se encontró con la mía, su sonrisa curvándose juguetonamente.

—Lo estuve.

—Bueno, ahí lo tienes entonces —dijo su mamá—. Ahora tienes todo un conjunto. —Sus cejas se fruncieron mientras se inclinaba un poco más cerca para echar un vistazo a través de la caja de plástico que contenía los ocho pares de corbatas—. Pero creo que falta una. Solo cuento siete. —Su madre la tomó y las contó—. Sí, falta una —observó—. La roja. Kia, ¿todavía tienes el recibo? Estoy segura de que podemos cambiarla.

Sentí mis mejillas arder cuando la mirada de Adam brilló y su sonrisa se amplió.

—Debe de haber caído mientras estaba envolviéndola —murmuré, inquieta bajo la mirada de complicidad de Adam—. Buscaré en el piso de arriba.

Tarareando, la Sra. Chaves se la devolvió a Adam.

—Es un gran regalo, Kia.

—Estoy de acuerdo —murmuró Adam.

Agaché mi cabeza y observé mientras el último de los regalos era entregado. Limpiamos otra vez nuestro desastre antes de que la familia se dispersara a jugar con sus nuevas cosas. Nessie no perdió tiempo en desgarrar el kit de maquillaje que Adam le había dado y Kenny estaba absorto en la revista de tecnología que alguien le había dado. El Sr. y la Sra. Chaves estaban en la cocina, preparando la cena de Navidad. Eso me dejó a mí.

Recogí mis cosas y me dirigí hacia arriba para guardarlas. Dejé todo sobre la cama y saqué la maleta. Quedaban solo dos días de vacaciones y quería mantener todo organizado para cuando fuera el momento de irme.

—¿Así que tengo que cachearte para encontrar mi corbata? —La puerta se cerró con un clic rotundo.

Me sobresalté. Mi cabeza giró bruscamente para encontrar a Adam apoyado en la puerta, con los tobillos cruzados, con una mano en su bolsillo, la otra sosteniendo algo blanco que colgaba a su costado. Él lucía devastadoramente apetitoso.

—¿Quién dice que la tengo? —le dije, volviendo a mis cosas.

Sentí cada golpe de sus pies descalzos en el suelo mientras cruzaba la habitación. Sentí el ardiente calor de su presencia chocar contra mi espalda mientras se acercaba cada vez más. Sentí sus ojos recorriendo cada línea de mi cuerpo y me quedé completamente paralizada, ansiosamente esperando... esperando. Pero no me tocó. Estaba cerca, pero deliberadamente demasiado lejos.

La cosa que estaba sosteniendo fue arrojada sobre la cama. La reconocí como una camisa de vestir blanca, pero no entendía por qué me la estaba dando.

—¿Qué...?

Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura. Su pecho rozó mi espalda. Su caliente aliento agitó los diminutos cabellos en la parte trasera de mi cuello.

—Mentí —susurró con un ronroneo ronco en mi oído. Sus dedos se deslizaron bajo la tela de mi blusa y supe que sintió el temblor de los músculos de mi estómago mientras tocaba mi piel. Sus pulgares se metieron en la cintura de mis pantalones y fueron retirados lejos de mi cuerpo. Una de sus manos se deslizó hacia abajo—. Tengo otro regalo para ti.

—¡Mierda! —dejé escapar ahogada. Mis rodillas se disolvieron y me dejé caer contra su pecho—. Adam...

Sus dedos trazaron el elástico de mis bragas, un provocador balanceo de cadera a cadera mientras sonreía al lado de mi cara. Casi me quemo en mi lugar cuando tiró del elástico.

—La camisa va con la corbata... y solo con la corbata.

10

Adam

Traducido por flochi & Rivery

Corregido por Selene

La anticipación era una señal de alarma en mi interior, quebrándose en la fuerte corriente de mi impaciencia. Quería a Kia. Quería tenerla. Pero el tiempo y mi familia se interponían en mi camino.

El día se desarrolló como la mayoría de las Navidades lo hacía. Pasamos por la rutina de sentarnos y mirar el desfile de Navidad por la televisión, almorzando y más. Fue uno de esos raros días perezosos que teníamos permitidos. El resto del año, éramos empujados a hacer deportes, escuela y cualquier otro tipo de actividad que nuestros padres pudieran pensar para mantenernos ocupados. Por lo general, amaba ese solo día, pero esta vez no. Quería que terminara. Quería que todos se fueran para finalmente poder ver a Kia en su regalo. Quería verla en mi camisa de vestir y la corbata y nada más. Si el universo estaba intentando enseñarme paciencia, estaba haciendo un buen trabajo.

—Debería comprobar la cena —dijo mamá, saliendo de su silla y caminando silenciosamente hacia la cocina. Un momento después, la puerta del horno dio un chirrido cuando fue abierta de golpe. La nube caliente de aire contenido se apresuró en salir, sumándose al ya persistente aroma jamón con arce, zanahorias, patatas, y esmalte de uñas.

—Mmm, eso huele delicioso —dijo papá, oliendo el aire—. ¿Necesitas ayuda, cariño?

—No, casi está terminado. Chicas, ¿quieres ayudar a preparar la ensalada y moler las papas para el puré?

Kia se levantó instantáneamente.

—Claro.

Nessie, un pie apoyado sobre la mesita, contestó:

—Mis uñas están húmedas. —Señaló con el pequeño cepillo pintado de azul. Reflexioné sobre la sabiduría de recordarle que se había pintado las uñas apenas el día anterior.

—Ayudaré. —Kia se apresuró.

Esperé un instante antes de ponerme de pie.

—Yo puedo —dije, moviéndome para unirme a Kia junto a la isla.

—Gracias, Adam —dijo mamá, sonriendo amablemente—. Puedes moler las papas. Kia, puedes cortar la lechuga y preparar la ensalada.

Con un asentimiento, Kia tomó el tazón ya apilado con vegetales recién lavados y me rodeó para pararse al otro lado de la isla. Nunca alzó la mirada, ni siquiera cuando tomé mi tazón de patatas cocidas para pararme junto a ella. Pude haber jurado que se apartó de mí.

—Ayudaré, Sra. C. —Kenny metió su teléfono en el bolsillo trasero de sus pantalones delgados y se acercó.

—Gracias, Kenny. —Mamá deslizó un cuchillo y una tabla de cortar hacia él—. Me vendría bien un poco de ayuda para hacer el relleno si estás dispuesto.

Kenny se enrolló las mangas de su camisa y tomó el cuchillo. Mamá le pasó un tazón con vegetales y llevó todo hasta ponerse de pie entre Kia y yo. Quise golpearlo con el molidor de papas.

Trabajamos en silencio picando y moliendo. Ni una sola vez Kia alzó los ojos de la tarea de hacer la ensalada. Kenny intentó entablar conversación comentando sobre sus habilidad de cortar y lo bien que se veía ella blandiendo una hoja afilada, pero ella resopló y siguió trabajando. Me pregunté sobre su silencio y la ansiedad que la tuvo mordisqueando su labio inferior. Me preocupaba si había ido demasiado lejos en la habitación y si necesitaba disculparme. No tenía intención de molestarla, o peor, asustarla.

Completamente agobiado por la nueva serie de temores, caí en mi propia serie de incertidumbres. Sabía que Kenny no sería de ayuda. Probablemente me diría que a las chicas les gustan los hombres asertivos. Pero a diferencia de él, supe que había una línea entre asertivo e idiota.

Las patatas apropiadamente pisadas con la justa cantidad de grumos, deslicé el tazón hacia mamá quien estaba salteando unas setas.

—¿Puedes agregarle mantequilla y leche, por favor? —dijo sin levantar la mirada del wok.

Me moví por la cocina hacia la nevera y abrí la puerta. Cuando rebusqué dentro, escuché a Kia decir algo.

—Solamente déjalo en la nevera por ahora. Gracias, querida —contestó mamá.

Con la leche y mantequilla en la mano, me retiré para encontrar a Kia parada detrás de mí, un plástico transparente envuelto en el tazón que sostenía en la mano. Estaba metiendo los lados, alisando las arrugas hasta que la parte superior estuvo tan tensa como un tambor, lo cual era completamente innecesario dado que comeríamos en una hora.

—Disculpa —murmuró, la cabeza cabizbaja.

Fruncí el ceño, pero di un paso al costado, sosteniendo la puerta abierta mientras ella encontraba un hueco para la ensalada. La balanceó sobre una caja de huevos y se retiró a un lado del mostrador, manteniendo a Kenny entre nosotros.

—¿Hay algo más? —le preguntó a mamá.

—No negaría el mezclar la masa para el pastel de merengue.

Y así siguió, los tres reunidos alrededor de la isla ayudando a mamá mientras Nessie miraba hockey en la televisión con papá. Kenny y yo conversamos un poco y Kenny habló con Kia y Kia habló con mamá, pero una conversación entre ella y yo nunca sucedió. Mientras más indagaba, mi certeza era que estaba molesta conmigo.

—Kia. —Conseguí arrinconarla, agarrándola suavemente por el codo para evitar que ella se escapara como había llegado a hacer cada vez que me había acercado—. ¿Qué sucede?

—Nada —murmuró mirando a sus pies.

Correcto, como si lo creyera.

—¿Es debido a lo que hice antes? Lo siento si fui demasiado lejos.

Supe que había golpeado la marca cuando algo cambió en su cara. Su garganta se movió mientras tragaba saliva y parecía como si estuviera sufriendo. Maldición.

—Nena...

Puso su mano sobre la mía y quitó suavemente mis dedos de su brazo.

—¿Podemos hablarlo más tarde?

¡No! Quise gritar. Quise hablar de ello en este momento y aquí mismo. No quería pasar las siguientes seis horas preocupándome y preguntándome si había arruinado todo entre nosotros.

—Está bien —murmuré, y me quedé en silencio mientras ella pasaba a mi lado.

La voz dramática de Ivan Bunin se sentía hueca al repetirse en el inmenso vacío de mi mente mientras estaba sentado tratando de leer el mismo párrafo una vez más. Pero se estaba volviendo tedioso e imposible concentrarme cuando mi mirada seguía saltando al reloj, observando como las manecillas marcaban la distancia entre un día y el siguiente. También cavaba un agujero en mi paciencia, expandiéndolo hasta que estuve seguro de que me tropezaría y caería en él.

¿Qué le estaba llevando tanto tiempo? Era casi medianoche.

Cerré mi libro y lo arrojé sobre la mesa de café. Se deslizó por el cristal y golpeó el centro de mesa. Exhalé, dejándome caer de espaldas sobre los cojines. Cerré los ojos y deseé que mi desesperación de no se llevara lo mejor de mí.

Debo haberme quedado dormido porque la habitación estaba a oscuras, las luces de Navidad estaban apagadas y yo estaba cubierto con la manta afgana que por lo general adornaba el respaldo del sofá. La quité de mis piernas y me puse derecho. Una fina rendija de luz asomaba en el horizonte, anunciando el nuevo día y mi mirada saltó al reloj. Maldije.

Sacándome la manta de encima completamente, me puse de pie de un salto. Se me escapó otra maldición cuando localicé mi camisa y mi corbata perfectamente colocadas sobre el reposabrazos. Me restregué la mano por la cara y por la parte posterior de mi cabello.

—Buenos días.

No voy a mentir, casi chillé como una niña pequeña, pero de alguna manera logré ocultarlo tras una tos cuando me di la vuelta para mirar a la figura acurrucada en el otro sofá.

Kia me miró adormilada con los ojos entrecerrados mientras me quedé mirándola fijamente, una mezcla de sorpresa y alivio creció dentro de mí. Hizo falta un montón de control para evitar tomarla en mis brazos.

—Hola. —Me las arreglé para decir a falta de algo mejor—. ¿Has dormido aquí abajo?

Se incorporó y se encogió de hombros, bostezando tras de su mano ampliamente.

—Estaba esperando que te despertaras. Supongo que me quedé dormida, también.

Apartó la manta cubría sus piernas y un libro cayó de entre los pliegues. Golpeó el suelo con un ruido sordo. Suspirando, se agachó y lo recogió.

—Kia, ¿Qué pasó ayer? —No podía esperar más. Tenía que saberlo.

Se tomó su tiempo para llegar ponerse de pie, dejando el libro en la mesita de café junto al mío y soltando su manta. Reconocía la evasión cuando la veía, pero no iba a rendirme.

—¿Te hice daño, o...

—No. —Negó con la cabeza mientras dobló la manta de punto apresuradamente y la dejó caer en el reposabrazos.

—Yo sólo... —Sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Qué? —Crucé la línea divisoria que nos separaba y agarré sus hombros suavemente.

Estaba mirando mi pecho cuando contestó: —No estoy lista... para eso. Quiero decir, quiero, pero no... Dios, no soy coherente.

—¿Por qué no dijiste eso simplemente, nena? Nunca te presionaría.

—¡Lo sé!—Con un gruñido de frustración, dejó caer su rostro entre sus manos y apretó sus párpados con las palmas de sus manos—. Lo sé, pero te di falsas esperanzas y lo siento. Debería haberte detenido y habértelo

dicho antes. Es sólo que... —Exhaló con fuerza—. Realmente me gustaba lo que estabas haciendo. Una parte de mí no quería detenerte. Pero eres el primer chico que me ha gustado nunca y todo es tan nuevo e intenso. Además todo el asunto con Nessie...

Apreté sus hombros ligeramente cuando se fue apagando.

—¿Y no crees que lo habría entendido si simplemente me lo hubieras dicho?

Sacudió la cabeza lentamente de lado a lado.

—Sabía que lo harías, pero supongo que estaba un poco asustada de que pensaras que era una provocadora o algo así.

La llevé a mis brazos y la sostuve contra mí mientras llenaba de besos su mejilla y su mandíbula.

—Por mucho que lo desee, puedo esperar. No tengo ningún tipo de prisa. No es como si hubiera una fecha de caducidad para que estemos juntos.

Sabía que había dicho lo correcto cuando la tensión desapareció de ella. Exhaló y se inclinó hacia mí, apoyando la cabeza en mi hombro mientras le acariciaba la espalda. El aroma especiado de canela y vainilla se arremolinaba a nuestro alrededor, mezclándose con la dulce fragancia de las fresas que parecía aferrarse a ella. Cerré los ojos y aspiré su aroma.

—Adam —susurró.

—¿Sí?

Se apartó lo suficiente para que pudiera mirar en sus ojos castaños.

—Deberíamos volver a nuestras habitaciones. Alguien bajará pronto y...

Negué con la cabeza.

—La Navidad ha terminado.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Te dije que iba a esperar hasta Navidad para hablar con Van. Bueno, ya acabó.

Sentí el ritmo acelerado de su corazón contra el mío. Sus ojos se ampliaron, la esperanza y el entusiasmo brillaban en ellos.

—¿Te refieres... ?

Asentí.

—Creo que es hora de que tenga una charla con mi hermana sobre el significado de compartir.

11

Kia

Traducido por Salilakab, veroonoel y Helen1

Corregido por flochi

No salió como lo había previsto, Nessie se quedó en la cama durante la mayor parte de la mañana y Adam fue llamado para pasar el rato con sus amigos en el hotel antes de que todos se fueran a casa. Quise gritar de frustración. Quise correr escaleras arriba y despertarla a rastras como había hecho ella la mañana anterior.

—Hablaré con ella al segundo que regrese —prometió Adam mientras se ponía su abrigo—. No lo olvidaré.

Asentí para hacer notar que había entendido, y lo hice, pero no significaba que me gustara.

—Ven conmigo —dijo.

Lo miré sorprendida por la petición.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Ven a conocer a mis amigos.

No era difícil entender lo que me estaba diciendo, sin embargo no podía dejar de mirarlo fijamente como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Por qué harías eso?

Fue su turno de mirarme sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—¿No se preguntarán quién soy o por qué me estás presentando?

Sus cejas se juntaron más.

—¿Por qué lo harían? Les diría quién eres.

—¿Y qué es eso exactamente? —No pude evitar soltar una risa débil—. ¿La mejor amiga de mi hermana? Eso no podría explicar por qué me estás llevando.

—No. —Metió las manos en sus bolsillos—. Te presentaría como Kia... mi Kia.

Mi Kia.

La sangre corrió dentro de mí, hundiendo a mi mente en una alberca a mis pies o volando hasta mi cabeza. Me dio una sensación de mareo y desconcierto, mientras luchaba con una sensación de emoción y terror.

—No creo que sea una buena idea —murmuré al fin.

—¿Por qué?

¿Cómo podía preguntar eso? ¿No sabía que sería suicidio social? Sus amigos estarían horrorizados y disgustados. Los chicos como Adam no quieren voluntariamente a chicas como yo a menos que fuese por una apuesta, que es lo que pensarían de inmediato. Nunca creerían que de verdad le gustaba. ¿Quién lo haría? Ya estaba pasando un momento difícil en creerlo yo misma. Además, tenía miedo de que intentaran persuadirlo sobre querer estar conmigo o burlarse fuertemente de él para que de buena gana él me botara. A mi autoestima no le gustaba la idea ni un poco.

—¿Por qué, Kia? —presionó cuando tardé en responder.

—Es que... no resultaría... —Terminé de decir, sin convicción—. Será mejor que te apresures, Kenny está esperando afuera...

Cerró el espacio entre nosotros y me besó. Sentí la presión cruda mientras perforaba un agujero a través de mí, entonces él se apartó. Sus ojos brillaban con furia.

—La única razón por la que todo el mundo no sabe de nosotros es porque quieres que Van lo sepa primero, lo que yo acepté. De lo contrario, no me importaría una mierda quién sabe de nosotros. No estoy avergonzado de ti, Kia. En todo caso, me siento bastante presumido de que seas mía en primer lugar. A mis amigos, a mis *verdaderos* amigos, no les importa con quién esté siempre y cuando sea feliz. Ellos no me harán elegir entre ellos y la persona que quiero en mi vida.

Reconozco una indirecta cuando la escucho, sé que estaba hablando de Nessie.

—Eso no es justo —susurré.

Su mirada quemó la mía.

—Tampoco lo es que nunca te nos unas.

Salió por la puerta antes de que pudiera pensar en una protesta. Escuché el taxi irse por la calzada y reprimí el impulso de patear la puerta. Toqué ligeramente el contorno de cisnes grabados en el cameo que colgaba de mi cuello. No me lo había quitado desde que me lo regaló. Tenía una especie de magia inexplicable que me calmó cuando lo toqué, lo cual era algo que necesitaba en éste momento.

—¿Kia?

Al dar la espalda a la puerta principal, me encontré con la Sra. Chaves sentada en el sofá con un crucigrama en el regazo. Me pregunté si había visto o escuchado mi pelea con Adam. Entonces decidí que no me importaba. Tal como habían ido las primeras peleas, no me gustaba. No me gustaba que se fuera, me iba a volver loca esperando hasta que regresara para arreglar las cosas entre nosotros.

—¿Sí?

—¿Podrías despertar a Vanessa por favor? Es casi medio día.

Agradecida por la distracción, subí las escaleras hasta el segundo piso. Llegué a la habitación y me metí en la semi-oscuridad.

—¿Nessie?

Las cortinas estaban cerradas, manteniendo a raya la suave luz de la tarde. Contemplé encender las luces, pero opté por no matar tan pronto el juego. Me acerqué a la mesita de noche y me detuve.

Ella estaba despierta. Pude distinguir su silueta sentada con las sábanas sobre su regazo y la espalda contra la cabecera. Estaba sosteniendo algo en su regazo, pero no podía entender qué era.

—¿Nessie? —Me deslicé en su colchón y me arrastré hacia ella—. ¿Estás bien?

Sin decir palabras, la cosa en su regazo cobró vida. La luz era un doloroso contraste con la oscuridad. Me alcanzó el teléfono.

Curiosa, pero extrañamente aterrorizada, lo tomé con mis sudorosos dedos temblorosos. Acurruqué mis piernas debajo de mí y miré hacia la pantalla.

No estaba segura de lo que me esperaba. Una parte de mí estaba muy segura que sería una foto mía con Adam, o algo similar. Pero no éramos nosotros. Eran dos personas que vagamente reconocí en una posición que dejaba pocas dudas de que estaban haciendo cosas muy inapropiadas, teniendo en cuenta que estaban al descubierto, en un parque.

—¿Ese es... Gary? —Miré más fijamente en la foto—. ¿Quién es la chica? —*¿Y por qué estaban contaminando esa banca en el parque?*

—Lee el mensaje. —Su voz era gruesa, una señal segura de que estaba llorando.

Bajando mi brazo, me desplacé hacia abajo para leer las líneas: **Creo que alguien consiguió lo que quería. Todavía hay treinta jugadores más en el equipo. Comienza a hacer tus rondas, ramera.**

Me quedé sin aliento, horrorizada.

—¿Quién envió esto?

Se encogió de hombros, secándose las mejillas con la punta de la sábana.

—Probablemente alguien de la escuela. No lo sé. No me importa. —Tomó el teléfono y lo tiró a un lado antes de recoger sus rodillas hasta la

barbilla—. Sabía que algo había cambiado desde la noche que nosotros, ya sabes, lo hicimos. Él comenzó a actuar raro, como si no pudiera huir de mí lo suficientemente rápido. Pensé que tal vez un tiempo separados haría que le hiciera falta. En cambio...

—Nessie...

—Se suponía que vendría hoy. —Me interrumpió—. Me envió un mensaje hace una hora para decirme que su madre necesitaba el coche y que iba a quedarse en casa.

Tomé el teléfono y miré la imagen otra vez.

—¿Tal vez esto es viejo?

Inclinándose, lo tomó nuevamente.

—Le di esa bufanda antes de que nos fuéramos. Además tiene la fecha estampada. Está con ella ahora mismo. Sé que lo está porque no responde a mis llamadas y sus mensajes de texto suenan extraños.

—Creo que tú deberías estar más preocupada por el texto en lugar de la imagen —dije—. ¿Lo leíste?

—¡Claro que lo leí Kia! —murmuró—. Y no es nada en comparación con algunos de los otros que he estado recibiendo.

Sentí que mis ojos se abrían como platos.

—¿Qué quieres decir con *otros*?

—Exactamente lo que dije. —Resopló—. Sé que es alguno de sus estúpidos amigos pensando que son graciosos.

Tomé el teléfono de ella y comencé a buscar los otros mensajes, me horroricé y me puse furiosa por algunos de ellos. Unos pocos eran desde el mismo número, pero había algunos que sólo enviaron uno o dos mensajes, pero esos eran los peores, llamando a Nessie una puta, zorra y hacían ofertas obscenas que me hicieron sentir sucia al leerlas. Parecía haber estado sucediendo durante días, cada vez con más frecuencia, hasta tener seis o siete mensajes diferentes de varios números diferentes.

—Vanessa, ¿quiénes son estas personas? —demandé saber, mi voz apenas ocultaba la rabia que sentía—. ¿Por qué están diciendo éstas cosas?

—¡No lo sé! —dijo en voz alta—. Les dije que iba a llamar a la policía pero no pararon.

—Tenemos que decirle a tus padres. —Comencé a gatear fuera de la cama—. Ellos sabrán...

Fui detenida por detrás y sostenida con todo el peso de Nessie en mi espalda.

—¡No puedes decirles! —dijo entre dientes en mi oído—. ¡Júralo Kia!

—¿Qué? ¡No! Tú...

—¡No te volveré a hablar si le dices a alguien! —El teléfono fue arrancado de mi mano.

La empuje y me di la vuelta.

—¿Por qué? ¡Dios! Esto es serio, deberías...

—No, no debería. —Tomó el teléfono y lo deslizó debajo de la almohada antes de sentarse sobre ella—. Y tú tampoco.

—Pero tus padres...

—¡Me importa una mierda, Kia! —prácticamente gritó—. ¿Has conocido a mis padres? ¿Se ven como si les importara lo que me pasa? Mi padre quiere enviarme de culo—al-jodido—Idaho porque no me aguanta más. Informarles sobre esto sólo demostrará que soy una completa pérdida de espacio.

Me puse en posición sentada.

—Eso no es cierto, te aman...

—Ellos aman a Adam. A mí me dan hospedaje. Hay una diferencia. Lo único que les preocupa es que la gente sepa lo estúpida que soy y dejar que ellos tengan sus dientes pulidos. Soy una vergüenza, alguien de quien tienen que ocuparse de limpiar los desastres después.

—Nessie, por favor, voy contigo. Les diremos juntas.

—¿Decirles qué exactamente, Kia? ¿Qué estoy recibiendo ofertas para tener sexo? No los va a sorprender. Éstos son en realidad bastante tranquilos en comparación a los que estaba recibiendo hace seis meses.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasó hace seis meses?

Hubo unos minutos de silencio, donde pensé que no contestaría. Entonces la escuché resoplar una risa sardónica antes de responder:

—Mejor que te lo diga, supongo. Te enterarás de todos modos.

Me acerqué.

—¿Enterarme de qué?

—Que soy la puta de Mayferd, o al menos es lo que la mayoría de los profesores, padres y estudiantes de la Academia Vira dicen, lo qué es de hecho muy divertido.

—¿Cómo? —demandé, no viendo el humor.

—Bueno, me acuesto con un hombre y soy etiquetada para toda la vida. TaylosKahn duerme con todo el cuerpo estudiantil y ella es elegida mejor estudiante. Pero supongo que si mi papá estuviera dando diez de los grandes a la escuela cada mes, tendría quién limpiara mi culo también.

—¿Qué paso Nessie? —pregunté.

—Te lo acabo de decir —respondió sin entonación—. Era joven y estúpida y me enamoré. Él fue el primero y creí plenamente que estaríamos juntos para siempre, y probablemente habría sucedido de no haber sido por Taylor. —Se movió, subiendo las sábanas hasta sus rodillas levantadas—. Ella se enteró de nosotros y le contó al Decano, quién se dispuso a hacer un ejemplo de nosotros.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué él habría de...?

—¡Debido a que estaba en contra de las reglas! —dijo—. A los estudiantes no se les permite tener relaciones con los profesores.

Di un grito ahogado.

—¿Un profesor? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Te relajarás? —espetó—. No era un profesor de verdad. Tenía diecinueve y se estaba capacitando como ayudante de un profesor. Era por créditos adicionales y sólo se suponía que lo estaría haciendo por seis meses. Pero había algo en el contrato que firmó sobre fraternizar con estudiantes y lo que sea. De todos modos, Taylor se enteró y lo siguiente que supe, que estaba sentada en la oficina del decano con mis padres, siendo expulsada. Zach fue despedido y expulsado también. Fue arrestado y todo como si fuera algún criminal. Terminó mudándose de Mayferd, dejándome aquí para pudrirme. Así que, ahora ya sabes.

Siempre me había preguntado qué había hecho Nessie para ser expulsada de Vina. Le pregunté la primera vez que nos encontramos en el autobús, pero nunca lo dijo. Siempre me dijo que no podría manejarlo si sabía. Pensé que era debido a su fetiche de detención o quizás golpeó a otra chica. Cosas estúpidas y pequeñas, supongo que pensando en ello ahora era probablemente estúpido de mi parte. La gente no era expulsada por cosas estúpidas y pequeñas.

—¿Por qué haría eso Taylor? —pregunté finalmente.

La oí respirar profundamente.

—Por Adam.

Yo empecé:

—¿Adam? ¿Qué tiene que ver Adam con esto?

Nessie rió, el odio en su voz como un veneno tóxico. Podía sentir la amargura arrastrarse sobre mí incluso a distancia.

—Todo. Adam *siempre* tiene todo que ver con todo. Es mi gato negro, mi maldición. ¿Dramática? Quizás, pero muy cierto. Adam es la pesadilla de mi existencia.

—¿Qué hizo? —exigí, la irritación arrastrándose a través de mí.

—Taylor quería a Adam y lo que Taylor quiere, Taylor lo consigue. Es la versión femenina de Adam en ese aspecto. De todas formas, ella y Adam

se liaron y como toda chica que Adam mete entre sus sábanas, la dejó. Taylor viene a mí y me pide que haga que Adam vuelva a ella, como si tuviese ese tipo de poder o algo. Le dije que no lo haría, incluso si pudiera. Se suponía que era mi mejor amiga después de todo. Ahí es cuando descubrí que la única razón por la que alguna vez se hizo amiga mía era porque quería a Adam y yo era el boleto más rápido hacia él. Estúpida de mí, no recibí esa nota así que abrí mi corazón a ella sobre mí y Zach. Lo siguiente que supe, ella y Adam estaban juntos de vuelta y yo estaba esperando el autobús para una nueva escuela.

—Espera, ¿hiciste que ella y Adam volvieran a estar juntos y ella te reportó al Decano?

Nessie rió.

—Oh, Kia, eres tan estúpida para alguien tan inteligente. —Me recordé a mí misma que estaba molesta y no quiso decir eso, pero no pude evitar el fuerte repunte de ira antes sus palabras—. Yo era el medio para un fin. Consiguió lo que quería. No me necesitaba más, ni podía permitirse el lujo de mantenerme alrededor.

—Pero, ¿por qué? —dije, sin entender nada de eso—. Si consiguió lo que quería, ¿por qué no podía dejarte en paz?

—¡Porque! —espetóNessie—. Las chicas como Taylor y Claudia no necesitan una razón. Viven para hacer miserable a la gente. Además, hice lo impensable, le dije que no a Taylor. Le dije que no la ayudaría a meterse en la cama de mi hermano. Eso fue inaceptable. Era algo inaudito. Necesitaba irme antes de que mi enfermedad infectara a los otros.

Tenía sentido. No era una sorpresa que Nessie hubiera sido parte del grupo popular en Vina. Sabía que si hubiera querido, podría haber competido con Claudia cuando se cambió a la secundaria Margaretson. Sorprendió a más de una persona cuando abandonó eso por mí. Siempre había querido preguntarle, pero era una cobarde. No estaba segura de que me gustaría la respuesta. Así que nunca lo hice.

—¿Qué dijo Adam cuando se enteró?

Nessie resopló.

—¿Enterarse de qué? Nadie me escuchó. Mamá y papá fueron al instante al modo de limpieza, engrasándose las palmas para mantenerlo en secreto, no sé por qué. Toda la escuela sabía. Taylor se aseguró de eso. En cuanto a Adam, aún está durmiendo con ella.

Casi me atraganté a mi pesar.

—¿Qué?

Más que contestarme, Nessie dijo:

—¿Recuerdas aquella chica con la que estaba obsesionado como hace una semana? ¿La que conoció en la fiesta de Halloween? —No esperó a que respondiera mientras continuaba—. Ya la superó. Estuvo con Claudia toda la semana pasada en su casa y la única razón por la que vino a esquiar con sus amigos fue por Taylor. Está con ella ahora.

Me estaba tirando cosas demasiado rápido. Cada nueva pieza de información se estrellaba en mis entrañas, dándome ganas de doblarme de dolor.

—¿De qué estás hablando? —Estaba temblando—. ¿A qué te refieres con que estuvo con Claudia y Taylor? —exigí, mi voz temblorosa.

—*Estuvo* no... ¡está! —Pateó las sábanas de sus piernas—. Está viendo a ambas. Por supuesto que ninguna sabe sobre la otra, ¿y por qué sabrían? Van a escuelas diferentes y salen con diferentes amigos. Él es muy parecido a Gary. Gary solía decirme lo mucho que me amaba y que nada podría cambiar eso, ni siquiera si dormíamos juntos. Mira lo que pasó. Se metió en mis pantalones y me cambió por otra chica mientras toda la escuela piensa que soy una puta porque fui lo suficientemente estúpida de contarle sobre Zach, porque le creí cuando dijo que me amaba, porque estoy desesperada y soy estúpida... y estoy sola... —Su voz se quebró—. Pero no puedo confiar en nadie. Todos me usan.

Ignorando la lenta desintegración de mi corazón, me arrastré hacia ella y la atraje a mis brazos.

—Puedes confiar en mí —le dije—. Nunca te lastimaría.

Me alejó.

—No te creo.



Ella estaba herida, era todo lo que podía decirme mientras dejaba a mi amiga acurrucada en la cama y bajé las escaleras en silencio. Realmente no quiso decir lo que dijo. No era verdad. Adam no era como Gary. Tenía que creer eso. Necesitaba creer eso. Aún así me quedé pensando sobre la forma en que Taylor se había envuelto alrededor de él en la montaña la mañana que habíamos ido a esquiar y más vivamente que eso, me acordé de Claudia y su observación hacia mí la última vez que habíamos hablado.

—Vamos a salir este fin de semana. Supongo que no robaste su corazón tan bien como pensabas.

No le había creído porque ella era Claudia y yo no era lo bastante estúpida para creer nada de lo que dijera. ¿Y si me había estado diciendo la verdad? ¿Y si él había pasado de aprender mi secreto para saltar a la cama con ella?

¡No! No, ¡Adam no haría eso! No lo haría.

Me deslicé en el primer escalón de las escaleras, no queriendo volver a la habitación con Nessie, pero no saboreando la idea de unirme a sus padres en la planta baja tampoco. En realidad, quería irme. Quería salir de la casa y correr, lo cual era un gran problema para mí ya que odiaba correr.

La solución más lógica en una situación como esta era confrontarlo, preguntarle por la verdad, pero si era como Nessie lo pintó, ¿podía creerle? Era su hermana después de todo. ¿Quién lo conocía mejor? Y no era como si pudiera preguntarle a sus padres. Luego estaba Kenny. Podía preguntarle a él. Pero era el mejor amigo de Adam. Era su trabajo cubrirlo como yo cubriría a Nessie. Podía confrontar a Claudia, pero eso no serviría de nada en absoluto. Ella diría que sí sólo para lastimarme. Y luego estaba Taylor. No tenía idea de cómo contactarme con ella e incluso si lo supiera, probablemente sólo la golpearía.

Dejé caer mi rostro en mis manos, debatiendo entre dos posibilidades, dos realidades duras. Podía ignorar a Nessie sólo para descubrir más tarde de una manera más cruel que había estado en lo cierto, o podía creerle a ella

y... ¿qué? ¿Irme? ¿Dejar ir a Adam? Ese parecía ser siempre el juego, dejar ir a Adam. A decir verdad, me estaba severamente cansando de siempre tomar la decisión.

Mi mano fue hacia el cisne escondido debajo del cuello de mi camiseta como un sucio secreto y me pregunté si el cosmos estaba tratando de decirme algo.



Nessie se quedó en la cama por el resto del día. La Sra. Chaves me envió arriba un par de veces para tratar de despertarla, pero me dijo que me fuera y yo no estaba de humor para discutir.

Estaba ayudando al Sr. Chaves con la cena, un recalentamiento de la comida de Navidad cuando sonó el teléfono. Mi corazón saltó un poquito mientras observaba a la Sra. Chaves atendiendo. Esperaba que fuera Adam, pidiendo un viaje de regreso.

No lo era.

—Sí, está aquí. Por supuesto. ¿Está todo bien? ¡Oh, mi Dios! Sí. Sí, lo haremos. Un momento.

La preocupación y solidaridad en sus ojos hizo que me subiera el corazón a la garganta. Tomé el teléfono y lo presioné contra mi oreja.

—¿Hola?

—Kia, es mamá.

—Oye. ¿Todo bien?

—Ha habido un accidente. Joanne está en el hospital.

—¡Oh Dios mío! ¿Está bien?

—Está bien. Tiene un brazo roto y algunos moretones.

Exhalando de alivio, cerré mis ojos.

—¿Quieres que vaya a casa?

—¿Te importaría? La mamá de Nessie dijo que te traería si tú...

—Voy por mis cosas.

Colgué y me apresuré a subir las escaleras. Nessie estaba dormida —o haciendo una gran imitación de dormir— mientras empacaba. Traté de despertarla, pero casi me golpeó un ojo así que la dejé sola. En la planta baja, el Sr. Chaves me estaba esperando con las llaves en la mano. Me sonrió amablemente mientras abría la puerta.

Le agradecía a la Sra. Chaves por invitarme y por todos los impresionantes regalos. Me abrazó, lo que era extraño porque nunca había sido abrazado por el padre de alguien más antes.

—Fue maravilloso tenerte aquí, Kia. Prácticamente eres parte de la familia.

No dije nada, pero le sonreí antes de pasar por la puerta luego del Sr. Chaves. En el auto, cargó mi mochila en el maletero. Subimos y nos fuimos.

Llegué a casa casi dos horas más tarde. A decir verdad, no podría haber estado más feliz. La familia Chaves era genial, pero era demasiado para tomar de un solo golpe. Fue agradable finalmente poder respirar de nuevo sin preocuparme por ofender a alguien.

Le agradecí al Sr. Chaves y me apresuré a entrar con mi mochila auestas.

Mamá y Joanne ya estaban en casa cuando corrí escaleras arriba a su habitación. Me detuve en la puerta.

Estaba sentada en la cama, su brazo derecho envuelto en un yeso blanco. De lo contrario estaba ilesa. Entré en la habitación, alertando a las dos sobre mi presencia.

—¡Kia! —Joanne sonrió cuando me vio—. No tenías que venir a casa.

Solté un bufido.

—Claro que sí. Fuiste herida.

Sonrió entre lágrimas.

—Aw, te quiero.

Miré entre ellas.

—¿Van a decirme cómo sucedió?

Intercambiaron miradas avergonzadas y me di cuenta que no quería saber.

—¿Cómo estuvo tu Navidad? —preguntó mamá, cambiando con mucho tacto de tema—. ¿Te divertiste?

Exhale, dejándome caer en la silla al lado de la cama. Sin vacilar, les conté todo desde el momento que llegamos allá hasta el momento que me fui. Incluso le conté sobre las cosas que compartimos Adam y yo. Esa era la belleza de mi mamá y Joanne, nunca juzgaban.

—Pensé que no estaría allí —dijo Joanne.

—No estaba, pero aparentemente decidió aparecerse en la oscuridad de la noche y trató de meterse en la cama conmigo.

—¿Te hubiera importado? —dijo mamá, cruzando los brazos—. Ciertamente no parecía que así fuera.

Puse mis ojos en blanco.

—El hecho de que dije que no, debería sumarme puntos.

—Bueno, estamos orgullosas de ti por mantener tu postura —dijo Joanne—. Por lo que nos has dicho, es una galleta caliente para ignorar.

Pensé en una caliente y deliciosa galleta y tan mala para mí y tuve que estar de acuerdo con la comparación.

—Bueno, que él sea una galleta no me ayuda a decidir qué hacer ahora.

—Diría que hablar con él sería tu próximo curso de acción —dijo mamá, pero no sonaba contenta con eso.

Joanne asintió.

—No puedes tomar lo que dijo Nessie seriamente sobre relaciones cuando recientemente le han roto el corazón. Hablaría con Adam.

Negué con la cabeza.

—No es eso. No me importa eso ahora. ¿Qué pasa con Nessie y esos mensajes de texto horribles? Sé que me dijo que no le dijera a sus padres, pero... debo decirle a alguien, ¿no? Me refiero a que eran graves.

Mamá y Joanne intercambiaron miradas.

—Creo que, absolutamente, deberías decirle a alguien —dijo mamá, por fin, volviéndose hacia mí.

—No sé —murmuró Joanne—. Creo que le toca a ella. No es como si alguien la estuviera amenazando. Creo que darle aún más atención a ello solo empeorará las cosas.

—¿Y cómo se supone que alguien se entere si empiezan a amenazarla? —exigió Mamá—. No es como si estuviera haciendo algo al respecto.

—Creo que necesita manejar esto por su cuenta —contrarrestó Joanne—. Estoy segura de que va a acudir a alguien cuando sienta que lo necesita.

—¿Lo hará, o será como una de esas chicas que hacen algo horrible, porque se sienten atrapadas?

Me lancé a mis pies, incapaz de estarme quieta por más tiempo.

—Nessie no haría eso —le dije, dándome cuenta con sorpresa de que estaba temblando.

Mamá corrió hacia mí y puso sus brazos a mi alrededor.

—Por supuesto que no lo haría.

—Voy a llamarla —le dije, apartándome—. Creo que puedo convencerla de decirle a alguien.

Mamá me besó en la mejilla.

—Bueno. Haznos saber si necesitas ayuda.



No me gustaba que Joanne hubiera sido herida, pero me dio una razón para volver a casa. Tal vez fue el aislamiento de la cabaña y el contacto

cercano con tanto drama, pero mi Navidad con la familia Chaves había sido interesante, sino un poco frustrante. Había algo que decir acerca de la distancia despejando la cabeza de una persona. No sirvió de nada que no viera a Adam por casi dos semanas. No estaba segura de si eso era algo deliberado porque todavía estaba molesto conmigo, o porque había estado demasiado ocupado, pero esperaba que esto último no tuviera nada que ver con Taylor.

El hecho de que supiese que Nessie estaba todavía en las montañas y no había devuelto ni una sola de mis llamadas hizo también preguntarme si tal vez él habló con ella y ella lo rechazó como ya había imaginado que lo haría, sobre todo después de lo que me contó sobre Taylor. Su desaprobación de que Adam salga con sus amigas tenía sentido después de eso. Pero fui su amiga desde antes de conocer a Adam y aún después. Nessie era como una hermana para mí. Quién era su hermano no tenía nada que ver con eso. Sin embargo, odiaba la idea de que Adam se diera por vencido tan fácilmente, aunque no podía decir que me sorprendía. Ojalá hubiera estado allí cuando... si él había hablado con ella, para poder al menos saber si esa era la razón por la que no me hablaba. Toda la desaparición misteriosa había causado que me preocupara de haber logrado lo que más temía: la pérdida de mi amiga.



Aparte de las antiguas decoraciones de Navidad que había que quitar, el trabajo no había cambiado en lo más mínimo. Ángel me saludó con su habitual alegría y me dejó a cargo de la parte delantera, mientras él hacía una comprobación en la trastienda. Era algo agradable volver a la rutina de las cosas. No trabajar por una semana no me hizo realmente daño económicamente. El dinero que ganaba, por lo general iba para la compra de libros de todos modos, pero había perdido la previsibilidad del mismo. Me atrevería a decir, que incluso extrañaba el sombrero.

Estaba nevando, el mundo afuera de las ventanas era un globo de nieve de emoción. Las personas se apresuraban, las cabezas se agachaban contra los pequeños copos. Por extraño que parezca, a pesar del tiempo, la gente estaba realmente llenando el restaurante. La mayoría de las mesas lo estaban, pero sólo reconocí dos caras.

Gary Hines.

Él tenía su brazo envuelto alrededor de la chica que había visto en la foto, una cosa bonita con piel de alabastro suave y grandes ojos marrones. Llevaba un toque de color rosa que hacía juego con la bufanda alrededor de su cuello. Rizos castaños colgaban sobre los hombros y bajaban por la espalda. Ella se acurrucó en el costado de Gary como si separarse de él fuera simplemente insoportable. Quería lanzar un dispensador de servilletas en sus cabezas.

Detrás de ellos, dos chicas entraron, sacudiendo la nieve de sus bufandas y chaquetas. Ellas eran parte del grupo de Gary y me pregunté si él estaba durmiendo con todas ellas. Improbable, pero no pude evitarlo. El impulso de marcharme de allí con una sartén era un poco difícil de superar. El tipo tenía un poco de nervio usando a Nessie de esa manera y luego juntándose con otra chica sin siquiera decirle a Nessie. Él no tenía derecho a estar allí, sonriendo y haciendo caritas cuando mi mejor amiga era miserable. Sabía que, a pesar de las palabras de Nessie, realmente le importaba Gary, lo que hacía que mi necesidad de golpearlo fuera mucho más sanguinaria.

—Um, ¿disculpa?

Parpadeé y miré a la cara de las dos chicas que Gary había traído con él. No era la guapa morena que estaba constantemente tratando de ahogar a besos, sino sus amigas.

—Sí, hola. Lo siento. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Um, nos gustaría el número dos, ocho y... —Se volvió hacia su amiga de nariz respingona arrugada—. ¿Acaso Gary dijo que quería un nueve o un tres?

Su amiga se encogió de hombros.

—Creo que él no dijo nada en absoluto. Estaba demasiado ocupado tratando de entrar en los pantalones de Steph.

La primera chica se volvió hacia mí.

—Un tres y un uno, por favor.

Marqué en ello, apuñalando las teclas un poco más fuerte de lo necesario. Una parte de mí se preguntaba si podría obviar mi moral sólo una vez y conseguir que Jerod escupa en la comida de Gary.

—Dios, ¿tiene que hacer eso a todas partes que vamos? —murmuró la segunda, cruzando los brazos.

—Lo sé, ¿verdad? Ni siquiera sé por qué Steph nos invitó si ella iba a estar besándose con él toda la noche.

—Creo que siente lástima por él por lo que pasó con su ex.

La primera chica hizo una mueca.

—Ugh, ¿verdad? Qué perra.

—¿Te refieres a Vanessa Chaves? —solté antes de que pudiera detenerme.

Las dos me miraron.

—Sí, ¿la conoces? —preguntó la segunda.

Me encogí de hombros, tratando de verme indiferente al respecto.

—Algo. ¿Qué pasa con ella?

La primera de ellas se inclinó antes de que la segunda pudiera hablar.

—Sabes que estaba saliendo con Gary, ¿verdad? —Ante mi asentimiento, continuó—. Bueno, él se enteró que ella ha estado durmiendo con todo el equipo de fútbol a sus espaldas. Al parecer, hizo lo mismo en su antigua escuela. Asqueroso, ¿verdad?

—Además, Gary dice que es una mimada, perra quejumbrosa.

La primera de ellas asintió.

Las ganas de golpear mis puños en el rostro de Gary se intensificaron, pero sonreí amablemente a las dos que me miraban y les di su total. Les dije que iba a llevar su bandeja, que era algo que normalmente no hacíamos, pero estaba dispuesta a hacer una excepción.

Cuando su pedido llegó, cogí la bandeja y me dirigí alrededor de las mesas para pararme sobre ellos. Las dos chicas me vieron inmediatamente

y se enderezaron en previsión de su comida. Gary y Steph seguían con los labios pegados, hasta que dejé la bandeja.

—Aquí tienen —dije, desempolvando mis manos. Miré a Gary y dejé que mis ojos se ampliaran como platos—. ¡Oh Dios mío, Gary! ¡Hola!

Gary parpadeó. Sus ojos se abrieron.

—¡Kia... hola!

Lo corté rápidamente.

—Vaya, qué genial es encontrarme contigo aquí. ¿Cómo has estado? ¿Cómo está la erupción? No se ha propagado, ¿o sí? Espero que estés usando la crema dos veces al día según las indicaciones. Pero estás sentado de nuevo y en citas, así que supongo que está funcionando, o al menos las ampollas se han ido. —Me reí ligeramente—. De todos modos. Fue tan agradable verte de nuevo. Disfruten de su comida. Hasta luego.

Me apresuré a irme antes de que la sorpresa pudiera desaparecer de su rostro. Los movimientos de pies y el chirrido de las sillas al ser empujadas hacia atrás me hizo mirar atrás una vez para ver cuando las tres chicas saltaban de la mesa, haciendo caso omiso del chisporroteo de protesta de Gary y huían a la puerta. Sonreí interiormente. ¡Toma eso, idiota!

—¿Kia?

Me di la vuelta ante el sonido de mi nombre. Mi sorpresa y alegría, crecidas, cuando vi a Adam cortando su camino a través de la habitación hacia mí.

—¡Adam, hola!

Se detuvo frente a mí, con el cabello en desorden con pelusas de nieve derritiéndose. Se aferraban a sus pestañas, haciéndolas brillar. Tuve que resistir la tentación de pasar mis dedos por encima de él, quitando cada copo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté en su lugar.

—Quería venir antes, pero...

—¡Estúpida perra! —Cargó Gary en camino hacia nosotros, su rostro un tono espeluznante de rojo.

Uh oh...

—Adam, tienes que ir...

Adam no me escuchaba. Había volteado su cuerpo y se quedó como una pared entre Gary y yo. La tensión recorría a lo largo de la anchura de sus hombros y corría hasta los puños apretados a los costados.

—¿Hay algún problema aquí? —dijo con una extraña calma.

—Sí, hay un problema —ladró Gary—. Estás parado en mi camino.

Adam no se movió.

—Tienes que alejarte. Ahora.

Gary miró a Adam como si hubiera hablado Klingon¹.

—¿Discúlpame? ¿Quién diablos eres tú?

—Voy a ser tu peor pesadilla si no te vas —respondió Adam con la misma uniformidad.

Gary se irguió en toda su estatura, que no era mucho más que Adam.

—Escucha, no sé quién eres y me importa una mierda, pero este no es tu problema. Fuera de mi camino.

Los ojos de Adam se estrecharon.

—Fuera de mi vista.

Toqué el brazo de Adam.

__Adam...

—¿Adam? —Gary entornó los ojos color avellana—. ¿El hermano de Vanessa, Adam? —Él no esperó una respuesta. Sus ojos brillaron—. ¿Ella te metió en esto?

¹**Klingon:** El idioma klingon es una lengua construida y artística, desarrollada para los estudios Paramount Pictures, como lengua vernácula de la raza klingon en el universo de StarTrek.

—No sé de qué estás hablando —murmuró Adam.

—Bueno, no va a funcionar. Ella fue divertida y, sí, es súper caliente, pero eso es todo lo que tiene a su favor. Es tan superficial y estirada como un palo. Además, todos sabemos acerca de Vina y por qué la echaron. Tu hermana es una puta. No voy a donde la mitad de los hombres en Mayferd ya han ido.

Adam lo golpeó. Fue un rápido, duro golpe directo en la mandíbula que envió la cabeza de Gary hacia atrás y sangre brotando de su labio inferior. Se tambaleó bajo el golpe, chocando en una mesa y enviando sillas estrellándose contra el suelo. Los otros clientes se quedaron sin aliento y juré por dentro.

—Adam —le susurré, agarrando su brazo antes de que pudiera pensar en golpear a Gary de nuevo.

—No mereces a mi hermana. —Él me quitó de encima y cerró el espacio que lo separaba de Gary—. Si te veo cerca de ella o Kia de nuevo, voy a hacer más que quebrantar tu ego. Ahora sal.

Gary se enderezó. Tiró el cuello de su chaqueta mientras fulminaba con la mirada a Adam. Revolvió una mano por su pelo.

—Si conocieras a tu hermana, estarías de acuerdo.

Con el ceño fruncido hacia mí, se volvió y salió dando pesadas zancadas, dejando tras de sí una ráfaga de aire frío proveniente de la puerta. Los otros clientes volvieron a sus comidas, ya no interesados ahora que no parecía ser una pelea.

Adam se volvió hacia mí, frotando sus nudillos.

—¿Supongo que era Jerry?

Me reí a pesar de todo.

—Gary, y sí. —Alcancé su mano—. ¿Estás bien?

Hizo un gesto restándole importancia.

—Bien. ¿Qué fue eso?

Hice una mueca.

—Bueno, yo... —Me aclaré la garganta y me acerqué a la caja registradora—. Podría haber dicho algo no muy agradable delante de su cita. ¿Qué estás haciendo aquí?

Estaba sonriendo mientras se abría camino hacia mí.

—Iba a preguntarte si querías cenar conmigo esta noche.

—¿Cenar?

Su ceja se alzó.

—Es una forma de consumir nutrientes y conversar. Generalmente requiere dos personas yendo a un lugar, preferiblemente juntos.

—Sé lo que es una cena, sólo que... —Negué con la cabeza—. ¿Has hablado con Nessie?

—Todavía no, pero eso era algo de lo que quería hablar contigo... en la cena.

Fruncí el ceño.

—¿No se lo has dicho?

Negó con la cabeza.

—Lo haré. No he tenido la oportunidad...

—¿Dónde está ella entonces? He estado tratando de llamarla desde el día después de Navidad. No contesta mis llamadas o mis correos electrónicos. Pensé que me estaba evitando porque le dijiste.

—No, no lo he hecho. Tampoco he visto ni hablado con mi hermana desde casi el mismo momento.

Me puse rígida.

—¿Qué quieres decir? Estaban en las montañas juntos. ¿Ella está bien...?

Puso sus manos en alto.

—Tranquila. Está bien. Ha estado de mal humor en su habitación, bajando a escondidas por la noche cuando todos duermen, para comer. Está

volviendo lentamente loca a mi mamá. Sigue dejando sus platos sucios en el mostrador.

Exhalé.

—Todavía debe estar lastimada por lo que Gary hizo.

Adam frunció el ceño.

—¿Qué hizo?

Negué con la cabeza.

—Te voy a decir durante la cena.

Sus ojos se iluminaron.

—Entonces, ¿estás aceptando?

Sonreí, sacando una caja de servilletas de debajo del mostrador.

—Se ve de esa manera. Además, quiero hablar contigo acerca de algo también.

Me miró de soslayo con cautela.

—Uh oh, no estoy seguro de que me guste ese tono.

Me eché a reír.

—¿A qué hora sales?

Hicimos los arreglos para que me recogiera después del trabajo. Terminé mi turno con la mitad de la mente perdida ante todo lo que me gustaría hablar con él y cómo le preguntaría si él era un imbécil infiel.

12

Adam

Traducido por IvanaTG & Otravaga

Corregido por Helen1

No fue una sorpresa cuando llegué a casa y mamá y papá se habían ido. La casa tenía una extraña calma con la que estaba muy familiarizado. La nota en la nevera me decía que habían vuelto a la oficina y que Vanessa se encontraba en su habitación. Estrujé la nota y la tiré a la basura. Oficialmente las cosas estaban de vuelta a la normalidad. Las vacaciones terminaron y con ello, el tiempo de diversión familiar. La mayoría de la gente no creería lo poco que veíamos a nuestros padres por ser un par de dentistas. Pero pasaban la mayor parte, si no todo su tiempo, en la oficina, con el descanso ocasional para viajar por las conferencias. No eran padres negligentes. Ellos solo creen en el trabajo duro y el éxito, y por eso nunca entendieron la falta de compromiso con nada de Vanessa. Gary tenía razón en una cosa, ella era superficial y egocéntrica. Lo máximo que la había visto preocuparse por alguien, era por Kia, e incluso entonces, había veces en que aún lo olvidaba. Como alguien que creció con ella, sus momentos de mezquindad pasaban desapercibidos, pero podía ver dónde las personas llegaban a molestarse.

Llamé a su puerta.

—Van, necesito hablar contigo.

Un momento de silencio, y luego:

—No estoy aquí.

Puse los ojos en blanco y entré de todos modos.

La habitación estaba a oscuras, excepto por el resplandor naranja de la luz empujando contra las persianas bajas. El suelo era una mina terrestre de ropa, zapatos, libros y discos compactos. Me las arreglé para no pisar más de eso mientras me abría paso hasta la cama, donde podría distinguir la figura inmóvil tumbada debajo de la manta.

—Dije que no estaba aquí —gruñó, su voz amortiguada por la almohada.

—Y claramente no te creo. Imagina eso.

Casi podía oírla poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres?

A *Kia*.

—Que me hables sobre lo que pasó con Gary.

Soltó un bufido.

—¿Por qué? No es como si alguna vez te importara antes.

—Es cierto, pero quiero escucharlo ahora.

Las sábanas crujieron.

—¿Por qué? ¿Soy tu nueva caridad del mes? Estoy segura de que tus padres no aprobarían tu elección.

Suspiré.

—También son tus padres, Van.

—¿Lo son? No han sido mis padres en años. La única familia que tengo ahora es *Kia*, razón por la cual no puedes tenerla.

Me puse rígido.

—¿Qué?

—Sé todo acerca de lo que ustedes hacen secretamente a mis espaldas. Claudia tuvo la gentileza de enviarme las bellas imágenes de ustedes en su

fiesta, a la que ninguno de los dos se molestó en decirme que fueron...
¡juntos!

—¡No fuimos juntos! —respondí—. Ni siquiera sabía que era Kia.

Las mantas se agitaron cuando los empujó y se sentó.

—Lo sé. A diferencia de ti y de mi supuesta amiga, Claudia ha sido muy generosa con la información en los últimos días.

Fruncí el ceño.

—No puedes confiar en ella.

—Dice el mentiroso. —Se rió con frialdad—. Pero sí, creo que no sabías que era ella. Finalmente uní las piezas, ya sabes, acerca de cómo Kia es la misteriosa chica que has estado buscando. Papá estaría muy orgulloso si supiera que lo hice todo por mí misma.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes?

—¿Que ustedes estaban engañándome a mis espaldas? Desde nuestro viaje de compras a través de Whistler.

Recordé vagamente el mensaje de texto que ella obtuvo esa tarde. Fui eclipsado por el golpe que me dio un minuto más tarde, pero me acordé.

—Sabes que nunca tuvimos la intención de que eso sucediera, ¿no?

—¿Te refieres a que nunca quisiste poner accidentalmente mi examen reprobado de historia en la mesa de la cocina para que mamá lo encuentre, así podías llevar a Kia al carnaval? ¿O qué nunca tuviste la intención de dormir con Taylor? ¿O cómo nunca tuviste la intención de quitarme a Kia?

No tenía ni idea de cómo sabía acerca del examen, pero me alegré por la oscuridad, ya que ocultaba mi mueca.

—Lo siento por el examen. Fue bajo, y ya te dije que lo lamentaba sobre lo que pasó con Taylor. Pero Kia no es Taylor.

—No, no lo es, por lo que no puedes tenerla.

Me dolían las entrañas. Apenas lograba mantener mi voz firme.

—¿Por qué?

—Porque es la única cosa que no me has quitado. Has arruinado mi vida por lo demás, así que es un poco agradable verte sufrir por una vez.

Sentí mi ira saltar y tuve que sofocarla para mantenerme bajo control.

—¿Le harías eso a ella? ¿A mí?

—A ella... ¡no! Quiero que sea feliz. La quiero como a una hermana. A ti... sí. Lo haría. Felizmente. Quiero ver que finalmente no consigas lo que quieres. El perfecto Adam finalmente consigue lo que se merece.

Quedé horrorizado por el veneno en su voz.

—¿De verdad me odias tanto?

—¡Sí! —Su grito atravesó la habitación antes de que pudiera terminar de hablar—. Te odio. Odio lo perfecto que mamá y papá piensan que eres. Odio que nadie te diga no. —Apartó las mantas y se puso de pie—. Odio que puedas tomar lo que quieras y sin importar cómo le duele a alguien más.

—Nunca te he quitado nada.

Se echó a reír, fría y amarga.

—Me has quitado todo. Eres la razón por la que perdí a Zach. Eres la razón por la que todas mis amigas me usan para llegar a ti. Eres la razón por la que mamá y papá piensan que hay algo mal en mí porque no soy como tú. Pero no esta vez. Kia es mía.

Di la vuelta para irme, antes de golpear a mi propia hermana.

—¿Sabes por qué la elegí?

Miré por encima del hombro.

—¿Qué?

—Como amiga —murmuró—. Porque es el tipo de chica a la que ningún chico alguna vez presta atención. Es tranquila, tímida y en realidad tiene cerebro. Pensé que eso sería suficiente para mantenerte alejado de ella.

Pensaba que iba a ser lo suficientemente inteligente como para no caer en tus mentiras. Me decepcionó. Es igual que Taylor.

—No es nada como Taylor. Taylor fue un error para ambos. Me importa Kia.

Soltó un bufido.

—No, no lo haces. Te encanta la persecución.

—No hay ninguna persecución. —Giré sobre mis talones para mirarla—. La amo, Vanessa. Quiero estar con ella y si fueras alguna clase de amiga, no le harías decidir entre nosotros.

—¿Y por qué no? ¿Temes que me escoja?

Negué con la cabeza.

—Sé que lo hará porque esa es la clase de amiga que es Kia. Es leal y te quiere. ¿Pero puedes vivir contigo misma sabiendo que pones tus propios deseos egoístas delante de alguien que se preocupa lo suficiente por ti como para renunciar voluntariamente a su felicidad porque tú se lo pediste?

—¿Qué hay de mí? —gritó—. ¿Qué hay de mi felicidad? ¿No merezco ser feliz, Adam? ¿No merezco a alguien que me ame? ¿Por qué eso me convierte en egoísta? ¿Por qué me convierte en una mala persona?

—No lo hace, pero quitarle la oportunidad a otra persona de ser feliz, lo hace, sobre todo si dices que te importa.

Se alejó de mí y se fue a la mesita de noche. Luz iluminó la habitación mientras encendió la lámpara. Sus ojos azules estaban húmedos y enrojecidos. Eran también el único color en contraste con su pálido rostro, manchado de lágrimas, mientras me miraba.

—Sí me importa Kia, por lo que no voy a dejar que le hagas daño.



Para el momento en que me duché y vestí para mi cita secreta con Kia, estaba casi seguro de que me encontraba en completo control de mis acciones. Tenía todo bajo control, menos el furioso deseo de hacer

agujeros en la pared. Me asustaba aún más, el hecho de que no me hallaba enojado con Van. Todo lo que dijo fue normal para ella. Estaba enojado conmigo mismo por ser tan estúpido. Si no hubiera caído en la trampa de Taylor, nada de esto hubiera ocurrido. Van no tendría ninguna razón para odiarme. Nunca habrían tomado represalias contra ella por involucrarse con Zach, así no hubiera sido expulsada y yo probablemente habría conocido a Kia en circunstancias normales. La habría invitado a salir, habría dicho que sí y las cosas estarían bien. Van estaba en lo cierto. Todo fue mi culpa. Pero a pesar de eso, era demasiado egoísta como para dejarlo ir, dejar ir a Kia. Todavía la quería. Todavía quería convencer a Van de dejar que suceda, porque sin la aprobación de Van, Kia nunca nos aceptará. Esa molesta característica lealtad que tenía era a la vez un rasgo entrañable y frustrante. En aquel momento, era solo una molestia.

¿Cómo podría Kia, alguien tan inteligente, no ver lo que estaba haciendo Van? ¿Cómo podía dejarse participar en esa trampa? Si ella se preocupaba por mí la mitad de lo que dijo, ¿por qué no, solo por una vez, me escogía? Para alguien que nunca había llegado en segundo lugar a cualquier cosa, no podía decir que me gustaba la posición en la que me estaba poniendo.

Seguía nevando cuando llegué al costado de la acera al lado de Taco-Taco. Todo era una ráfaga de blanco que le daba al mundo una tranquila apariencia. Una persona extraña corrió por la acera, pero aparte del calor volando a través del coche, estaba tranquilo.

Kia apareció en Taco-Taco justo a las siete. Saludó con la mano por encima de su hombro mientras se apresuraba a través de la puerta. La vi entrecerrar los ojos hacia arriba y abajo de la carretera, probablemente buscándome. Observé la manera en que el frío ponía color a sus mejillas y la forma en que se mordía el labio. Contemplé los copos aferrándose a su cabello y abrigo. Se veía tan adorable que dolía. Sentí un giro físico en mi pecho como si me hubieran dado un puñetazo.

Trabajando a través del dolor, abrí la puerta y salí. Pero el giro solo se amplificó cuando me vio y todo su rostro se iluminó como si estuviese en Navidad cuando abrió mi regalo.

—¡Oye! —corrió hacia mí—. Pensé que tal vez te habías olvidado de mí.

No hablé. No pude. La vibración demasiado real seguía carcomiendo un agujero en mi pecho. Actué en su lugar. La tomé de la cintura y tiré de ella hacia delante. Ahogué su jadeo con un beso que latía con toda la rabia dentro de mí.

Cuando me retiré, ella estaba sin aliento y con sus ojos brillantes. Sus labios estaban húmedos y tan rosados como sus mejillas.

Me sonrió.

—Me extrañabas, ¿eh?

Me reí y moví a un lado un mechón de pelo fuera de su ojo.

—Sí, lo hice.

Tomando su mano, la guíe al lado del pasajero y abrí la puerta. Esperé hasta que estuviese adentro antes de cerrar la puerta y hacer mi camino a mi asiento.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó, poniéndose el cinturón de seguridad.

No había pensado en eso, pero tenía una idea.

—¿Tienes ganas de un paseo? —pregunté.

Sonrió.

—Sí, tengo, en realidad.

Tomé su mano sobre la consola mientras conducíamos. Sus dedos eran pequeños y cálidos entrelazados con los míos. Su piel era suave, excepto donde había una pequeña costra en su nudillo.

—Tuve un incidente —dijo cuándo mi pulgar vagó sobre ella—. Estaba buscando algo debajo del mostrador y me corté en la parte superior. No me dolió.

Me reí en voz baja y llevé la lesión a mis labios. Ella apretó mis dedos.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó—. Pareces distraído.

¿Qué no estaba en mi mente? Mis padres me estaban presionando para que empiece más horas en su clínica odontológica donde practicaba los

fines de semana. Kenny se encontraba presionándome para pasar el rato con Taylor y el grupo, más de lo que me importaba. Mi hermana me estaba empujando a mantenerme alejado de Kia, y si todo eso no fuera suficientemente malo, tenía la práctica de un deporte que ni siquiera me gustaba, a las cuatro de la mañana lo que significaba menos tiempo con Kia. Cuando los dolores de cabeza se fueron, sentía el comienzo de uno grande.

—Estoy bien.

¿Qué otra cosa podía decir? Apenas podía decirle, que su mejor amiga quería hacernos miserables para hacerme pagar por algo por lo que ya me disculpé un millón de veces. Ni siquiera estaba seguro de cómo decirle a Kia. Todavía había una gran posibilidad de que ella eligiera a Vanessa sobre mí. Ya lo había hecho varias veces.

—¿Adam? —El suave tirón de su mano me empujó de vuelta al presente y me aclaré la garganta.

—¿Sí? Lo siento.

—Te pregunté si estabas seguro.

Debo decirle. Estaba en la punta de mi lengua. Odiaba mentirle. Se merecía la verdad. Merecía saber dónde estábamos.

Después de la cena.

Quería nuestra cita. Quería esa noche con ella, más que nunca si eso significaba que había una posibilidad de que podría ser la última. Quería convencerla de que... ¿Qué? ¿Que necesitaba deshacerse de su amiga y estar conmigo? Sonaba ridículo y no podía hacer eso. Le diría y de alguna manera encontraría la forma de aceptar cualquier decisión que ella tome.

—Sí, estoy seguro. —Besé sus dedos.

El restaurante de carnes estilo rural era uno de mis favoritos. Ellos sirven uno de los mejores bastidores de costillas del mundo, en mi opinión. Durante años, fue mi escondite secreto y no me hallaba seguro de por qué lo estaba compartiendo ahora, pero tuve la sensación de que Kia lo disfrutaría y quería que fuera especial.

Abrí la puerta para ella y fuimos recibidos por un muro de especias, salsa de barbacoa, carne asada y verduras al vapor. Quería bañarme en las cosas, pero le robé una mirada a Kia, curioso por ver lo que pensaba.

Me sonrió, pero no dijo nada.

Nos llevaron a una cabina de la esquina y fuimos a esperar a la camarera. Tomé mi menú.

—Está bien, suéltalo.

Me estremecí.

—¿Qué?

Kia arqueó una ceja secamente.

—No me vengas con eso. Sé que algo ha estado en tu mente desde que entramos en el coche. ¿Qué es?

Arrastré el menú recubierto de plástico hacia mí.

—¿Soy tan fácil de leer?

—Estás leyendo tu menú al revés.

Lo estaba.

Suspiré y dejé caer el menú.

—Primero dime de lo que querías hablar.

Sus ojos se estrecharon.

—Evades la pregunta. No estoy segura de qué sentir acerca de eso.

—No estoy evadiendo la pregunta. Todavía voy a responder, pero necesito algo de tiempo para componer una respuesta.

Su sonrisa se desvaneció.

—Nunca es bueno oír eso. ¿Qué pasó?

Negué con la cabeza.

—Tú primero. Por favor.

Se humedeció los labios y se echó hacia atrás. Sus dedos se unían en la esquina del menú. Su nerviosa inquietud me ponía nervioso.

—Sé de Claudia y Taylor —murmuró al fin. Hizo una pausa y puso los ojos en blanco—. Bueno, no sé acerca de ellas, pero sé que has estado viéndolas. Supongo que eso es cómo lo mismo, ¿no es así?

Puse una mano sobre su menú, deteniendo el ruido de aplausos que estaban haciendo las dos piezas de plástico bajo su tenso jugueteo.

—¿De qué estás hablando, Kia?

Inhaló profundamente, mirándome de soslayo antes de encontrar mi mirada.

—¿Estás saliendo con alguien, específicamente Claudia y Taylor? Pero si tienes una lista, también me gustaría saber eso.

Alejí mi mano.

—¿Quién te dijo que estaba viendo a Claudia y Taylor, o cualquier otra persona?

Su mirada cayó lejos de la mía y la respuesta fue como una bofetada... Van.

—Nessie mencionó que estuviste viendo a Claudia desde aquella tarde en la escuela y tú y Taylor se habían estado viendo por un tiempo... —Se interrumpió. Sus músculos de la garganta trabajaron. Había incertidumbre en sus ojos cuando los levantó hacia mí otra vez—. Solo quiero saber si...

—¡No! —dije con un poco más de mordacidad de la que pretendía—. Nunca he estado con Claudia. Fui a verla al día siguiente del incidente de la escuela, pero solo porque ella me prometió respuestas y tú no me hablabas. Fui a su casa. Estuve allí durante veinte minutos. Se puso tocona y me fui. En cuanto a Taylor. —Pasé una mano por mi cabello—. Dormimos juntos una vez. Fue hace un año y fue el mayor error que he cometido. Nunca volvió a ocurrir. En cuanto a otras chicas por las que podrías estar preocupada. —Miré de cerca a sus ojos, dejando que viera la verdad mientras hablaba—. Puedo contar con tres dedos el número de chicas con las que he estado. Taylor fue la única con la que no estuve en una relación. Fue la última persona con la que estuve y, como dije, eso fue

hace un año. Solo hay una chica que me interesa y está aquí sentada en la mesa conmigo.

Casi podía sentirla buscando a través de mi subconsciente, hurgando incluso por la más pequeña astilla de falsedad, pero mantuve su mirada, inquebrantable. Debe haber encontrado lo que estaba buscando, porque sonrió lentamente.

—Así que, tus ex novias, ¿no tengo que preocuparme de que vuelvan por una segunda porción?

Sonreí ampliamente.

—No tienes nada de qué preocuparte, *nena*. Soy todo tuyo.

Un leve rubor oscureció sus mejillas, pero siguió mi mirada.

—Ahora, es tu turno. ¿Qué tienes en la mente?

Fui salvado por la camarera viniendo a la mesa a preguntar nuestras elecciones de bebida y si ya habíamos decidido. Ordenamos nuestras bebidas y le pedimos que volviera luego.

—¿Adam?

Levanté la mirada del menú que conocía como la palma de mi mano, ya sintiendo sus ojos clavados en mí.

—¿Sí?

Con cuidado, se estiró sobre la pequeña cantidad de espacio separándonos y apoyó su mano sobre la mía.

—Sea lo que sea, puedes hablar conmigo al respecto. Puede que no sea capaz de arreglar lo que sea que es, pero soy bastante inteligente. Al menos puedo ayudarte a pensar en algunas ideas sobre cómo arreglarlo.

Sonreí antes de que pudiera detenerme.

—¿Incluso si tuviese que decirte que voy a tener que acortar nuestra cita porque tengo que estar levantado a las cuatro para la práctica de baloncesto?

Sus cejas se levantaron.

—¿A las cuatro de la mañana? —Retiró la mano—. Guao, eso es simplemente demasiado loco para mí. No creo que pueda verte nunca más.

Solté un bufido.

—Entonces no voy a decirte mi horario de hockey.

Se echó a reír.

—¿En cuántos deportes estás?

Exhalé.

—Malditamente demasiados.

—No pareces muy feliz por eso.

Me encogí de hombros.

—Mis padres piensan que eso me ayudará a entrar en una muy buena universidad de la Ivy League.

—¿Al menos disfrutas jugar?

—No. —Me reí ante la rapidez con que, la sola palabra salió de mis labios.

—Entonces ¿por qué lo haces? —preguntó, su voz suave.

—Porque mis padres lo esperan. Presionan con fuerza para que me esfuerce por el rendimiento y el éxito. Tienen buenas intenciones, pero a veces... es demasiado. —Me froté ambas manos por el rostro—. Nunca le dije a nadie eso.

Sentí su mano en mi brazo.

—No deberías jugar si no te gusta, incluso si es lo que quieren tus padres.

Dejé caer mis manos.

—No es que no quiera jugar. Es solo que no quiero jugar tanto. Es demasiada presión y tan agotador. Además, no tengo tiempo para nada más entre todos mis equipos y mi trabajo escolar. Vina espera un promedio de cuatro punto cero en todo momento y eso es difícil de hacer cuando llego a casa agotado.

—¿Has intentado hablar con tus padres al respecto? —preguntó.

—Un par de veces, pero renunciar me haría un desertor y... —Me callé, sacudiendo la cabeza—. A veces envidio a Van por ser tan despreocupada. No le importa lo que nuestros padres piensen, que es lo que conduce a la mayoría de los problemas en casa. Pero hace un año, ella estaba en un millón de clubes, danza, jazz, piano y un montón de otros. Entonces, un día, simplemente los dejó y nunca miró hacia atrás. Nuestros padres estaban furiosos. Nunca los he visto perder tanto los estribos. La fastidiaron, la amenazaron y la sobornaron, pero se mantuvo firme. Creo que, como el mayor, ellos siempre pensaron que sería el que se revelara. Entonces ella se me adelantó y de repente estaban haciéndome trabajar el doble de duro, como castigándome por no ser capaz de detenerla. —Gemí, pellizcando el puente de mi nariz—. No sé por qué te estoy contando esto. Lo siento. Solo olvida que yo...

—Oye. —Escuché antes de que sintiera el banco de cuero en forma de U por debajo de mí cambiar. Un momento después, su cadera y muslo estaban presionados contra mí y se encontraba golpeándome juguetonamente con su hombro—. No me habrías gustado ni la mitad de lo que lo haces ahora mismo si fueses un rebelde.

Levanté la cabeza y la miré fijamente.

—¿Por qué es eso?

Se encogió de hombros.

—Porque eres bastante peligroso sin siquiera intentarlo. No creo que sería capaz de manejarte si estuvieses tratando de ser malo deliberadamente.

Era una cosa tan extraña para decir que me eché a reír. Todavía sonriendo, dejé caer mi frente hasta que descansó contra la suya y su olor era todo lo que podía oler y sus ojos eran todo lo que podía ver.

—Y cuál es tu excusa, ¿eh?

—¿Mi excusa? —susurró.

Extendí la mano y ligeramente envolví un mechón de cabello alrededor de mi dedo. Tiré de ello juguetonamente.

—¿No crees que eres peligrosa?

parpadeó sorprendida.

—¿Yo? —se rió—. No soy...

—Oh lo eres, *nena*. El hecho de que no lo sepas solo lo hace peor. —Mi mirada se posó en sus labios, ya entreabiertos e invitantes. Mis entrañas dolían. Mi pecho punzaba y tuve que apretar los dientes para evitar saquear su boca. Sabía que no habría nada que me impidiera tirarla al piso allí mismo y tomarla si lo hacía—. No tienes idea de lo difícil que es para mí contenerme a tu alrededor, especialmente cuando estás mirándome como lo haces ahora.

La punta de una lengua rosada salió para deslizarse sobre esos labios obsesionantes y gemí para mis adentros.

—¿Cómo estoy...?

—¿Cómo estás mirándome? —Forcé mi atención hasta sus ojos, grandes y amplios como los de una cierva e igualmente inocentes—. Como...

—¡Aquí tenemos! —La camarera colocó nuestras bebidas con un tintineo audible. El sonido fue suave, pero tuvo el poder de separarnos a mí y a Kia. La camarera nunca se dio cuenta de la mirada furiosa que le lancé—. ¿Han decidido qué ordenar?

Le dimos nuestro pedido y la vimos alejarse. Pero incluso con ella lejos, el momento fue destrozado y me recosté contra la cabina. Kia se quedó a mi lado, pero podía haber estado a un millón de kilómetros de distancia.

—Lo siento —dije al fin, atrayéndola desde donde quiera que estuviera perdida en su mente.

Me miró.

—¿Por qué?

No tuve ni idea por un momento, pero la sensación permanecía.

—Prometí que no te presionaría.

Frunció el ceño.

—No me has presionado.

Eso fue un alivio. No necesitaba nada más en mi plato de lo que preocuparme.

—¿Entonces la llamada para levantarte a las 4 a.m. es la única cosa que te molesta? —presionó cuando me quedé callado.

Mentí y asentí.

—Y algunas otras cosas, pero nada de qué preocuparse. Me encargaré de eso.

Y lo haría. Ya había decidido que iba a jugar los juegos de Van porque Kia era así de importante y estar con ella era algo por lo que estaba dispuesto a pagar cualquier precio. No me encontraba seguro de dónde nos dejaría a mí y a mi familia cuando todo terminara.



—Siento lo del otro día —dijo Kia mientras la llevaba a su casa más tarde esa noche—. Sabes que cuando abandoné la cabaña. Quería dejarte una nota, pero no estaba segura de dónde ponerla para que la encontraras...

Le eché una mirada rápida en el asiento del pasajero.

—Mamá me dijo cuando llegué y te habías ido. Realmente tengo que darte mi número para que por lo menos puedas enviarme un mensaje de texto la próxima vez.

Se rió, el sonido conteniendo una pizca de vergüenza.

—Sí, eso puede ser un poco difícil de hacer dado que no tengo un celular. Lo sé, debo ser la única persona en el mundo, pero ahí lo tienes.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no lo tienes?

—Bueno, mi mamá quería darme uno el año pasado, pero eso fue cuando ella y mi papá se iban a divorciar y el dinero era escaso por lo que me negué. Después de eso nunca fui a ninguna parte ni hablé con nadie, así que nunca vi la necesidad. Pero ahora, puede ser que necesite conseguir uno.

Asentí.

—Sería agradable hablar contigo durante todo el día. —Hice un cuidadoso giro en una lisa capa de hielo convirtiendo la carretera en una pista de patinaje—. ¿Cómo está la... compañera... de tu mamá?

Se echó a reír.

—Joanne está bien. Un brazo roto y algunas contusiones, pero totalmente bien.

—Eso es bueno. ¿Qué pasó?

Se encogió de hombros.

—No le pregunté. Estoy bastante segura de que no quiero saber.

—Así que nunca me dijiste lo que pasó en el restaurante hoy contigo y Gary.

La oí gemir y casi sonreí.

—Fui una estúpida —murmuró por fin—. Me enteré de las cosas que estaba diciendo acerca de Nessie y simplemente me molesté tanto. Además tenía una cita con él, esta pequeña morena linda. Era la misma chica de la foto que alguien le envió a Nessie así que me hallaba doblemente molesta. Lo siguiente que supe es que me encontraba de pie encima de su mesa y recordándole que se aplicara la crema para el sarpullido dos veces al día antes de que se le extendiera y no pudiera sentarse de nuevo.

Me estaba riendo incluso antes de que terminara. Tuve que frenar el auto cuando casi me doblé en dos. Por suerte no había otros autos detrás de mí mientras luchaba por recuperar la compostura.

—Nena, eso no fue estúpido. Eso fue brillante.

Se echó a reír.

—Sí, bueno, estaba a punto de que me mataran si no hubieses estado allí.

Me puse serio.

—No habría permitido que eso sucediera.

Llegamos a su casa y apagué el motor. Le di una rápida sonrisa antes de guardar las llaves en mi bolsillo y salir al fresco frío. Mis botas crujían sobre la nieve mientras rodeaba el capó y le abrí la puerta. La ayudé a salir y la llevé hasta el camino de entrada de la estructura de dos pisos brillando bajo la única luz que brillaba desde el porche. Nuestras pisadas combinadas resonaban en los escalones que conducían a la puerta y me volví hacia ella.

—Gracias por aceptar ir a la cena —dije, usando la mano que la sostenía para atraerla hacia mí.

Sonrió con esa sonrisa con la que rápidamente me estaba obsesionando.

—Gracias por invitarme. Me divertí mucho. —Sus ojos se estrecharon—. ¿Con esa cita ahora son tres?

Hice un silencioso sonido de tarareo.

—Lo es. Supongo que eso lo hace oficial entonces.

—¿Oficial cómo? —Su respiración se dispersaba alrededor de nuestros rostros.

La atraje aún más cerca, encajando nuestras frentes juntas.

—Tienes que aceptar una más.

Su ceja se elevó.

—¿Tengo que hacerlo ahora? ¿Y por qué es eso?

—Porque tres es un número tan extraño. Además, sé exactamente a donde voy a llevarte en la próxima.

Sus manos se levantaron y se posaron suavemente en mis bíceps. Las mías pasaron alrededor de su cintura y se trabaron en su espalda.

—¿Y dónde es eso?

Negué con la cabeza, medio perdido en el marrón suave de sus ojos.

—No te puedo decir. Es de mala suerte. Solo tendrás que decir que sí.

Se echó a reír.

—Sí, siempre y cuando no sea a esquiar.

Sonreí.

—Sin embargo te enseñaré. Verás que soy un maestro muy bueno en un montón de cosas.

La besé, saboreando el dulce sabor de su boca con cada empujón lento de mi lengua. Sus labios se separaron y ella me encontró, vacilante pero deseosa. Sus dedos se curvaron en las mangas de mi chaqueta y sentí su peso cambiar cuando se puso de puntillas. La abracé a mí, bebiendo más de ella.

La puerta se abrió, bañándonos en luz cálida y amarilla. Nos apartamos de un tirón.

Una mujer con un alboroto de rizos del mismo color de los de Kia miró de mí a Kia y de regreso con miradas divertidas que contradecían el apretado cruce de sus brazos.

—Mamá —chilló Kia, con su respiración irregular—. ¿Qué...?

Su madre sonrió.

—Solo encontrándote en la puerta.

La mirada de incredulidad en el rostro de Kia me aseguró que eso no era un hecho normal.

—¿Vas a presentarnos?

Sin dejar de mirar a su mamá con cautela, Kia hizo un gesto hacia mí.

—Mamá, este es Adam. Adam, mi mamá, Carol Valentines.

Extendí mi mano.

—Es un placer conocerla, Sra. Valentines.

—Adam. —Tomó mi mano y le dio un ligero apretón—. Es bueno finalmente ponerle un rostro a las historias.

—¡Mamá! —jadeó Kia. Sus grandes ojos se dispararon hacia mí—. No hay historias.

Reprimiendo la sonrisa que podía sentir tirando de las esquinas de mi boca, me di la vuelta hacia su mamá.

—Espero que sean buenas historias.

Solo sonrió con esa sonrisa espeluznante de mamá que decía que sabía cosas que me haría desear que no lo hiciera.

—¿Por qué no entras, Adam? —Fue dicho en forma de pregunta, pero conocía una exigencia cuando oía una.

Bueno, estaba saliendo con su hija, la charla tenía que suceder eventualmente. Bien podría acabar de una vez.

Me sacudí la nieve de las botas a pisotones.

—Me encantaría.

13

Kia

Traducido por Selene y Jessy

Corregido por veroonoel

Mi mamá consumía drogas. Estaba totalmente convencida de eso mientras seguía a Adam a través de la puerta del estrecho pasillo. La vi observando a Adam mientras él se quitaba las botas y las ponía cuidadosamente en el colector de lodo.

—Déjame tomar tu abrigo —dijo ella, ofreciéndole su mano.

Adam, sin una queja, abrió la cremallera y se sacó el pesado abrigo.

—Gracias —dijo pasándoselo a ella.

Ella inclinó su cabeza mientras lo dejaba en la percha.

—¿Por qué no le muestras la sala de estar a Adam, Kia? Les llevaré algunas bebidas. —Sus ojos marrones se posaron en Adam—. ¿Cerveza?

Adam se rió entre dientes.

—Está bien con agua.

Ella levantó una ceja.

—¿No bebes?

¡Tú tampoco!, quería gritarle. Ni siquiera pensaba que tuviéramos alcohol en la casa.

Los ojos de Adam se estrecharon y sus labios se fruncieron en una mueca avergonzada.

—Sí, pero tengo que conducir.

Las cejas de mamá se levantaron en un gesto de sorpresa.

—Honesto. Me gusta eso. Adelante. Justo al final del pasillo.

¿*Qué estás haciendo?*, articulé hacia ella detrás de la espalda de Adam mientras él seguía su dedo apuntando hacia la parte posterior de la casa.

Ella se encogió de hombros con toda la inocencia de un ángel.

—Tengo curiosidad.

—Oh... ¡hola! —Escuché a Joanne decirle mientras me arrastraba por el pasillo detrás de Adam—. No sabía que estábamos esperando compañía

—Creo que fue una cosa improvisada —respondió Adam con una sonrisa en su voz—. Soy Adam.

—¡Oh! —Hubo un tono de placer vertiginoso en la voz de Joanne que me dieron ganas de golpear mi cara contra la pared—. ¡Tú eres Adam! ¡Guau! Es genial conocerte al fin. ¡Realmente eres comestible!

Mátenme.

Adam se rió entre dientes.

—También es un placer conocerte. Debes ser Joanne. ¿Cómo está tu brazo?

—¡Mucho mejor! Por favor, siéntate.

Iba a matar a alguien antes de que terminara la noche. Podía sentirlo.

Me giré sobre mis pies y corrí a la cocina para encontrar a mamá con una bandeja con vasos y una jarra de agua con hielo y rodajas de limón.

—¿Le gustan las galletas?

Me quedé mirándola un momento, más segura que nunca de que ella estaba consumiendo drogas.

—¿A quién no le gustan las galletas?

Se encogió de hombros, sin levantar la vista de su tarea.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Me apresuré al mesón y apreté mis manos contra el mostrador.

—Mamá, te lo estoy rogando, ¡no me avergüences por favor!

Levantó la vista, con sus ojos muy abiertos.

—¿Por qué avergonzaría? Solo quiero conocer a la persona que está tratando de meterse en los pantalones de mi hija.

—¡Oh, Dios mío! —Mis rodillas se hundieron y apoyé mi cara contra el mostrador—. Nunca debería haberte dicho nada. Mi vida ha terminado.

—Vamos, Kia. Estás siendo dramática. Solo quiero hablar con él.

—¿No puedes simplemente matarme en su lugar?

Tomó la bandeja.

—Nop. Al parecer, eso es ilegal. Avergonzarte... para eso creo que soy libre de hacerlo.

Salí de la cocina y fui arrastrando los pies hacia el pasillo que daba a la sala de estar.

—¿No es ella adorable? Creo que todavía tiene el listón. —Escuché a Joanne diciendo mientras doblábamos el mostrador.

Mi álbum de fotos estaba en las manos de Adam. El álbum de fotos lleno de la joven y a veces desnuda Kia.

—¡Joanne!

Levantó la vista, sus ojos azules parpadeando.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo?

—Oh, Adam y yo estábamos viendo tus fotos de bebé. —Por supuesto, porque no había nada remotamente extraño en ello—. Todavía tienes el listón de tu proyecto de tercer grado de ciencias, ¿no es así?

Me quería morir.

—No era un proyecto de ciencias. Lo hice por diversión. Mi profesor pensó que era lindo y me dio un listón. —Dudé—. Sí, todavía lo tengo.

Mi lado ñoño había empezado desde joven. Gracias por señalarlo, Joanne.

—¿Podríamos dejar de mirar ahora? —les pregunté—. No hay nada realmente interesante sobre...

—Oh, amo esta. —Joanne clavó un dedo en el álbum abierto en el regazo de Adam—. Esa bañera en realidad no es un jacuzzi.

Oh. Querido. Misericordioso. Cielo.

—Joanne... —El zumbido en mi tono apenas se ocultaba detrás del crujido de mis dientes apretados.

Joanne se echó a reír, tomando el álbum y cerrándolo.

—La próxima vez, entonces.

—Esperaré por ello —dijo Adam, sonriendo de forma demasiado amplia para mí gusto.

Álbum en mano, Joanne se levantó y arrastró los pies a la estantería construida alrededor de la televisión. Lo metió de nuevo en su lugar con los otros antes de dirigirse hacia el sofá frente a Adam y sentarse.

Mamá entró en la habitación, con la bandeja en sus manos. Adam se puso de pie y se apresuró a recibirla.

—Gracias, Adam —dijo mamá, pasándosela.

Él la dejó sobre la mesa de café.

Mamá fue a sentarse con Joanne y me senté un poco rígida junto a Adam. Un silencio incómodo invadió la sala. Al menos fue incómodo para mí, pero nadie más parecía molesto por ello.

—Entonces, Adam —dijo mamá—. ¿Qué haces?

—Actualmente estoy asistiendo a la Academia Vina y soy interno en la clínica dental de mi padre los fines de semana. También juego hockey todos los martes y jueves por la mañana. Miércoles y viernes baloncesto.

Natación los lunes y miércoles por la mañana. También enseñó en la liga de béisbol en el verano y entreno fútbol los lunes por la tarde.

Los ojos de Mamá y de Joanne estaban tan grandes como sentía los míos. Sabía que tenía una gran cantidad de actividades, pero no había pensado que fueran tantas.

—Guau, estás realmente ocupado —dijo mamá.

—Sí, señora. —Adam suspiró.

—Entonces, ¿dónde encaja Kia con ese tipo de horario? Asumiendo que te tomas en serio tu relación con mi hija.

Adam asintió sin dudarlo.

—Tomo muy en serio a Kia.

—Pero, ¿cómo planeas verla cuando nunca estás libre? Además, estoy segura que querrás pasar tiempo con tus amigos y familia. ¿Puedes dividir tu tiempo para darles cabida a todos?

Él puso las manos a lo largo de sus muslos.

—No será fácil, pero si soy bueno en algo, es en manejar el tiempo y hacer tiempo para las cosas que más valoro. Tengo toda la intención de hacer que las cosas funcionen entre Kia y yo.

Joanne asintió como si tuviera mucho sentido. Mamá no se veía tan impresionada.

—Me alegra oír eso. Kia no es y nunca será un entretenimiento pasajero para el placer de cualquier chico. No lo permitiré. Sé que le gustas y me gusta pensar que mi hija tiene la cabeza en su sitio, pero también sé que es solo una adolescente. Los sentimientos a menudo son confusos cuando eres tan joven y un chico guapo te presta tanta atención. Pero yo no soy una adolescente. He dado la vuelta a la manzana un par de veces y conozco a mi hija. Nos contamos todo porque ese es el tipo de relación que tenemos. Así que si me entero de que la estás maltratando de alguna manera, y me reservo el juicio en lo que eso significa, no tendrás que preocuparte por su padre. Sé exactamente dónde enterraré tu cuerpo y confía en mí, nadie lo encontrará jamás. ¿Nos entendemos, Adam?

Tenía que felicitar a Adam por permanecer perfectamente inexpresivo a través de todo eso.

—Perfectamente —murmuró él.

Mamá sonrió.

—Estupendo. ¿Galleta?

Unos buenos veinte minutos después, acompañé a Adam a la puerta principal y observé en silencio mientras se ponía las botas y se balanceaba en su chaqueta. Abrió la puerta de golpe y salió al porche. Se giró hacia mí.

—Lo siento mucho por eso —murmuré—. Por lo general, mi mamá no es una loca total. Digo, lo es, pero...

Sus ojos azules encontraron los míos.

—Ella estaba bien. Fue una agradable conversación.

Fruncí el ceño.

—¿Estábamos en la misma habitación, porque no hubo nada de agradable en lo que acaba de suceder?

Se rió entre dientes.

—Es una mamá y yo soy el demonio engendrado para corromper a su dulce niñita. Lo entiendo.

Lo fulminé con la mirada.

—No vuelvas a llamarme dulce niñita otra vez. Es espeluznante.

Se rió.

—Está preocupada de que vaya a herirte. —Su sonrisa se desvaneció—. Sin embargo, no lo haré. Nunca te lastimaré, Kia. Quise decir todo lo que dije ahí adentro. Haré que funcionemos sin importar lo que tenga que hacer.

Me apoyé en el marco de la puerta y crucé los brazos para protegerme del frío.

—¿Por qué?

Se movió un paso más cerca, atrayendo su rostro a centímetros del mío.

—Porque me importas. Mucho. Quiero estar contigo.

Levanté una mano y toqué la camiseta asomándose donde su chaqueta estaba abierta. Debería haber sido extraño tocarlo tan libremente, pero se sentía natural. Correcto. Para probarlo, deslicé mis dedos hacia arriba para tocar su mandíbula. Su mirada sostuvo la mía mientras me inclinaba y rozaba un beso en sus labios suavemente.

—También me importas —murmuré—. Mucho.

Sonrió.

—Supongo que eso lo resuelve entonces. Simplemente tendremos que estar juntos.

Asentí.

—Puedo vivir con eso.

Me besó, rápido y duro antes de retroceder.

—Yo también.

Con un gesto, lo observé trotar por las escaleras y meterse en su auto. Me quedé ahí mucho tiempo después de que sus luces traseras desaparecieran, observando los danzantes copos de nieve revoloteando en el suelo.

Mañana era el primer día de vuelta a la escuela y no podía decir que estuviera esperándolo.



Nessie estaba en su casillero el primer día de regreso de las vacaciones de Navidad. No podía recordar alguna vez estar tan feliz de ver a alguien.

—¡Nessie! —Corrí hacia ella—. ¿Dónde has estado? He estado llamando y...

—Ocupada. —Cerró su casillero de un portazo y se dio la vuelta para irse.

Algo se apretó en mi pecho, un nudo entre el dolor y la confusión.

—Nessie, espera. —La tomé por el codo. Se soltó como si tuviera ácido en mis dedos.

—Tengo que ir a clases —disparó hacia mí—. Tú de todas las personas deberías entender el valor de la puntualidad.

¿Yo de todas las personas? ¿Qué demonios significaba eso?

—¿Qué sucede? —pregunté, corriendo tras ella cuando giró sobre sus talones e irrumpió contra la corriente de estudiantes yendo río abajo—. Nessie, podrás...

—¡Deja de llamarme así! —Se volvió hacia mí, sus ojos azules astillas de agua helada—. Odio ese nombre. No soy un maldito monstruo de mar, ¿de acuerdo? Retrocede, Kia. Déjame sola.

No la detuve mientras se alejaba, abriéndose paso entre la multitud como si su cabello estuviera en llamas.

¿Qué demonios?

—¿Problemas en el paraíso, Kyra?

Hubiera gruñido si tuviera la energía. La dulce voz como el jarabe era fácilmente distinguible incluso sin la deliberada mal pronunciación de mi nombre. Por supuesto, Claudia DeLorenzo y sus perras de respaldo me miraban de reojo con sus rostros perfectamente maquillados y cortantes sonrisas.

—Oh mira, eres tú —murmuré. No era mi mejor línea de respuesta, pero estaba demasiado ocupada sujetando la herida abierta que mi mejor amiga había dejado en mi pecho—. Mi día ahora está completo.

Alcé mi bolso más alto en mi hombro y comencé a alejarme cuando su voz quemó en mi cerebro como ácido de batería.

—¿Es verdad? ¿La echaron de Vina por dormir con un profesor?

Me di la vuelta. No sé por qué, pero mi cuerpo estaba actuando por iniciativa propia.

—Deja de molestar, Claudia. No estoy de humor, pero eso no me impedirá darte una paliza con tu propio brazo.

Solo me sonrió con esa sonrisa felina suya.

—No es fácil tener a una puta como mejor amiga, ¿verdad? Tu anormalidad no parece tan mala en comparación, ¿eh? Lástima que ningún chico decente la tendrá ahora que todos saben que ella se entregará a cualquiera.

—Él no era un profesor. —Me escuche decir, no era que a Claudia le importara—. Y no es de tu incumbencia.

—No. —Reflexionó con un delicado encogimiento de hombros—. Pero tengo el presentimiento de que el resto de la escuela no comparte ese sentimiento, especialmente con las nuevas imágenes circulando.

—¿Qué imágenes nuevas?

Claudia sonrió.

—Todos las tienen. Oh, espera, tú no tienes celular. Déjame. —Rebuscó en su bolso y sacó el suyo. Con un movimiento de sus dedos, trajo una imagen y giró la pantalla para que la viera.

No estaba segura de lo que estaba viendo al principio. Era un enredo de brazos y piernas desnudas y una gran cantidad de vapor. Luego reconocí la larga melena ondulada de pelo negro azabache y las duchas en los baños de la escuela y mi estómago cayó. Claramente era Nessie, largas piernas envueltas alrededor de las caderas de algún tipo a quien la cámara solo le había capturado la espalda desnuda. Pero estaba muy claro lo que estaban haciendo y que no era Gary con quien ella estaba haciéndolo.

—Oh Dios... —Me quede sin aliento—. ¿Dónde conseguiste esto?

Claudia metió su teléfono en el bolso.

—Como dije, todos la tienen. Estoy segura que incluso el director. No preveo que tu amiguita esté por aquí mucho tiempo más. Lástima que Mayferd tenga solo dos escuelas secundarias, Margaretson y Vina y tu amiga ha sido expulsada de ambas. ¿Qué crees que suceda a

continuación? —Me miró de reojo con saña—. Estoy algo emocionada por averiguarlo. ¿Tú no?

Estaba más ansiosa por contactar a Adam. Tenía que contarle. Tenía que hacer algo.

Le arrebaté el pequeño bolso de muñeca a Claudia, ignorando sus gritos de indignación cuando lo abrí y saqué su teléfono. Empujé el bolso de vuelta en su pecho y envíe un texto al número de Adam, diciéndole que se reuniera conmigo en la escuela lo más rápido posible. Adjunté la imagen y apreté enviar. Luego colgué y metí el teléfono en la mano de Claudia.

—Debe ser agotador ser tan perra —dije—. Está comenzando a mostrarse alrededor de tus ojos.

Con su mueca de desprecio impresa en mi memoria, me alejé.

14

Adam

Traducido SOS por JennCassie Grey

Corregido por Jut

Gemí al segundo que el nombre de Claudia apareció en mi pantalla en el medio de la clase de Inglés. Mi dedo se estaba moviendo hacia adelante para el botón de borrado cuando vi el nombre de Kia y fruncí el ceño.

Emergencia. Encuéntrame en la escuela. Kia.

Parte de mí se preguntaba si fue Claudia tratando de hacer que la viera de nuevo, lo que habría sido estúpido para ella usar el nombre de Kia y arriesgar la oportunidad de mí haciendo todo el camino de ida y encontrar que había mentido. Al mismo tiempo me preguntaba porque Kia estaba usando el teléfono de Claudia de todas las personas. Entonces abrí el archivo adjunto.

—Sr. Chaves, ¿Hay algún problema?

No recordaba haberme puesto de pies, pero ahí estaba con todos los ojos fijos en mí. El Sr. Arrowood me miró desaprobatoriamente desde el frente.

Apresuradamente guardé mis cosas en mi mochila y colgué la correa en mi hombro.

—Emergencia familiar. Lo siento señor.

No le di oportunidad de detenerme. Salí corriendo de la habitación. Mis zapatillas golpeaban contra el suelo pulido de mármol mientras me

apresuraba por los brillantes pasillos de Vina. Estatuas de dioses y diosas griegos me miraban con glacial desinterés. Saqué mis llaves de mi bolsillo y empujé las puertas principales con mi hombro. Ignorando el viento que intentaba desgarrar mi ropa y exponía mi pie, me lance hacia mi carro.

Estaba en Margareston High en menos de diez minutos.

La recepcionista miró hacia arriba cuando me precipite en la oficina, patinando, sin una chaqueta y molesto.

—Necesito ver a mi hermana, Vanessa Chaves. Es una emergencia.

Durante todo el camino hacia allí, contemplé la opción de mandar un mensaje a nuestros padres. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que la escuela los llamara, ese era el por qué tenía que ver a Van antes de que eso pasara. Tenía que escuchar la historia antes de que ellos lo hicieran y tener una excusa. Esta era su última oportunidad. Si nuestros padres vieran esa foto, no harían ninguna pregunta. Ella estaría en el primer avión a un internado por la mañana. No podía dejar que eso pasara sin antes tratar de detenerlo, por el bien de Kia.

—Lo siento, pero...

—No hay peros en esta ecuación —solté, sin paciencia para andar con pies de ploma en esta situación. Cada segundo desperdiciado era un segundo en el que el director podría estar llamando a nuestros padres—. Necesito ver a mi hermana justo ahora. Está en el reglamento que un pariente puede llamar a otro pariente durante la escuela si hay una emergencia, bueno, esta es una emergencia.

No tenía ni idea si eso era cierto, pero contaba con que ella no lo supiera tampoco, lo que pareció que fue el caso cuando tomó el teléfono y llamó por el altavoz.

—Vanessa Chaves, a la oficina por favor. Vanessa Chaves.

Van no iba a estar feliz de ser llamada así, pero eso era la último de sus preocupaciones.

—Gracias —murmuré, girando hacia la puerta para esperar a mi hermana. Estaba sorprendido, bueno no realmente sorprendido cuando Kia apareció corriendo.

Sus mejillas estaban sonrojadas y estaba respirando pesadamente. Se veía molesta.

—Odio correr —dijo, arrastrando los pies hacia mí. Su mirada recorrió la habitación antes de regresar a mí de nuevo—. Recibiste mi mensaje.

—Lo hice. Tienes que decirme como te las arreglaste para convencer a Claudia para que usaras su teléfono. Dudo que ella te lo haya ofrecido.

Resopló, tallando sus manos en sus muslos.

—Sí bueno, pero tenía que contactarme contigo y no tenía tu numero así que yo... tomé prestado el celular de Claudia. Se lo regresé —dijo cuándo me atrapó mirándola. Su expresión cambió a miedo mientras miraba hacia la puerta—. ¿Qué es lo que le dirás?

Sacudí mi cabeza.

—No lo sé todavía, pero probablemente se lo diré con mis manos alrededor de su cuello. —La miré—. ¿Por qué estás aquí?

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Apoyo. Probablemente me necesite.

No dije nada. No tuve la oportunidad. Van entró a la oficina, su expresión perfectamente aburrida. Sus ojos azules pasaron de mí a Kia y de regreso antes de barrer la habitación.

—¿Por qué están aquí? —preguntó.

Me moví rápidamente arrastrándola fuera de la oficina situándonos fuera de la puerta. Saqué mi teléfono y lo coloqué frente a su cara.

—Este es el porqué.

Esperaba vergüenza, tal vez incluso culpa, pero la única emoción que pasó por su cara fue molestia. Empujó mi mano lejos.

—¿Me hiciste venir hasta aquí para mostrarme una foto trucada?

—Trucada —dijo Kia al lado de mí.

Van la miró.

—Sí, quiero decir incluso un idiota podría ver que fue trucada. Mis piernas no son tan largas y no hay ningún chico en toda la ciudad que esté así de caliente. —Pausó, mirando de Kia hacia mí de nuevo—. Guao, Ustedes de verdad piensan lo peor de mí, ¿no? Ya veo que el resto de la escuela no piensa mucho de mí, pero de verdad pensaba que ustedes dos me conocían mejor.

Sacudiendo su cabeza en disgusto, se giró sobre sus talones y se marchó por el corredor. El sonido de sus tacones rebotaba en las paredes como truenos. Entonces solo quedamos Kia y yo.

—Lo siento —dijo—. Vi la imagen y...

Sacudí mi cabeza.

—No eres la única que fue engañada. Tomé un curso de Photoshop el año pasado. Debí haberlo visto.

Suspiró.

—Esto me convierte oficialmente en la peor amiga del mundo.

Me giré hacia ella.

—Estabas cuidándola. Eso es lo que una buena amiga hace.

—Bien, entonces dile eso a ella, porque tiene razón. Solo le di una mirada a la imagen y automáticamente salté a las conclusiones. Una amiga no hace eso. Tal vez una pequeña parte de mi realmente piensa que ella es capaz de hacer algo tan... imprudente.

Miré en la dirección donde Van se había ido.

—Sí, bueno, ella es capaz de muchas cosas. No sería tan descabellado.

—Nunca me perdonará.

Puse mi mano ligeramente sobre su hombro.

—Lo hará. Vanessa es demasiado floja como para guardar rencor.

Esa fue una mentira. Vanesa podía guardar rencor mejor que nadie. Pero Kia se veía tan decaída que no tuve corazón para decírselo.

—Me gustaría que dejara de correr lejos de mí así podríamos hablar —murmuró—. Está tan molesta conmigo y no sé por qué.

Acaricié su mejilla con la punta de mis dedos.

—Ven esta noche. Estará en casa y podrás hablar con ella.

Sacudió su cabeza.

—No quiere verme. Lo dejó claro esta mañana.

—Puedes intentarlo.

—Podría. —Suspiró—. Tengo trabajo esta noche, pero puedo ir saliendo si crees que está bien.

Asentí.

—Te recogeré.

La besé suavemente.

Se alejó.

—Mejor regreso a clase el Sr. Beir cree que fui al baño.

Me reí, presioné otro beso en sus labios y di un paso hacia atrás.

—Sí, yo tengo notas de Inglés que debo pedir prestadas de alguien. Te veré más tarde.

Agitando su mano, se dio media vuelta y se fue.

Parecía que nadie había notado mi ausencia cuando regresé a la escuela. Mi lugar de estacionamiento seguía vacío así que aparqué ahí. Por un momento me senté y miré al edificio, inexplicablemente cansado a pesar del hecho de que apenas eran las diez de la mañana. El reloj del salpicadero me tentaba a manejar de regreso a casa y tomar una siesta antes de que mamá y papá regresaran a casa. Habría sido capaz de salirme con la mía si la escuela no tuviera la obligación de llamar a casa.

Abatido, empujé la puerta y salí pesadamente. Ni siquiera el viento cortante pudo obligar a mis pies a moverse más rápido. En todo caso, la

espesa capa de nieve me recordaba mucho a un edredón de plumas de ganso. Eso solo me hizo sentirme más cansado.

Dentro, fui a mi casillero y cambié mis libros. Los pasillos estaban vacíos excepto por algunos chicos que se apresuraban para llegar a su clase. Balanceé mi mochila y me arrastré a Español una de mis materias favoritas. Sabía solo lo suficiente para preguntar dónde estaba el baño, si el agua era potable y cuanto cobraban por una noche. Lo último fue algo que Kenny repetidamente le preguntó a cada chica que pasaba por todo un mes antes de que una lo amenazara con patear sus bolas. Fue difícil de olvidar después de eso. El chico en cuestión estaba ya reclinado en su asiento, sus pies alzados sobre su escritorio, sus brazos cruzados detrás de su cabeza. Miró hacia arriba cuando entré.

—¿Cómo está mi amigo?²

Tomé mi asiento detrás de él.

—¿Por qué estás tan alegre?

Giró su cuello para mirarme por encima de su hombro.

—¿Por qué no? Pasé mi examen de Cálculo.

Era un poco patético lo malo que Kenny era con los números. Podías darle un destrozado pedazo de mierda de computadora y la tendría funcionando como si fuera una marca nueva, pero tan pronto como le ponías una serie de problemas matemáticos, estaba perdido. Yo, por el otro lado, amaba los números. Amaba resolver problemas y calcular respuestas. Amaba poner juntas las piezas de un rompecabezas. No importaba si fueran las matemáticas, o las computadoras, o encontrar una manera de conseguir a la chica, amaba un buen reto.

—¿Cuánto obtuviste? —le pregunté.

Giró una pluma alrededor de sus largos dedos.

—Veinticinco de cincuenta.

—Amigo, tuviste mal la mitad.

² En español original.

Kenny se encogió de hombros.

—Aún así tengo la mitad bien. El vaso medio lleno, hombre.

Sacudí mi cabeza, pero sabiamente me guardé mis comentarios para mí mismo.

—Así que, ¿Cómo está tu hermana?

Inconscientemente me tensé.

—¿A qué te refieres? ¿Has oído algo?

Kenny se giró aún más en su asiento así que él estaba casi completamente girado. Me miró con cautela.

—Um, solo lo que lo que pasó en las vacaciones. ¿Por qué? ¿Algo más pasó?

Solté un profundo suspiro, cayendo más bajo en mi asiento.

15

Kia

Traducido por Otravaga

Corregido por flochi

El hecho de que hubiese subido por esas escaleras una docena de veces debería haber ayudado a calmarme, no a ponerme más inquieta. Pero cada paso que daba que me acercaba a la puerta de Nessie sólo me llenaba de un temor mayor. No sabía cómo se tomaría mi presencia, o si le daría la bienvenida. Por lo que sabía, podía prohibirme la entrada. Yo seguía reproduciendo todo lo que alguna vez hablamos de esos últimos días en la cabaña. Traté de recordar todo lo que alguna vez dije, cualquier cosa que pudiera darme algunas respuestas en cuanto a por qué estaba tan molesta conmigo. Entendía que la situación con Gary y las fotos era algo que sin duda le hacía daño, pero ¿por qué iba a alejarme? No tenía ningún sentido. Bueno, iba a averiguarlo, o al menos a intentarlo. No obstante lo que sí sabía era que este sería mi último intento de llegar a ella. No iba a arrojarme a una puerta que se negaba a abrirse. No digo que no estaría allí cuando ella estuviese lista para hablar, pero no iba a seguir arrastrándome por una amistad que estaba empezando a sentirse unilateral. Sabía que nunca la trataría como ella me estaba tratando y eso era lo que más dolía.

Llamé suavemente a su puerta.

—Nes... ¿Vanessa? Soy Kia. ¿Puedo entrar?

Hubo varios minutos de silencio y me pregunté si se encontraba durmiendo o ignorándome. Pero eso fue rápidamente olvidado cuando la puerta se

abrió y me encontré mirando en sus ojos azules. Eran fríos y distantes. Para nada como los ojos a los que estaba acostumbrada.

—Oye —murmuré—. ¿Cómo estás?

Apoyó un hombro contra el marco y se cruzó de brazos.

—Mi novio me engañó y toda la escuela cree que soy una ramera. Incluyendo a mi mejor amiga. No lo sé. ¿Cómo crees que me está yendo?

Hice una mueca.

—No creo que seas...

—Sabes, simplemente podrías haberme preguntado —dijo despreocupadamente—. Podrías haber venido a mí y preguntarme si era la de esa foto. En su lugar, corriste hacia mi hermano. Eso no suena como algo que una *amiga* haría.

—Eso no es justo. ¡No me diste opción! Traté de hablar contigo hoy. ¡Lo intenté! Pero me alejaste.

El calor destelló en sus ojos.

—¿Entonces vas con mi hermano a mis espaldas?

—¡Lo siento! —grité—. Quería ayudar. He estado preocupada por ti.

Soltó un bufido.

—Oh, vi plenamente lo preocupada que estabas, Kia. Estabas prácticamente llorando lágrimas de sangre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella se empujó lejos del marco.

—Significa que me mentiste y me usaste igual que Taylor.

—¡Eso es mentira! —grité, tratando de hacerme oír por encima de ella—. Nunca te mentí ni una vez, ni te he usado jamás, especialmente cuando se trataba de Adam.

—¿No lo hiciste? —siseó—. Te dije lo que sentía sobre mis amigas saliendo con mi hermano, sin embargo todavía fuiste tras él y me mentiste al respecto. —Abrió los brazos ampliamente—. Te invité a pasar tiempo conmigo, no a follarte a mi hermano mientras yo estaba de espaldas.

—¡Íbamos a decírtelo! —Finalmente encontré mi lengua para hablar bruscamente—. Estábamos esperando hasta después de Navidad y luego sucedió esa cosa con Gary y...

—¿Así que esto es mi culpa? ¿Me mentiste porque mi novio me engañó?

—¡No! —grité—. Él me importa, Vanessa. Pero eso no quiere decir que no sea tu amiga. Lo soy. Nunca haría nada...

Arqueó una ceja.

—¿Para hacerme daño? ¿Para apuñalarme por la espalda?

—¿Por qué no puedo ser tu amiga y estar con Adam? —supliqué.

—¡Porque no puedes! —gritó—. Adam puede tener cualquier chica que quiera, pero se suponía que tú eras mi amiga.

—¡Soy tu amiga, Vanessa!

—¿Estabas pensando en esa amistad cuando tenías la lengua de mi hermano en la garganta? ¿Te detuviste a pensar en cómo me sentiría al respecto? Te dije hace semanas que nunca perdonaría a la amiga que me usara por mi hermano.

—¡No te usé! ¿Por qué no me escuchas? Amo a Adam. No tenía intención de que esto sucediera. No lo planeé intencionalmente para lastimarte. Ni siquiera sabía que era tu hermano cuando me enamoré de él...

—Pero cuando lo hiciste y te advertí, debiste haber...

—¿Qué? ¿Dejado de amarlo? ¿Es eso posible? ¿Cómo dejas de amar a alguien?

Me miró, con el odio y la ira oscuros detrás de sus ojos.

—No lo sé, pero me está resultando muy fácil.

Ese comentario no dolió tanto como debería. En cambio, sentí un estallido de ira mientras la miraba fijamente preguntándome cómo podía ser tan indiferente.

—No voy a dejar de ser tu amiga, Nessie. Pero estoy cansada de este juego. Siempre he estado ahí para ti. Siempre me he alzado en tu defensa y siempre te he puesto por delante de todo lo demás. Pero no puedo entender cómo puedes pararte allí, mirarme a los ojos y pedirme que renuncie a algo que me hace feliz sólo porque no es lo que quieres. Nunca te haría elegir entre alguien que amas y yo, incluso si no me gustara, porque los amigos se apoyan entre sí. Es curioso porque hasta ti, no tenía amigos. No tenía a nadie. Pero incluso yo sé que se supone que tienen que cuidarse las espaldas mutuamente—. Di un paso lejos de ella—. Cuando estés lista para una amiga, estoy ahí para ti, pero hasta entonces...

—¡Muy bien! —siseó, con los ojos azules echando chispas—. Ve con Adam. Espero que valiera la pena el perder nuestra amistad.

Curvé mis dedos contra mis costados.

—Espero que tu ira y tu amargura valieran la pena.

Girando sobre mis talones, me dirigí escaleras abajo. Estaba a medio camino de la parte inferior antes de que el estridente estallido de una puerta cerrándose de golpe rebotara en las paredes. No fue un puñetazo físico pero se sintió como si ella me hubiera golpeado. Mis entrañas hicieron eco con el vacío extendiéndose dentro de mí, tragándome.

—Kia. —Suaves manos me dieron la vuelta.

—Necesito ir a casa.

Sin decir una palabra, agarramos nuestras cosas y él me llevó.

—Lo siento —dijo mientras me acompañaba hasta la puerta principal—. Todo esto es mi culpa.

—¡Basta! —Me giré hacia él—. No lo hagas. Esto no es tu culpa. No es mía tampoco. Claro que no tomamos las mejores decisiones, pero hicimos nuestro mejor esfuerzo para hacerlo bien. Voy a estar allí para ella cuando esté lista para una amiga, pero no puedo quedarme a su alrededor y ser

castigada por enamorarme. Tiene que darse cuenta de que el sentimiento no va a desaparecer y que no voy a renunciar a ti.

Sus dedos fueron sorprendentemente cálidos mientras colocaban un mechón de cabello detrás de mí oreja.

—Bien, porque tampoco voy a renunciar a ti.

Era ridículo sentir alivio en un momento así, pero eso calentó todos los lugares que quedaron fríos por la ausencia de Nessie. Apreté sus dedos una vez antes de dar un paso atrás.

—Tengo tarea.

Miró su reloj.

—Tengo que ir a casa y alistarme para el hockey. —Levantó la cabeza y me miró—. ¿Me llamas más tarde?

Asentí.

—Lo haré.

Con un rápido beso, nos separamos.

—¿Mamá? —Dejé que mi chaqueta y mi bolso cayeran al suelo junto a la puerta. Me quité las botas de una patada, sin preocuparme de la nieve y el aguanieve que salpiqué por todas partes—. ¿Joanne?

Joanne asomó la cabeza fuera de la cocina, sus rizos rubios cayendo sobre los hombros.

—Hola cariño, llegas tarde a casa. Todo... ¿Kia?

Ella estaba allí antes de que la primera lágrima se deslizara por mi mejilla. Sus brazos se cerraron a mí alrededor y fui tirada a su pecho.

—¿Qué está mal? ¿Qué pasó? ¡Carol! —Llamó a mi madre, todo el rato acariciando mi cabello—. Ven a la cocina. Te voy a hacer un poco de té.

—¿Jo-Jo? —Los pasos de mamá tronaron en los escalones y estuvo en la parte inferior cuando Joanne me llevaba a la cocina—. ¿Kia? —Mamá al instante estuvo a mi otro lado, con las manos magullando mi brazo—. ¿Qué pasó? ¿Alguien te hizo daño?

Fui empujada en un taburete y mantenida así por mi madre mientras Joanne se movía afanosamente alrededor de la cocina haciendo el té.

—Dinos qué pasó —pidió Joanne, moviéndose para tomar el taburete a mi otro lado. Apretó un kleenex en mi mano.

Mamá y Joanne ya conocían la situación entre Adam, Nessie y yo. Sabían que tenía que sincerarme con mi amiga antes de que fuese demasiado tarde. Esperaba que estuvieran completamente de parte de Nessie, que me dijeran que estaba equivocada y que yo misma me busqué esto. Pero mamá frotó mi mano mientras Joanne se levantó cuando la tetera silbó.

—Bueno, personalmente creo que hiciste lo correcto —dijo mamá serenamente—. No me malinterpretes, adoro a Vanessa, pero estaba siendo poco razonable. Es perfectamente comprensible que esté molesta porque se lo ocultaste, pero al menos podía haber dejado que te explicaras, con aquello de ustedes siendo mejores amigas y todo eso.

A mi otro lado, Joanne asintió.

—Creo que se dará cuenta de eso tarde o temprano, y ustedes serán amigas de nuevo en poco tiempo.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. Odiaba no poder llamarla y escucharla parlotear sobre ropa o el chico más atractivo. Echaba de menos salir con ella. No podía creer cuánto se había arruinado todo tan sólo en cuestión de días.

—¡Oh! Tenemos algo para ti —dijo Joanne, rebotando un poco sobre las puntas de sus pies—. Hemos tenido la intención de dártelo desde hace mucho tiempo, pero has estado tan ocupada y simplemente seguimos olvidándolo.

—¡Es cierto! —dijo mamá, saltando de su taburete—. Iré a traerlo.

Me soné la nariz en el Kleenex y lo amontoné en mis manos.

—¿Qué es?

Joanne sonrió satisfecha mientras traía la tetera y las tazas a la isla. Dejó todo y continuó sonriendo mientras esperábamos a que mamá regresara.

Ella llevaba una caja envuelta en papel verde brillante cuando regresó. Sonreía tan ampliamente como Joanne cuando la metió en mis manos.

—Es tu regalo de Navidad de nuestra parte —dijo.

Frunciéndoles el ceño con cautela, me volteé hacia la isla y arranqué el papel. Di un grito ahogado.

—¿Qué...?

—¡Sorpresa! —gritaron mamá y Joanne al mismo tiempo.

—¿Te gusta? —preguntó mamá—. El sujeto del quiosco juró que era el que todos los chicos querían.

No sabía qué decir. Era hermoso.

—¡Me encanta! —dije por fin—. Muchas gracias.

Puse el paquete de mi teléfono nuevo en la encimera y me apresuré a abrazarlas.

—Tienes mensajes de texto ilimitados, pero sólo está libre para hablar después de las seis —dijo mamá.

Sacudí la cabeza, mirando el elegante dispositivo negro.

—Es perfecto.

—¡Pruébalo! —chilló Joanne, luciendo tan emocionada como yo me sentía.

Intercambiaron miradas encantadas mientras yo saltaba del taburete y corría a mi habitación. Me tiré en la cama y abrí el embalaje. El teléfono era delgado y ligero en mis manos.

Le envié un mensaje a Adam con mi número y un montón de signos de exclamación. Recibí uno en respuesta casi inmediatamente, diciéndome lo emocionado que estaba por mí. Un ligero golpe sonó en la puerta, interrumpiendo mi vertiginoso momento de felicidad. Joanne asomó la cabeza en el interior y me sonrió.

—Oye. —Entró en la habitación—. ¿Qué te parece? —preguntó, señalando con la barbilla hacia el teléfono.

—Creo que sería más divertido si tuviera más de una persona a quien enviarle mensajes de texto —admití tímidamente.

—Podrías mandarle un mensaje de texto a tu papá y a Dallas —me recordó.

Me limité a asentir.

Caminó lentamente por la habitación y se sentó en el borde de mi cama.

—¿Cómo estás... de verdad?

Me encogí de hombros.

—Desearía que ella hablara conmigo. Sólo quiero saber si está bien. Las cosas que han estado sucediendo en la escuela... tengo miedo por ella. Alguien realmente está tratando de hacerle daño.

Joanne asintió, con el rostro sombrío.

—Tu madre y yo nos pondremos en contacto con el director y sus padres. Ya veremos lo que podemos hacer para ayudar.

Pero no era suficiente. La persona responsable tenía que ser atrapada y castigada. Es sólo que no tenía la menor idea de cómo lograrlo sin ponerme una capa y mallas. Incluso entonces, no era lo suficientemente coordinada como para conseguir ser una superhéroe.

—¿Crees que debería hablar con sus padres? —pregunté.

—No —murmuró Joanne—. Déjanos hacernos cargo de esto, ¿de acuerdo? Tú simplemente averigua lo que vas a hacer.

Echaba de menos los días en que mi mayor preocupación era si hacer o no esos capítulos extras en mis libros de texto. Hacer álgebra parecía mucho más fácil que la tarea que me fue asignada.

16

Adam

Traducido por Fanny

Corregido por Helen1

Ignoré el zumbido del teléfono en mi bolsillo. Tenía la sensación de que era Kenny y no estaba de humor. Tenía problemas más grandes.

—¿Por qué no nos dijiste que alguien te estaba atacando? —exclamó mamá por tercera vez a una terca y enojada Vanessa.

—Esto es muy serio —añadió papá.

—¿Por qué lo mantendrías en secreto? —continuó mamá.

Eran las mismas preguntas una y otra vez. Personalmente no entendía por qué las seguían haciendo. Ella no había dicho ni una palabra desde que llegaron a casa y la arrastraron para que bajara para una reunión familiar. Sin embargo, seguían presionándola. Sabía que podía sentarse ahí por horas en ese desafiante y mudo silencio. Era muy buena en eso.

—¡Vanessa, di algo! —declaró mamá—. ¿Por qué no puedes ver que tenemos miedo por ti?

Vanessa rió, el primer sonido real que había hecho en horas.

—Miedo por mí o por lo que esto le hará a su negocio, porque no vi mucha preocupación cuando me dieron la espalda.

Mamá jadeó.

—Nunca te hemos dado la espalda, Vanessa. Siempre hemos estado aquí para apoyarte...

—Para apoyar lo que ustedes quieren para ustedes. Para apoyar un desfile interminable de clubes y actividades para que no tengan que ser padres. ¿Ese tipo de apoyo?

—¡Cuida tu tono! —gruñó papá.

Van lo ignoró.

—Es fácil pretender que son buenos padres cuando nunca están en casa. Se encierran en esa estúpida oficina y no tienen idea de lo que pasamos. No les importa.

—Es suficiente. —Papá se puso de pie—. No escucharé esto. Pagamos buen dinero para asegurarnos de que ustedes tengan lo mejor...

—¿Lo mejor de qué? ¿Una casa vacía? ¿Incansables horas de baile y piano que nunca quise? La única vez que los veo es en navidad. Solo en navidad e incluso ahí, me tratan como si fuera un perro que recogieron de un lado de la carretera, porque no encajo en su molde. Bueno, nunca seré lo que ustedes quieren. Preferiría morir.

El musculo en la mandíbula de papá se flexionó y miró a Vanessa. Mamá lucía horrorizada.

—¿En verdad nos odias tanto?

La sonrisa que curvó la boca de Vanessa era amarga y tan afilada como el borde de una navaja. Pero lágrimas corrían por su rostro.

—Sí. Los odio.

Pude ver el dolor torcer el rostro de mamá antes de que alejara la mirada y se pusiera de pie. Pasó sus temblorosas manos por su falda.

—Somos tu familia, Vanessa. Por mucho que desees que no lo seamos, lo somos. Haremos todo lo que sea posible para hacer que esto se detenga...

—No me hagan ningún favor. —Vanessa se puso de pie, sus manos bolas de ira a sus lados—. No los necesité el día que me echaron de Vina y no los

necesito ahora. ¿Por qué no regresan a su preciosa oficina y a su precioso hijo al que adoran como un Dios?

—¡Como te atreves! —El rostro de papá se puso de un violento y perturbador tono rojo—. Pequeña desagradecida...

Mamá tomó su brazo y lo sacó de la habitación sin una palabra. Los observé irse antes de girarme hacia mi hermana.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté, genuinamente curioso—. ¿Qué te hemos hecho?

Ella rió.

—De eso se trata, hermano mayor. No has hecho nada más que hacer mi vida un infierno. Me has quitado todo. Tú me hiciste esta persona.

Sacudí mi cabeza.

—Claro que no. Pudiste haber tenido todo...

—¿Si qué? ¿Si fuera una oveja como tú, Adam? ¿Si me lanzaba a sus pies por cada pedacito que pudieran ver en condiciones de lanzar en mi dirección? Tengo orgullo.

—Eso es todo lo que tienes —murmuré—. Te las has arreglado para alejar a todos los que se preocupan por ti.

Sus ojos se estrecharon.

—Déjame adivinar, estás hablando de Kia.

Asentí, sin molestarme en negarlo.

—Sí, pero también de mamá, papá y yo.

—Todavía podría tener a Kia, si por una vez mantuvieras tus manos lejos de lo que no es tuyo. Ya tomaste a mamá, a papá y a Taylor. Supongo que solo era cuestión de tiempo para que tomaras a Kia también. Nunca podrías soportar verme feliz.

Fruncí el ceño.

—¿Escuchas lo que dices? ¿Escuchas lo loca que sueñas? Jesús, Vanessa. Esto no es una conspiración. Nadie está tratando de hacerte daño. Kia es

probablemente una de las personas más leales que he conocido en mi vida. Hubiera ido y regresado del infierno por ti. Probablemente todavía lo haga. Pero estás tan consumida por tu odio que no ves eso.

—Oh, por el amor de Dios, Adam. Cállate. No me des una lección de moral cuando tú no la tienes.

Lancé mis manos hacia arriba.

—Bien. Tú ganas. Estás completamente sola. ¿Cómo se siente?

Más lágrimas cayeron por sus mejillas, pero continuó sonriendo.

—Como mi vida.

17

Kia

Traducido por JennCassie Grey

Corregido por Helen1

La escuela se encontraba bulliciosa cuando caminé a través de las puertas frontales. Algo había pasado de un día para otro, algo que tenía a todos cuchicheando, me recordaban a un nido de avispones molestos.

Hice mi camino a empujones a través de la multitud en dirección a mi casillero. No tenía idea de porqué todos se encontraban parados al alrededor riendo y señalando hasta que me di cuenta qué era lo que estaban señalando.

Era Nessie parada en su casillero, tratando muy fuerte de ignorar que ella estaba en un círculo de mirones. Su barbilla estaba alzada mientras guardaba sus libros dentro de su mochila. Alguien lanzó una bolita arrugada de papel y la golpeó en la parte trasera de su cabeza, pero ella no hizo ademán de darse cuenta.

—¡Zorra! —gritó alguien del grupo. El resto gruñeron como lobos feroces sobre carne, gritando y lanzando bolas de papel hasta que estas se apilaron alrededor de los tobillos de Nessie.

Vi varios celulares grabando el evento, memorizado la humillación de Nessie. Lo que fue peor era el hecho que no había ningún maestro a la vista. No podía creerlo, una escuela entera y ni una sola presencia de autoridad. Consideré correr para buscar a uno, pero no quería irme tampoco. En lugar de eso, me abrí paso al lado de mi amiga y golpeé al

chico, que estaba jalando la parte trasera de su camiseta, con un puñetazo directo en la mandíbula. El dolor subió por mi brazo, pero él se fue tambaleando contra las personas que tenía detrás y se estrelló contra el suelo. No supe quién era pero fue suficiente para que los demás instantáneamente se callaran. Me paré enfrentándolos, mi respiración laboriosa mientras miraba con la rabia hirviendo dentro de mí.

—¿Alguien más? —grité, tirando mi mochila al suelo.

Nadie habló. Podía escuchar el tronido de mi corazón latiendo salvajemente en mi pecho mientras los miraba a todos. Lo que más me sorprendió es que tuviera las agallas para hacerlo, para estar de pie ante todas esas personas cuando nunca en mi vida me habían gustado las multitudes o la atención. Era una maravilla que no hubiera vomitado en mis propios zapatos. Pero estar nerviosa y asustada estaba tan lejos de mi cabeza que ni siquiera era capaz de sentirlo. Solo estaba molesta. Era la única cosa latiendo en mis sienes. Quería herir a alguien.

Una risa disimulada me tuvo mirando a la derecha y mis ojos se encontraron con los insondables ojos cafés de Claudia DeLorenzo.

—¿Tú hiciste esto? —pregunté—. ¿Empezaste esas horribles mentiras? ¿Eres la que la está atacando?

Claudia continuó sonriendo satisfechamente mientras enrollada un tira de su sedoso cabello alrededor de su dedo. Sus igualmente ridículas amigas estaban de pie detrás de ella, riendo disimuladamente.

Su silencio avivó mi rabia. Cargué contra ella, semanas de furia finalmente desbordándose. Estaba lista para romper su cara bonita contra el casillero.

Mi brazo fue tomado y fui halada para detenerme.

Nessie encontró mi mirada furiosa.

—Ella no lo vale.

—Oh, no lo sé —farfullé—. Un golpe podría mejorar ese horrible maquillaje que está usando.

Algo de la presunción cayó de la sonrisa de Claudia.

—¡Me tocas y mi papi te demandará!

Me solté de Nessie y fui hacia Claudia satisfecha cuando se congeló y lanzó una mirada de pánico a la multitud. Nadie se movió para ayudarla. Las cámaras estaban grabando. Podía sentir los fríos lentes enfocados en mí. No me importaba. Tomé a Claudia del frente de su caro suéter y la estrellé contra los casilleros.

—¡Aléjate de mí! —gritó, agitándose y tratando de golpearme. Me habría reído si hubiera podido—. ¡Alguien aléjela de mí! Leanna...Gena...¡alguien vaya por un profesor!

La empujé hacia adelante y la estampé contra los casilleros de nuevo. No fuerte, pero lo suficiente como para hacerla callar. Me incliné cerca así nadie más que ella podría oírme.

—Si descubro que tú eres la que está detrás de esto —susurré, manteniendo mi voz tan cortante como el hielo—. Te prometo que te arruinaré en maneras que nunca jamás pensaste posibles. Te destruiré. ¿Me entendiste?

—Aléjate...

Apreté mi agarre en su cuello.

—¿Me entendiste? —gruñí.

Sus ojos cafés se veían enormes contra su cara pálida. Asintió.

—Bien. —Me incliné incluso más cerca. Mi nariz rozaba la de ella. Sus ojos se abrieron aún más—. Una sola amenaza más, una sola foto, una sola mirada extraña de *cualquiera* y será temporada de caza para tu trasero ¿Entiendes? —La empujé cuando asintió de nuevo—. Te asegurarás que tus amigos se mantengan alejados de ella, ¿Correcto?

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de un profesor tuvo a todos corriendo como si hubiera una redada en una casa donde se vende droga.

Pero no me moví y mantuve a Claudia clavada al casillero.

—¿Correcto?

—¡Sí! —dijo ahogadamente.

Liberé mi agarre de ella y di un paso atrás justo cuando el maestro llegaba hasta nosotras.

—¡Tú, perra loca! —siseó ella, alisándose su suéter y cabello—. Lamentarás esto.

Sacudo mi cabeza

—No tan cerca como tú lo lamentarás si no me escuchas. Este vuelo ya partió. Te quiero fuera de mi vida y lejos de Adam. Él está fuera de tu alcance.

—¿Señorita DeLorenzo? ¿Señorita Valentines? ¿No deberían estar yendo a clases? —No sabía su nombre pero lo reconocí como uno de los profesores de ciencias. ¡Sincronización Perfecta! Quería reírme de él. ¿Dónde diablos estaba hace diez minutos?

Asentí en su dirección, pero mantuve mis ojos trabados en Claudia.

—Sí, ya terminamos.

Sin mirar a Nessie, levanté mi bolso y me fui pisoteando por el corredor hacia mi clase.

18

Adam

Traducido por Fanny

Corregido por Selene

La única puerta que lleva a la oficina de mis padres estaba cerrada, una familiar señal de que estaban ocupados y no querían ser interrumpidos. Vanessa y yo estábamos muy acostumbrados a este mensaje y por lo general lo cumplíamos, pero no esta vez. Necesitaba hablar con ellos. Necesitaba defender lo que yo quería.

Levanté una mano y estaba a punto de tocar, cuando las voces elevadas en el otro lado de la puerta detuvieron mis dedos curvados a pulgadas de la superficie de madera.

—Estás siendo irracional, Debra —decía mi padre—. Si comienzas a ser descuidada ahora, ellos pasarán por encima de ti.

—¡Por Dios, Donald! Estás hablando de tus hijos. —Exclamó mamá. El sonido de sus tacones contra la madera hacía eco a través de la puerta. Sabía por la rápida sucesión que estaba paseándose—. ¿Cuándo se convirtió en ellos y nosotros? Solíamos ser un equipo.

—Eso era antes de que se convirtieran en adolescentes —respondió papá simplemente—. Eso fue antes de que tu hija...

—¿Mi hija? —El paseo se detuvo abruptamente—. ¿Cuándo se convirtió en mí hija? También es tu hija.

—Justo en el momento cuando comenzaste a dejarla tenerla todo lo que quería. Esto no hubiera sucedido si no la hubieras complacido en todo. —

Algo se rompió dentro. Cristal sobre madera—. Está a un paso de convertirse en una desnudista, o algo peor.

—O tal vez es tu falta de afecto, Donald. Tal vez *nuestra* hija está actuando así porque la presionas demasiado.

Hubo un sonido que me hizo saltar.

—¡Los presiono porque los amo! —rugió papá—. ¿Crees que me gusta ser el malo? Estoy haciendo lo mejor que puedo para protegerlos y ayudarlos para entrar al mundo. Si no estoy ahí, guiándolos constantemente, mira lo que hacen.

—¡Son niños! Se supone que cometen errores.

—¡No como estos, Debra! Esta etiqueta estará con Vanessa por el resto de su vida. Nunca lo superará. La gente siempre la conocerá como la chica que tendrá sexo con cualquiera. ¿Se supone que tengo que aceptar eso?

—No, por supuesto que no, pero al menos podríamos tratar y apoyarla...

—¿Apoyarla en qué? ¿Exactamente qué se supone que tenemos que apoyar? ¿Quieres que le consiga una caja de condones? ¿Es eso lo que se supone que tengo que hacer? No estoy seguro como uno debe de apoyar a su hija para que sea una cualquiera.

—¡No es una cualquiera! —Algo se estrelló. Algo delicado y de cristal. Se destrozó mientras hizo contacto con la pared—. ¡Jesucristo, Donald! Es tu hija. Si piensas de esa manera, ¿qué detiene a los demás de pensar lo mismo?

—Ese es el asunto, ya lo están pensando. Ya no importa lo que yo piense.

—Estás equivocado —siseó mamá—. Sí importa. Le importa a Vanessa. Me importa a mí. Creo que hemos tratado las cosas a tu manera el tiempo suficiente, Donald. Entre más te escucho, más se alejan mis hijos de mí. Ya no. Voy a llevar a Vanessa a que alguien la vea. Necesita a alguien que hable con ella y claramente no podemos ser nosotros.

—¿Por qué no podemos ser nosotros? ¿Por qué tenemos que seguir gastando dinero en estos niños?

—¡Porque ella no confía en nosotros! —gritó mamá—. Porque no tiene razón para confiar en nosotros. Porque la escuchaste, nos odia. No voy a dejar que se siga lastimando así. Puedo verlo, cada vez que la miro, casi puedo sentir su dolor.

—Eso no es dolor, es solo simple envidia, la cual necesita superar. Sí, a Adam se le trata mejor, pero se le trataría de igual manera a ella si solo comenzara a escuchar.

—Bueno, no está funcionando —interrumpió mamá—. Solo la está empujando más lejos.

—Entonces tal vez...

—¡No! —Hubo un sonido ensordecedor de puños golpeando contra madera—. No más, Donald. No más. Ya no voy a escucharte. Voy a llevar a Vanessa a que consiga ayuda y tú vas a comenzar a apoyarla en la manera en la que un padre debe hacerlo. Me cansé de esto. Vamos a hacer esto a mi manera.

Toqué la puerta. El silencio descendió sobre la habitación al otro lados. Esperé, conteniendo la respiración.

—Pasa —Escuché que dijo papá desde el otro lado.

Abrí la puerta y entré con cautela. Ambos estaban de pie en medio de la habitación. Un vaso roto yacía en piezas a través de la pared más lejana y ambos estaban de frente y respirando pesadamente. Papá se volteó, pasando una mano sobre su rostro. Mamá estiró su blusa y pasó una mano encima de ella para alisarla.

—Adam, en verdad no es un buen momento...

—Voy a dejar el baloncesto —espeté, deteniendo a mi mamá a media frase—. Y el fútbol y el hockey. —Tomé una profunda respiración y añadí—: Y ya no quiero ser interno en la clínica.

Mis padres me miraron como si les acabara de decir que quería dejar la escuela y convertirme en un bailarín de hula.

—¿Disculpa? —dijo mamá lentamente—. ¿Qué estás tratando de decir?

Apenas me contuve de rodar los ojos y responder: *exactamente lo que acabo de decir*. No. Esta situación necesitaba tacto y determinación.

—Estoy diciendo que ya no quiero jugar. Me gusta nadar así que voy a quedarme en ese equipo, pero no quiero hacer los otros. Estoy agotado de estar cansado. No puedo concentrarme en los trabajo de mi escuela. Necesito algo de tiempo libre.

—Pero acabamos de tener dos semanas de tiempo libre —dijo mamá, luciendo genuinamente confundida—. ¿Qué pasa, Adam? Dinos lo que te está molestando realmente.

Inhalé profundamente.

—Ya les dije, mamá. Ya no quiero jugar.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —demandó papá, golpeando su pluma—. ¿Sabes lo que esto dice sobre ti? Que eres alguien que se da por vencido. Nadie te tomará en serio nunca más. Hiciste un compromiso...

Sacudí mi cabeza.

—No, papá, no lo hice. Tú lo hiciste cuando me inscribiste en todo esto. Nunca quise nada de eso. Estoy agradecido, pero...

—No estás agradecido. —Estrelló un puño sobre su mesa y se dio la vuelta—. Tú y tu hermana... consentidos e irresponsables hasta la médula. No sé en qué nos equivocados.

—Donald, por favor. —Mamá también se puso de pie—. No es momento para eso. Adam. —Volteó sus ojos hacia mí—. Este es un gran paso que estás tomando. No puedes arrepentirte.

Asentí.

—Lo sé. He pensado bastante sobre esto. Estoy seguro.

—En verdad no puedes dejarlo que renuncie, Debra. Debemos ser firmes en esto.

—A mi manera, Donald —dijo mamá—. Vamos a manejar esto a mi manera.

—¡No me di cuenta que eso significaba que ibas a comenzar a ceder en cada una de sus demandas! —dijo papá.

Mamá lo ignoró. Su mirada fue a mí.

—Puedes renunciar a dos de tus equipos, pero te quedarás en los otros dos, al menos hasta el final de la temporada. Tú eliges.

—Hockey y natación —dije en ese momento.

Mamá asintió.

—Bien, pero *tú* llamarás a tus entrenadores y explicarás las razones por las que estás renunciando, ¿entiendes? Bien —dijo cuándo asentí—. También continuaras tu internado en la clínica. Al menos hasta la graduación. No negociaré eso.

Quería protestar, pero ya había ganado una pequeña victoria y sabía mejor como para presionar mi suerte. Asentí.

—Gracias.

Mamá solo asintió.

Me fui, restringiéndome de ulular de alegría mientras bajaba tambaleándome por las escaleras. La puerta principal se abrió y Vanessa entró justo cuando llegué al final aterrizando con ambos pies como solía hacerlo en la mañana de Navidad. Pero mi buen humor decayó cuando miré el rostro de mi hermana manchado con lágrimas.

—¿Qué pasó? —Estuve frente a ella en dos zancadas.

Limpió obstinadamente sus mejillas.

—Nada.

—¡Van! —Tomé sus encorvados hombros en mis manos—. ¿Hablarás conmigo? ¿Por favor?

Comenzó a sacudir su cabeza.

—¡Bien! —Lancé mis manos hacía arriba—. No hables conmigo. Sígueme tratando como si fuera el anticristo. Me cansé de tratar. Me cansé de ver que te conviertas en esta... cosa.

Girando sobre mis tobillos, subí por las escaleras y estrellé mi puño en la puerta de la oficina. Ni siquiera esperé a que me permitieran entrar. Me metí.

—Hay algo mal con Vanessa —solté antes de que mis padres pudieran pensar para reprenderme—. Necesita ayuda.

Ambos se me quedaron viendo por un largo momento. Fue mi mamá la que se despabiló más rápido.

—¿De qué estás hablando, Adam?

La arrastré por las escaleras justo cuando Vanessa iba subiendo. Agarré su brazo, evitando que siguiera caminando.

—Oh no, no lo harás —siseé—. Vas a sentar tu trasero y vas a decirnos que demonios pasa contigo o que Dios me ayude, voy a... —No tenía idea de que iba a hacer, pero estaba lo suficientemente desesperado como para hacer cualquier cosa para obligarla a que respondiera.

—¡Adam! —Ignoré la exclamación de mamá mientras llevaba a Vanessa a la sala de estar y la empujaba contra el sofá.

Esperaba que muchas cosas pasaran. Esperaba muchas maldiciones, algunas patadas y golpes. Pero no esperé que los ojos de Vanessa se pusieran de esa manera. Fui yo quien maldijo cuando me incliné y la jalé a mis brazos.

—¿Vanessa? —Mamá tocó su espalda.

—Dime que pasó —dije.

—Ustedes tenían razón —dijo al fin—. Soy una idiota.

—¡Eso no es verdad! —dijo mamá—. ¿Quién dijo que eras una idiota?

—Me merezco cada cosa mala que me sucede. Merezco ser odiada y estar sola.

La forcé a que me mirara.

—¿De qué estás hablando?

Limpió su rostro con el dorso de su mano.

—He estado tan enojada, culpando a todos por cada cosa estúpida que he hecho que nunca me detuve a pensar que tal vez yo era el problema. Que tal vez traje esta mierda sobre mí porque era una horrible y miserable persona que no se merece ser feliz.

—Eso no es cierto —argumentó mamá—. ¿De dónde viene esto?

—Es cierto —protestó Vanessa—. Sabía que no podía confiar en Taylor, pero le dije sobre Zach porque sabía que a ella le gustaba y quería restregarle en la cara que yo lo tenía. Luego, cuando le dijo a todo el mundo, culpé a Adam porque era más fácil que culparme a mí misma. Me convencí totalmente de que si no te hubieras acostado con mis amigas, ella nunca lo hubiera dicho. Pero lo hubiera hecho, porque Taylor es tan miserable como yo y la miseria ama la compañía. Sé esto, porque como Taylor quería ser miserable, le hice lo mismo a Kia. Quería que fuera miserable. Quería que estuviera sola como yo. No quería ser la única que estuviera sola. Odiaba que te tuviera. Odiaba ver la manera en la que ustedes se miraban. ¡Quería eso! Pero cada vez que me acercaba a eso, me sentía usada y descartada como basura.

Mamá me miró, sus cejas fruncidas.

—¿Estás viendo a Kia?

La ignoré.

—¿Por qué estás diciendo esto? —demandé.

—¡Porque es cierto! —gritó Van—. ¿Sabías que Kia golpeó a alguien por mi culpa hoy?

Me puse rígido.

—¿Qué? ¿Está bien?

Elevó una ceja.

—¿No me escuchaste? *Ella* lo golpeó a él.

No me importaba. Yo lo enterraría vivo si la lastimó.

—Ella está bien, Rambo. Cálmate.

—Vanessa, necesitas decirnos que pasó —replicó mamá en voz alta.

Esnifó, mirando hacia abajo. Jugeteó ausentemente con una pieza de hilo suelto de su manga.

—No fue nada que no estuviera esperando. Fue el mismo montón de imbéciles pensando que estaban probando algo al ser unos idiotas totales. Estaba bien solo ignorándolos, pero no estaba funcionando. Usualmente, dirían algo y se irían, pero no esta vez.

—¿Qué hicieron? ¿Te lastimaron? —demandó mamá.

Van sacudió su cabeza.

—Me trataron exactamente como merecía ser tratada, como una mierda. Lo merecía por ser tan cruel, horrible y patética persona.

—¡Vanessa! —Mamá agarró su brazo y la sacudió—. ¡Háblame!

—Se fue. Ni siquiera me miró, como si no estuviera ahí. Me sentí como la mierda más grande del planeta. Después de todo lo que le dije, después de todo lo que hice, ella me defendió. Es la única que alguna vez me ha *defendido*. Pudo haberse alejado. No la hubiera culpado. O sea, le dije que era una pésima amiga y le dije que no quería verla nunca más, porque ese es el *tipo* de amiga que soy. —Su labio inferior tembló—. ¡Hay algo mal conmigo! Sigo alejando a todos y no sé por qué.

Mamá envolvió sus brazos alrededor de Van, jalándola en un apretado abrazo mientras Van lloraba.

—Está bien, cariño. Vamos a arreglar esto. Lo prometo.

19

Kia

Traducido por flochi

Corregido por Jut

Acababa de hacerme un sándwich cuando el timbré sonó. Con mamá y Joanne en la escuela para una reunión con el director, quedaba en mis manos responder, algo que no quería hacer. Había estado deseando estar sola con mis pensamientos. Todavía me atormentaba mi acto de súper heroína de antes y no sabía más dónde me encontraba. Para alguien que odiaba el conflicto y había jurado nunca salvar a nadie luego de que ese hecho me mordió en el trasero la última vez, había conseguido romper ambas promesas simultáneamente. Pero curiosamente, a diferencia del pavor y pesar que sentí luego de salvar a Claudia de convertirse en pasta, no lamenté estar ahí para Nessie. Mi único arrepentimiento fue no haber estado allí más pronto, como semanas antes. No es que importara ahora, supongo. Nessie seguía sin querer tener nada que ver conmigo.

Gruñendo, salí de la cocina arrastrando los pies y entré al corredor. Abrí la puerta y me puse rígida.

—¿Adam? —No lo había visto desde que me dejó en casa luego de mi charla con Nessie. Nos mandamos mensajes de texto, pero era todo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Un movimiento detrás de él llamó mi atención. Mis ojos se abrieron de par en par cuando reconocí la pequeña figura—. Ness... ¿Vanessa?

Se veía tan pequeña hecha un ovillo debajo de su abrigo.

—Hola.

—¿Podemos entrar? —preguntó Adam.

Boquiabierta, arrastré los pies hacia atrás, abriendo la puerta aún más y permitiéndoles pasar. La cerré detrás de ellos y los llevé a la cocina.

—Lamento interrumpir tu comida —dijo Adam, mirando mi sándwich intacto.

Hice un gesto desdeñoso con la mano.

—Está bien. —Miré de uno a otro—. ¿Hay algo que necesiten?

Adam metió las manos en sus bolsillos y dio un paso hacia atrás.

—Sólo vine a dejar a Van.

No estaba segura de lo que eso significaba hasta que Nessie se acercó a la isla, pareciendo como si estuviera a punto de vomitar sobre sus zapatos.

—Yo... yo... —Se frotó con una mano el estómago y le lanzó una mirada a su hermano. Adam hizo un ligero cabeceo de aliento y señas para que continuara. Volvió a mirarme—. Mamá va a llevarme a ver un terapeuta.

Fruncí el ceño, sin estar segura realmente sobre qué decir. Afortunadamente, ella no esperó una respuesta.

—Lo siento, yo... no fui la amiga que te merecías y no tengo derecho a pedirte que me perdones luego de las cosas que dije y la manera en que te traté, pero lo siento mucho, Kia. Siempre has sido una gran amiga para mí y tomé que te enfrentarás a toda la escuela por mí para que vea lo perra que he sido. —Bajó la mirada a sus pies—. Por favor, di que me perdonarás. No quiero perderte.

Cerré la distancia y la acerqué a mis brazos. Al minuto que mis brazos se cerraron a su alrededor, ella estalló.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —gritaba en mi hombro.

La presioné con más fuerza.

—Lamento no haberte dicho sobre Adam y yo. Nunca quise causarte daño.

Nessie negó con la cabeza.

—Lo sé. Lamento haberte hecho sentir culpable aunque tengas muy mal gusto en chicos.

—¡Oye! —murmuró Adam desde el fondo—. Estoy parado aquí mismo.

Me eché a reír a la vez que retrocedía y me secaba los ojos.

—Creo que podemos estar de acuerdo en que ambas lo sentimos mucho. Ahora, ¿podemos olvidar todo este asunto?

Sonrió llorosamente hacia mí.

—Me gusta eso. ¿Amigas?

Asentí.

—Completamente.

La figura junto a la puerta se movió y mi mirada se lanzó de Nessie a donde Adam estaba de pie recostado contra el marco de la puerta. Tenía los brazos doblados, sus ojos ardientes mientras me atravesaban. Sentí la punzada por su distancia en mi pecho y tuve que apartar la mirada.

Nessie se aclaró la garganta.

—Yo, eh, supongo que cambié de opinión acerca de lo que dije, sobre ustedes estando junto. Si lo quieres, supongo que me parece bien.

Mi corazón pegó un salto en mi pecho a pesar de decirle que no se emocionara.

—¿Lo dices en serio?

Suspiró, poniendo sus ojos azules en blanco hacia el techo y arrugando la nariz.

—No. Para ser sincera, creo que es súper asqueroso, el pensamiento de que tu lengua esté trabada con la de mi hermano... —Se estremeció, poniendo cara de náuseas—. Pero supongo que puedo fingir que no está sucediendo. —Me dio un empujón en dirección a Adam—. ¡Ve!

No tenía que empujarme. Él había atravesado la habitación antes de que siquiera pudiera pensar en respirar de alivio. Sus brazos me rodearon y fui levantada hasta su pecho.

—¡Finalmente! —gimió perversamente antes de reclamar mi boca en un beso lacerante.

Fui vagamente consciente de Nessie haciendo ruido de arcadas detrás de mí.

—Voy a ir arriba y fingir que no estás intercambiando saliva con mi hermano... en la cocina... donde comemos nuestra comida.

Sus tacones repiquetearon a medida que se iba.

Me separé de los hambrientos besos de Adam e incliné mi cabeza hacia atrás para mirar su cara.

—Siento que esto es un sueño y despertaré y...

—Y estaré aquí mismo junto a ti —terminó, inclinando su cabeza y mordisqueando mi labio inferior.

Sonreí y rodeé con mis brazos su cuello.

—Me gusta el sonido de eso.

Epílogo

Kia

Traducido SOS por Jenn Cassie Grey

Corregido por beatrix85

Cuatro meses después...

—¡Hola Kia! —La Sra. Chaves abrió la puerta y se movió a un lado para dejarme entrar a la casa.

—Hola Sra. Chaves. ¿Están Adam o Nessie en casa?

La Sra. Chaves revisó su reloj y luego lanzó una mirada irritada hacia las escaleras.

—Están, pero Vanessa y yo estamos en camino de ver al Dr. MacKevitt, que llegaremos tarde ¡Si alguien no se apura! —La última parte la gritó en dirección a las escaleras.

Un momento más tarde, escuchamos los golpeteos de los pies de Nessie que venían tronando por las escaleras. Su melena suelta rebotaba alrededor de sus hombros mientras saltaba de dos en dos hasta quedar de pie frente a su madre.

—¡Relájate Mamá! —exclamó, rodando sus ojos—. Solo necesito tomar mi bolso. Está en la cocina. —Miró hacia mí, sonriendo—. ¡Hola! ¿Estás aquí para ver al chico idiota?

Reí.

—Vine a ver a quien sea que estuviera en casa. Olvidé que tenías tu cita hoy.

Nessierodó de nuevo los ojos y me pregunté cuántas veces podría hacerlo antes de que sus glóbulos oculares se atascaran mirando dentro de su cráneo.

—Hoy. Mañana. Cada día hasta que muera.

—¿Podemos ahorrarnos el drama para nuestras sesiones de terapia, por favor? Tenemos diez minutos para llegar y es casi la hora máxima de tránsito.

Nessie resopló.

—¿A quién quieres adelantar mamá? ¿A las vacas? Mayferd no tiene tráfico. —Pero se giró en sus tacones y se apresuró a la cocina.

Me giré hacia la Sra. Chaves.

—¿Cómo está?

La otra mujer se encogió de hombros.

—Solo han sido tres meses, pero el doctor dice que estará bien mientras siga tomando su medicamento y vaya a sus citas regularmente. —Sus preocupados ojos aterrizaron sobre mí—. ¿Cómo lo está llevando en la escuela?

Asentí lentamente.

—Bien, creo. Quiero decir, no creo que nadie sea lo suficientemente estúpido como para continuar lo que estaban haciendo después de que la mitad del equipo de futbol fue expulsado en Enero por mandarle a Nessie esos mensajes e imágenes.

Alivio pasó sobre la bonita cara de la Sra. Chaves.

—Estoy agradecida por escuchar eso. —Me ofreció una tímida sonrisa—. Además, te tiene ahí así que sé que estará bien.

Le sonreí.

—Estará bien. Ella es dura.

Su sonrisa se hizo más brillante, genuina.

—Sí, lo es.

Di una mirada en dirección a la cocina antes de regresar mi atención a la señora Chaves bajando mi voz.

—¿Cómo están las cosas con usted?

Su sonrisa cayó y la persistente tristeza que había estado en sus ojos por meses regresó.

—Estoy bien. Gracias por preguntar. Ha sido duro ¿sabes? Pero estamos mejorando ahora que sabemos con lo que estamos tratando. El doctor dice que la depresión es común en adolescentes y tiene confianza de que Vanessa mejorará con mucho apoyo. Eso ayuda. El saber —añadió en caso de que no haya entendido—. Por todo lo demás... bueno, nos arreglaremos.

Era una mentira. Adam y Nessie nunca habían dicho ni una palabra sobre eso, pero sabía que las cosas no habían mejorado. Una solo tenía que tener orejas para escuchar la competencia de gritos detrás de las puertas cerradas.

Abrí mi boca para decir algo aunque no estaba segura de qué. Fui salvada por el regreso de Nessie. Balanceó la correa de su bolso sobre su hombro y caminó hacia nosotras.

—Lista para otra ronda —dijo.

La Sra. Chaves sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Estaremos de regreso en una hora más o menos —me dijo intencionadamente y sentí mis mejillas arder.

—Oh, no me puedo quedar mucho —dije rápidamente—. Tengo que trabajar. Solo vine a decir hola.

Ella no lo dijo, pero estaba en sus ojos y me quería morir.

—Bien, bueno, estaremos de regreso en una hora.

Salió por la puerta. Nessie salió después de ella. Pausó en el umbral y miró en mi dirección. Su sonrisa era tan insinuante como la de su madre.

—¡Usa un impermeable!

Entonces cerró la puerta y me quedé mirando con absoluto horror.

Aún era surrealista, ser tan abierta sobre mi relación con Adam. Había días en los que todavía me preocupaba que Nessie cambiara de opinión, pero se estaban convirtiendo en menos frecuentes con cada día que pasa. Las primeras semanas fueron las peores, pero no tan malas como los días que siguieron a la primera vez que tuvimos sexo. No tenía idea de cómo todo el mundo sabía que lo habíamos hecho, especialmente desde que habíamos estado solos en la casa, y tal vez solo estaba siendo paranoica, pero podía jurar que todos los que conocía y todo los que pasaban a mi lado en la calle sabían que había tenido acción. Adam pensó que era gracioso, lo que no aplacó mis miedos.

—¿Y qué si lo saben? —dijo cuándo le comenté.

—Tengo que mirar a tu madre a la cara. La última cosa que quiero que piense es que soy... no sé, inmoral.

Alzó una de sus cejas.

—Bueno, eres bastante sucia una vez que te tengo desnuda...

Lo golpeé.

—¡Basta con eso!

Riendo, me besó.

—Relájate. No es la gran cosa.

Sabía que tenía razón, pero aún me sonrojaba furiosamente cada vez que él entraba a una habitación donde estaba y nuestros ojos se encontraban. Probablemente no ayudaba que sonriera satisfecho cuando lo hacía, como si estuviera recordándonos enredados, sudorosos y desnudos sobre su cama. Siempre estaba indecisa entre golpearlo o arrastrarlo de regreso a la cama. El chico era incorregible y yo estaba absolutamente loca por él.

Con una mano sobre la barandilla, subí sin prisa las escaleras hasta el segundo piso. Sabía que Adam estaba encerrado en su habitación, estudiando para sus exámenes, pero me prometí que solo estaría un minuto. Podía decir hola, darle un beso e irme. Al menos, ese había sido el plan.

Llegué a su puerta y toqué suavemente.

—¿Sí? —Lo escuché murmurar.

Giré el pomo y asomé mi cabeza dentro. Siempre me sorprendía lo organizada que estaba su habitación para ser un chico. Traté de no pensar que tan desastrosa la habíamos dejado el fin de semana que sus padres llevaron a Nessie con algún doctor en Calgary para que la diagnosticara, dejándolo solo en casa. Bueno, casi solo.

—Hola —murmuré. Deslizándome dentro y cerrando la puerta detrás de mí.

Su cabeza se alzó de libro de texto que estaba abierto sobre su desordenado escritorio, sus ojos azules se ampliaron detrás de sus lentes. Otros libros papeles y cuadernos reposaban dispersos alrededor de sus codos. Una taza de café frío descansaba a un lado de una sombría lámpara y tenía una pluma atorada detrás de su oreja aun cuando tenía una entre sus dedos, suspendida sobre sus papeles. Era un desastre. Su cara estaba ensombrecida por no afeitarse al menos en dos días. Su cabello necesitaba un corte y se encontraba estirado en punta alrededor de su cabeza. Sus ropas estaban arrugadas y manchadas, y nunca había pensado que podría verse tan sexy.

—Hola —dijo, dejando caer la pluma que tenía en su mano sobre su libro abierto—. Pensé que dijiste que me ibas a evitar hasta que los exámenes terminaran, lo que creo que es terriblemente injusto.

Sonreí, inclinando mi cabeza a un lado.

—No me quedaré mucho. Solo quería verte.

Giró su silla hacia mí.

—¿Y eso incluye que te muevas más cerca o...?

Riendo, me arrastré hacia él. Mordí mi labio cuando sus dedos encontraron mis caderas y fui colocada entre sus rodillas. Mis manos reposaron ligeramente sobre sus hombros.

—Necesitas afeitarte —dije, alzando una mano para tocar los suaves vellos a lo largo de su mandíbula.

Hizo un sonido como si se lo pensara.

—Hay algo que necesito más.

Sentí el cálido hormigueo hacer su camino antes de que su mirada se alzara para encontrar la mía.

—¿Sí? ¿Y qué es?

Con un movimiento en el cual era muy bueno, me abrazó y me alzó en sus brazos. Mis piernas automáticamente se enredaron en sus caderas y mis brazos alrededor de su cuello mientras me llevaba hacia la cama. Su teléfono vibró, haciendo un alto e irritante sonido sobre el escritorio.

—Ignóralo —dijo, sacándome mis zapatillas—. Solo es Kenny.

—¿Estás seguro? —No tenía idea porque estaba respirando tan fuerte, pero no sabía cómo calmar a mi corazón una vez que mi blusa fue sacada sobre mi cabeza y sus manos estuvieron sobre mí—. Podría ser importante.

Sacudió su cabeza, su boca atacando mi hombro y cuello.

—Quiere venir este fin de semana a estudiar. Le responderé más tarde.

—Te dije que no puedo quedarme —dije, pero no puse resistencia cuando fue por el cierre de mis jeans. Mis propios dedos se enredaron debajo del borde de su camiseta e hicieron un rápido trabajo sacándola sobre su cabeza.

Su cara arañaba la mía mientras me besaba. El ligero calor fue completamente ignorado mientras regresaba la urgencia de sus demandas. Sabía por experiencia que ninguno de nosotros nos detendríamos una vez que la fiebre nos alcanzaba. Ambos estábamos calientes y hambrientos y muy cansados de esperar.

—¿Qué estabas diciendo? —Respiro sobre mi piel húmeda veinte minutos después.

Reí.

—Se supone que deberías estar estudiando.

Alzó su cabeza y encontró mi mirada. Sonrió.

—Bueno, tengo confianza de que estoy completamente preparado para mi examen de reproducción humana. —Sus manos viajaron hacia abajo hasta descascar sobre mi cintura. Su boca se movió a lo largo de la curva de mi cuello, dejando agujeros ardientes sobre mi piel en cada lugar donde sus labios tocaban—. Has sido una grandiosa inspiración.

Hice un sonido entre una risa y un gemido mientras agitaba mi cuerpo despierto. Pero sabía que nunca nos levantaríamos de la cama si le dejaba seguir su camino.

—Manos fuera, colega. —Rodé debajo de él y me senté, jalando las mantas conmigo—. Necesitas estudiar y yo necesito prepararme para ir a trabajar.

Pequeños escalofríos corrieron a lo largo de mi espalda donde sus dedos se deslizaban ligeramente sobre la curva de mi columna.

—Puedo esperar un par de minutos y no necesitas trabajar por otras dos horas. Creo...

Me giré y ligeramente golpeé su mano.

—El único pensamiento que deberías tener es sobre francés.

—Español. —Me corrigió—. Y en lo único que puedo pensar es en ese lunar que tienes entre tu muslo, ese que te hace...

—¡Vístete! —Me levanté de la cama y fui por mi ropa—. Ya has tomado dos descansos de mucho tiempo en esa cama.

—Pero fue bastante educacional. Creo que debería contar para algo.

Sin embargo, se levantó y me ayudó a separar mis cosas de las suyas. Nos vestimos rápidamente y me fui directo a la puerta, antes de que pudiera tentarme a ceder nuevamente.

—Te veo el siguiente fin de semana —dije.

Gimió.

—Esos son casi diez días.

—Sí, bueno necesitas mantener esos cuatro puntos de promedio y yo necesito ir a casa a ducharme. —Puse mi mano en el pomo—. Te mando un mensaje más tarde.

—Bien, bien —murmuró, deslizando una mano a través de su cabello—. ¿Pero puedo tener un beso antes de que te vayas? ¿Especialmente desde que no te veré en semanas?

—Diez días. —Lo corregí.

Se movió hacia mí y apenas pude contener el estremecimiento que me atravesó. El beso fue sucio y provocativo y era para hacer que me rindiera, y normalmente lo habría hecho felizmente. Pero lo empujé lejos con ambas manos sobre su pecho.

—Buen intento, pero me voy —dije, sonriendo.

Abrió su boca, pero fue interrumpido por el tono de su celular anunciando la llegada de otra llamada. Gruñó, acercándose al escritorio y tomándolo.

—Kenny —murmuró, apagando la pantalla—. El chico es persistente.

—¿No estuvo aquí la otra noche?

Adam asintió.

—Ha estado aquí casi todas las noches. —Lanzó su teléfono sobre la mesa—. Me agrada el sujeto, pero está volviéndome loco.

—Tal vez solamente está solo. —Reflexioné.

Sacudió su cabeza.

—No está solo. Es curioso.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Adam sonrió.

—Creo que tiene algo con Vanessa.

No había duda de que mi mandíbula estaba abierta.

—¿Nuestra Vanessa? ¿Estás seguro?

—Eso o está tratando de hacer que mis padres lo adopten, lo que podría ser una posibilidad. Sus padres son dos monedas tímidas en un bolso lleno por lo que he oído.

—Caramba —murmuré, intrigada por este nuevo pedazo de información—. Me pregunto si a Nessie le gusta.

—Kia...

Parpadeé hacia él, medio divertida y curiosa por la advertencia retumbando en su voz.

—¿Qué?

—Por favor no juntes a mi hermana con mi mejor amigo. Es raro.

Jadeé.

—¡No iba a hacerlo! —Apreté los dientes—. ¿A qué te refieres con raro? Es lo que pasó con nosotros.

Hizo una cara amarga.

—Sí, pero ella es mi hermana y él es completamente extraño.

Rodeé los ojos.

—Creo que sería genial si terminan juntos. Me agrada Kenny. Creo que es un chico agradable. Nessie se merece a un chico agradable después de lo que ese idiota le hizo.

Adam sacudió su cabeza. Alzó ambas manos.

—No quiero ser parte de ello.

Riendo, me incliné y lo besé.

—Pensando en ello, si comienzan a salir, Kenny dejará de llamarte.

Sus rasgos se derritieron en una sonrisa. Sus ojos se oscurecieron mientras me apretaba más contra su pecho.

—Mmm, eso lo hace tentador.

Nos besamos durante un largo momento, disfrutando del momento antes de que diez largos días se interpusieran entre nosotros. Fue mi turno de curvar mis dedos en su camiseta y jalarla, sin querer dejarlo ir y fue él quien rompió la conexión.

—Te amo, Kia—murmuró.

Mi corazón se derritió como siempre lo hacía cada que lo escuchaba decirme esas palabras.

—También te amo.

Tocó mi labio inferior con la punta de su pulgar.

—¿Película el siguiente sábado?

Asentí.

—Sí. —Sonreí—. Veré si Kenny y Nessie pueden unírseos.

Gruñó, pero estaba sonriendo.

—Si debemos hacerlo.

Con un último beso en su boca, asentí.

—Debemos.

Fin.

Sobre la autora:

La autora de best-sellers Airicka Phoenix vive en un mundo donde los unicornios, hadas y sirenas se pasean por su casa a diario. Cuando no está persiguiendo duendes y diablillos, también conocidos como sus cuatro hijos, puede ser encontrada conjurando villanos malvados, heroínas poderosas y héroes merecedores de desmayos, para jugar.

Airicka es completamente responsable por sus colecciones enormemente anticipadas, the Touch Saga, the Sons of Judgment Saga, The Lost Girl Duology, Games of Fire & Betraying Innocence. También escribe fantasía paranormal adulta y romance contemporáneo bajo el seudónimo oscuro de Morgana Phoenix.

Para más de la autora, visita su página web:

<http://www.AirickaPhoenix.com>

Créditos

Moderadoras:

GigiD

JennCassie Grey

Staff de traducción:

JennCassie Grey

Ahtziri29

Helen1

Gigi D

IvanaTG

Selene1987

BookLover;3

Marcelaclau

Jessy

Selene

flochi

MaEx

Salilakab

veroonoel

Rivery

Otravaga

Fanny

Staff de corrección:

Key

beatrux85

Selene

Jut

Helen1

flochi

veroonoel

Recopilación y Revisión:

beatrux85

Diseño:

Francatemartu

¡Visítanos!

